# DOÑARRAMONA



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

# BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950



---

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 14

JOSÉ PEDRO BELLAN
DOÑARRAMONA

Preparación del texto a cargo de
ÁNGEL RAMA

JOSE PEDRO BELLAN

# DOÑARRAMONA

*Prólogo de*

JOSÉ PEDRO DÍAZ

MONTEVIDEO

1954

# PROLOGO

## La obra de Bellan

José Pedro Bellan nació en 1889, y su formación literaria se realizó durante los últimos años de actividad de la llamada generación del 900. En la época de su iniciación fué compañero de Rafael Barradas y de Ernesto Herrera. En 1908 escribió su primer drama, *Amor,* que publicó luego, en 1911, con el inevitable sello de Orsini Bertani. Su primer libro de cuentos, *Huerco,* es de 1914, pero debemos prolongar su período de iniciación hasta 1917, fecha en la que comienza la redacción de sus obras más importantes a partir de *Doñarramona* (1918).

Salvo algunas excepciones la obra de la generación anterior, en cuanto a teatro y a relato, había culminado ya, si no terminado. Sólo Reyles y Quiroga, y en otro plano Viana, prolongaban una vida particularmente fecunda publicando los primeros algunos de sus títulos más importantes después de 1916. (Reyles: *El terruño,* 1919; Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte,* 1917, etc).

Pero la obra de Bellan no parece vinculable, en general a la de éstos sus mayores. Apenas si las dominantes influencias literarias comunes de la época permiten relacionar su primero e inmaturo libro de

cuentos (*Huerco*) con algunas producciones de la primera época de Quiroga.

Después de *Huerco* y desde 1917, Bellan entra ya en su plena madurez. *Doñarramona, Tro-la-ró-la-rá, Primavera, Vasito de agua* y *¡Dios te salve!*... son gestados entre 1917 y 1919.

Comienza así, con producción abundante y diversa, el segundo y más fecundo período de su vida, durante el cual se dedica, con pareja intensidad, al teatro y al relato. Luego del estreno ruidosamente exitoso de *¡Dios te salve!*... en 1920, que lo pone ante la atención pública como el dramaturgo de su generación, sigue desarrollando todavía durante algunos años una labor relativamente intensa. Mientras se representan *Vasito de agua* (1921) y *Tro-la-ró-la-rá* (1922) compone y publica *Los amores de Juan Rivault* (1922). El drama *La ronda del hijo* (1924) y el libro de cuentos *El pecado de Alejandra Leonard* (1926) cierran este período.

Los últimos años de su vida parecen indicar el comienzo de un nuevo ciclo de su obra. Después de la teatralización de *Blancanieves* estrena, en 1929, *El centinela muerto*, su última comedia realista, y la publica en 1930 conjuntamente con una nueva pieza, *Interferencias*, en la que su teatro inicia una nueva modalidad, más compleja y abstracta, a cuyo desarrollo no podemos asistir. Poco después de publicar ese volumen José Pedro Bellan moría en Montevideo, su ciudad natal, el 24 julio de 1930.

## SITUACIÓN DE SU NARRATIVA

Hasta el presente José Pedro Bellan fue estimado, sobre todo, por su labor teatral. Muy poco cono-

cido del público antes de 1920, el feliz estreno de *¡Dios te salve!*... hizo que se le conociera como hombre de teatro y nuestro ambiente le computó luego casi exclusivamente su labor teatral. Su narrativa nunca alcanzó la popularidad y mucho menos la difusión de sus dramas. Salvo *Primavera,* que multiplicó ediciones absorbidas sobre todo por la infancia escolar, sus otros libros de relatos no pasaron de la primera edición. Sin embargo esa situación es injusta, y el criterio que la motiva —si es que lo hay, y no es sólo ignorancia— erróneo, porque la obra narrativa de Bellan no sólo merece nuestra atención por constituír, en el conjunto de su obra, una parte importantísima —en ningún caso menos importante que su obra dramática— sino porque ocupa, en nuestra reciente historia literaria, un puesto de excepción.

Es notorio que nuestra narrativa ha desarrollado preferentemente los temas que ofrece la vida de nuestro campo. Este fué —y es— el escenario constante de mucho de lo mejor de nuestra prosa narrativa, salvo la excepción confirmadora de parte de la obra de Reyles y del escenario particularmente singularizado de las Misiones en los mejores cuentos de Quiroga.

Acaso el rotundo primitivismo de nuestras costumbres campesinas, su efectiva violencia y su interés pintoresco han determinado el incremento que en nuestra prosa narrativa llega a tener la representación del mundo exterior. Este ocupa, en efecto, la preferente atención de la mayoría de nuestros narradores. Pero cuando deja de ser tratado como algo objetivamente dado o cuando, en algunos raros momentos, el narrador pretende asir directamente el mundo interior de sus personajes, es frecuente que

su obra decaiga a una amplificación oratoria o retórica de los conflictos espirituales.

No podemos ocuparnos aquí de estudiar este aspecto de nuestra narrativa. Baste señalar, de una manera general, que nuestro relato tuvo como escenario preferente nuestro campo y desarrolló sobre todo aquellas aptitudes que le permitían una eficaz representación del mundo exterior.

Y bien, no es ésta la actitud que caracteriza la obra de Bellan. Y es éste uno, acaso el primero o el más evidente de los puntos en que cabría señalar su desemejanza con los narradores uruguayos que fueron sus mayores o sus contemporáneos.

Sin que la indicación de esta característica implique, todavía, valoración, puede señalarse en Bellan una dominante diferente que se pone nítidamente en evidencia en su manera de relato interior.

Acaso sea conveniente advertir aquí que, en cierto sentido, su obra narrativa parece obedecer en esto a la línea de desarrollo que corresponde a nuestros dramaturgos. F. Sánchez y E. Herrera parecen, en efecto, más vinculables a Bellan —aún el Bellan narrador— que los mismos narradores. Nuestro autor parece instalarse y madurar en una conciencia creadora a partir del teatro, y su obra narrativa parece ser creada desde tal situación.

## Dominante urbana

Lo dicho hace que al intentar situar la obra narrativa de Bellan, lo primero que debamos señalar sea su carácter urbano, ciudadano, por lo que esto puede ya indicarnos sobre su tono. Con una sola

excepción, y no precisamente narrativa —ya que se trata de un cuadro de *Interferencias,* su última obra dramática— toda la obra de Bellan tiene como marco la ciudad, y, salvo raras excepciones, su ciudad, el Montevideo de 1910 a 1920.

La dominante urbana que acabamos de indicar no excluye de su obra la presencia de la naturaleza, pero sí la circunscribe, ya que el paisaje natural que Bellan suele describir es el de los alrededores de Montevideo, el de las quintas, casi las mismas todavía que dejaron ecos en los versos de Julio Herrera y Reissig. El Parque Urbano, su cercano mar, el Prado, son los únicos trozos de naturaleza que su obra nos muestra. Y si bien en algunas escenas puede sentirse intensamente la presencia de la naturaleza como vinculada al acontecer del relato (como ocurre en *Sine qua non* o en algunas escenas de *El alba*), no será frecuente, en cambio, ver al escritor detenido en su descripción, valorando la presencia del mundo físico por sí. Más atento al alma de sus personajes que al contorno que los rodea, sentimos en su obra este contorno indirectamente, al través del alma de aquéllos y no independientemente. Y eso ocurre también con su paisaje urbano.

Porque si bien sus relatos suelen situarse en la ciudad, de ésta tenemos —en general— sólo atisbos fragmentarios e incompletos. Una fugaz imagen de la dársena, el jardín botánico, la playa Ramírez, son entrevistos en *El alba* (*Primavera*); la ventana de enfrente, apenas descripta, suscita los ensueños amorosos del protagonista de *La realidad;* una glorieta en un parque descuidado y rodeado de chacras ambienta la locura de *La señora de del Pino,* etc. Estos atisbos, que pueden en algún caso apoyar o hasta

motivar los conflictos espirituales de los personajes, en general apenas los rodean. Porque el relato de Bellan es, como dijimos, interior, y sólo en ocasiones —acaso más acusadas en *Doñarramona* que en cualquier otro relato— se le ve algo minucioso en la descripción, con una preocupación realista que luego se irá desvaneciendo y que ya en esa novela sólo se limita, en su primer capítulo, a un moroso recorrido por el interior de la casa que habitan los Fernández y Fernández.

No quiere esto decir que el mundo exterior no viva en la narrativa de Bellan. Todo lo contrario: vive y a veces muy intensamente. Ya se trate del escenario natural de una quinta o del Prado (*Doñarramona*, *Sine qua non*, *El alba*), ya del artificial y ciudadano de la pensión de Mme Jourdain (*La realidad*) contribuye a determinar el tono dominante del relato que respira ese paisaje a cada paso. Pero la intensidad con que se siente no depende de la reproducción visual que de él nos proporciona el autor, y que es casi siempre escasa, sino de la resonancia espiritual que en sus personajes provoca.

Y lo que puede indicarse a propósito del escenario en que ocurren sus historias se encuentra en correspondencia con la índole de los seres que las protagonizan.

Los personajes de Bellan están menos radicalmente diferenciados, son, en principio, más opacos que nuestros casi siempre excepcionales gauchos. Y sus historias pierden y ganan con ello: pierden pintoresquismo sorprendente y brusca grandeza, pero ganan en inmediatez humana.

A la naturaleza violenta y espléndida, que se hace casi táctil en las obras de Acevedo Díaz o de Javier

de Viana, se la siente tremendamente determinadora del hombre que la habita, de modo que en la misma medida en que la figura del protagonista queda potenciada por esa fuerza telúrica que lo atraviesa y lo determina, queda disminuída en cuanto a su sola condición —menos excepcional pero más honda—, de ser humano libre y autodeterminado. El contorno del personaje de Bellan suele valer así tanto menos cuanto más vale su interioridad.

Pero, una vez hechas estas afirmaciones —acaso demasiado categóricas— es necesario precisar en seguida algunos de sus límites.

En primer término debe señalarse que también en Bellan los personajes pueden estar determinados por un medio dado. La herencia del realismo y del naturalismo pesa sin duda en él aquí. Pero ese medio no está constituído simplemente por la agreste naturaleza de nuestras colinas, sino por el ambiente, tanto físico o económico, como espiritual, de la ciudad —educación, tradición en el caso de *Doñarramona;* situación social, miseria en el caso de *¡Maní! (A. L.)* [1] —. Y en segundo término también debe indicarse en la narrativa de Bellan una línea —aunque secundaria— de objetividad intensa, de estampa exterior *(Miguel Arriscatea, Capitán sacrificio,* por ejemplo).

Pero si nos detenemos a considerar el conjunto de su obra de narrador podremos señalar en toda ella y como la más frecuente, aquella línea de relato interior que apuntamos más arriba y que se marca ya desde el primero de sus libros de cuentos.

(1) Con estas iniciales, A. L. indicamos *El pecado de Alejandra Leonard.*

## Su iniciación

Su obra narrativa comienza formalmente, en efecto, con *Huerco* (1914), pequeño libro juvenil que recibe el influjo de algunas lecturas de época, especialmente de Huysmans, Zola, Poe y, más notoriamente acaso, Maupassant, cuya narración escueta y rápida procura Bellan asimilar. En esos relatos el autor intenta vencer la normalidad de una visión directa de lo real eligiendo casos patológicos o situaciones de excepción que satisfagan en lo sorprendente, lo brutal o lo raro una inquietud espiritual para la que era un marco demasiado estrecho su visión positivista del mundo. La muerte y el sexo son los temas dominantes de la colección, ya se presenten aislados, ya cruzándose en un clima de pesadilla. Pero este primer libro es, con evidencia, un libro inmaturo, lejano todavía de la serenidad narrativa de la inmediata *Doñarramona.* Tanto el exceso granguiñolesco del tema como la ingenua técnica narrativa suelen borrar, en él, el horror que el escritor procura. Además la colección suele pagar tributo a los entusiasmos del juvenil lector que era todavía su autor, Porque, y aunque esto no pueda probarse, podemos sospechar —y los recuerdos de algunos familiares consultados parecerían confirmarlo— que este libro, si bien fué publicado en 1914, contiene materiales anteriores aún a la redacción de su primer drama *Amor,* el cual, aunque editado en 1911, fué escrito en 1908. De ser así leeríamos en *Huerco* los primeros textos que Bellan escribió y algunos, por lo tanto, anteriores a sus diecinueve años.

Debemos considerar, por eso, que su obra narrativa comienza en realidad con *Doñarramona* (1918).

Con este relato el autor se ha instalado ya en su manera. Desde *Doñarramona* hasta *El pecado de Alejandra Leonard* su obra puede ya considerarse como un conjunto relativamente unitario.

Dentro de ese conjunto unitario no todo es homogéneo sin embargo.

Indicamos más arriba, como motivo de la violencia de *Huerco* y de su complacencia en romper con una visión directa de lo real —y si no fue sólo la extrema juventud de su autor— la posible necesidad de superar el marco de una formación positivista. Decíamos así porque durante su formación debió experimentar el influjo de aquella corriente que entonces se hizo sentir en el ambiente espiritual montevideano.

Ese influjo puede seguirse todavía en repetidas ocasiones a lo largo de su obra de madurez.

Ya aludimos a algunos personajes que el autor presenta como relativamente determinados por un medio dado. Así Alfonso, en *Doñarramona,* que debe parte de su torpeza y de su íntimo apocamiento al medio en el que se formó, o Luigi, el inmigrante de *¡Maní!* cuya vida, que constituye una primera etapa de un desarrollo que ya es más pleno en sus descendientes, se consume en una miserable y dolorosa inadecuación social. Cabe señalar también, en varias estampas de *Los amores de Juan Rivault* y de *El pecado de Alejandra Leonard* la insistencia del autor en subrayar algunas notas anticlericales, insistencia que puede ser vinculada a esa misma tendencia positivista. Y por último cabe todavía recordar cómo, con frecuencia, busca sus temas en verdaderos casos clínicos (*Los amores de Juan Rivault, La señora de del Pino,* etc.)

## UNA VETA ROMÁNTICA

Pero, y por contradictorio que esto parezca, también circula, por la obra narrativa de Bellan, una veta que llamaremos romántica y que se manifiesta en varias oportunidades.

Esta puede advertirse en alguno de sus raros momentos descriptivos, como cuando hace el retrato de Miquel Arriscaeta (*Miguel Arriscaeta, Capitán sacrificio,* en *A. L.*) y acentúa sus rasgos con una violencia de aguafuerte que recuerda en algo la manera de algunos novelistas románticos: "La cara es pequeña, chata, dividida en dos partes iguales: desde el nacimiento del pelo hasta las cejas y desde los ojos al mentón. Ojos, nariz y boca parecen apretujados bajo el paredón vacío de la frente. Y el cráneo grande, abombado, que se echa hacia la base, después de dilatarse en redondo en una convexidad que amenaza reventar" (*A. L.* p. 212).

O cuando realiza la delicada estampa nocturna e infantil de *Claro de luna* (en *Primavera*), por lo que revela de sensibilidad ante el paisaje y por la calidad misma del que allí se evoca (noche, luz de luna, quintas, juegos infantiles).

O cuando cuenta (en *Remigio Stagnero,* de *Primavera*) cómo se agita el alma de su personaje en un conflicto que pone en lucha su amor por la hermana enferma, su miseria y su honor, en un relato que comporta una visión jugosamente realista a la vez que una emoción pura y una evidente sensibilidad romántica.

Así pues, tanto el carácter de algunas descripciones como la índole y el tratamiento de algunos temas, y

acaso también la insistente preocupación que evidencia por el mundo del niño (los relatos de *Primavera* son prueba de ello), parecen conformar, siquiera parcialmente, ese complejo que llamamos romántico de la obra de Bellan.

## El tema del amor ideal

Pero esa veta que venimos comentando no consiste tan sólo en los puntos señalados —que acaso podrían quedar referidos a algún eco de la literatura romántica—. Invade otras zonas más importantes aún y parece derivar de una constante profunda del alma de Bellan. Esto se hace sobre todo evidente cuando se considera la insistencia con que trata Bellan en su obra el tema del amor ideal.

*La realidad, Cuento breve, Amor juicioso, Loco de amor* son ejemplos de lo que digo. Un mismo tema esencial circula por todos esos relatos que consisten en la exaltación del objeto erótico ausente.

La esposa que escribe las cartas de *Amor juicioso* descubre —o inventa—, en la ausencia de su esposo, el intenso amor que a él lo liga; la sensibilidad para lo presente le es negada a la protagonista del brevísimo *Cuento breve* quien, cuando novia, transforma lo que vive en un futuro deseado y cuando esposa en un pasado que añora; el protagonista de *Loco de amor* crea, sobre la imagen de su amada, un objeto erótico de tal perfección ideal que ya no se corresponderá después con la imagen de su motivadora. Cuando la mujer amada llegue hasta él se le oirá gritar: "¡No... no es ella, no es ella!". En cuanto a *La realidad* nos ocupamos de ella más adelante con algún detenimiento.

Mientras tanto señalemos que el tema que con variantes se trata en estos relatos se inserta claramente en la tradición romántica —*Loco de amor* responde tanto por su sentido como por su estructura a lo que podría haber sido un relato de Bécquer— y revela un aspecto que creemos esencial de Bellan.

Es de hacer notar, además, que este tema, cuando se presenta directamente (como en los relatos indicados), es tratado por el autor con un sorprendente esquematismo. Salvo *La realidad,* los cuentos mencionados son casi apuntes, anotaciones, y no llegan a tener *carne* de relato, como si Bellan se sintiera inhibido de tratar con la morosa entrega que eso requiere un tema que es sin embargo el más insistente de su obra narrativa. Acaso por su manera de serle entrañable o, quizá, por lo que revela de una actitud de ingenuo idealismo casi adolescente.

## Amor y sexo

Para que tal tema se vierta con plenitud, como acontece en *La realidad,* ha de darse incrustado en la compleja naturaleza de un conflicto, como complemento o como oposición de una sensualidad vehemente, y como si sólo el choque con su contrario carnal hiciera posible el tratamiento de tal fuerza ideal. Todo ocurre como si el autor reconociera en él una de las fuerzas polares de la vida que sólo cobra total sentido en su agónico desarrollo dentro de un cauce vital, que purifica lo impuro al confundirse con él animándolo espiritualmente.

Y es aquí, creemos, donde Bellan ahonda más su materia.

Porque se revela aquí, no sólo su tema más insistente sino también el que más hondamente expresa. Y ello parece derivar directamente de su personal manera de estar ante el mundo. La vida palpita ante él como una fuerza primaria, firme e inagotable, espléndida en sí, aunque se arrastre torcida por el vicio o martirizada por la convención social.

Y esa vida, y su latido más recio se manifiesta en Bellan en el tema, tan frecuente en él, del sexo y del amor (a veces sólo del sexo), anunciados ya como su motivo fundamental desde el título de su drama más temprano (*Amor*).

Desde aquel primer libro son en efecto el amor y el sexo los que proponen incesante materia a su obra, y es en el tratamiento de este tema donde Bellan consigue algunos de sus mejores logros artísticos. En aquel primer drama su mejor escena nos muestra a la protagonista, Esther, arrastrada ciegamente por el deseo hasta que se entrega a Eugenio. El deseo sube en ella como una fuerza que, ajena a su personalidad consciente, la contradice y la vence. Ese tema, que el desarrollo posterior del drama frustra, marca el rumbo profundo de su obra entera. *Doñarramona, Los amores de Juan Rivault, La realidad, El pecado de Alejandra Leonard, La inglesita, Fuego fatuo,* son sólo los ejemplos más salientes de lo que decimos. Y aún en *Primavera,* la narración más extensa de ese libro, *El alba,* trata otra vez el inagotable tema de la atracción amorosa vertido ahora en el clima depurado de un primer amor todavía infantil.

El amor es así, en su obra, una poderosa fuente de donde puede surgir tanto el drama sórdido como la más intensa y depurada emoción. Y, a veces, entremezclándose y superponiéndose. Porque Bellan

parece encontrar en el sexo, en el sexo como fuerza ciega y arrebatadora que se oscurece a veces en el vicio y se sublima otras en el amor, la más directa alusión a esa incesante fuerza que anima lo viviente

Pero este tema asume su más honda dimensión cuando se cruza con aquella veta romántica que más arriba indicamos el de la fuerza idealizadora del amor, el del amor ideal

Una lucha entre la pura manifestación de esa fuerza ideal y las diferentes barreras (exteriores o interiores) que la condicionan o la coartan, parece ser uno de sus temas esenciales

Si recorremos, en efecto, el conjunto de su obra de narrador, podremos ver cómo, al través de diferentes variantes, se manifiesta una motivación fundamental que, en definitiva, responde siempre a esa lucha a que aludimos

a) En *Doñarramona*

*Doñarramona* (1917) nos ofrece una visión crítica y angustiosa de la vida humana que allí aparece constreñida entre circunstancias empobrecedoras y torpes Pero si por un lado sostiene el autor una actitud crítica y acaso pesimista, por otro se le ve animado por una fuerza simpática que lo comunica directamente con el impulso vital que recorre a sus personajes y que busca manifestarse según sus cauces naturales. Su tema es ya la atracción del amor y del sexo, porque justamente es el sexo el que le ofrece más frecuentemente esa doble visión, crítica, pesimista y negativa en un aspecto, pero alentando por otro en un cauce profundo que aspira incesantemente a una culminación más pura o simplemente más franca

## b) En *Primavera*

Su libro siguiente, *Primavera* (1919), parece separarse del conjunto de su obra por su intenso tono juvenil y tierno. Pero acaso responde, también él, a la misma problemática. Desde la historia del idilio infantil entre Renato y Enriqueta (en *El alba*) hasta la enternecedora escena escolar de *Civetta y Godoy*, todo el libro se mueve en derredor de experiencias infantiles.

El mundo espiritual del niño se ofrece aquí a Bellan como un camino que le permite expresar, de manera suelta y libre, una sensibilidad que no podría verterse sin conflicto en el mundo de los adultos. En éstos, la opresión de un contorno, de una sociedad, de una tradición, etc. (como en *Doñarramona*) o, lo que es peor, la oposición de algo impuro en la propia naturaleza (como en *Juan Rivault*), limitará, manchará o simplemente se opondrá y anegará el desarrollo de determinada fuerza espiritual. Esto no significa, naturalmente, que en las narraciones de *Primavera* no haya drama, oposición. El espíritu que en el niño alienta choca, también aquí, con fuerzas que se le oponen. Pero éstas tienen muy diferente carácter, ya que pueden ser integradas en la propia experiencia del niño para determinar una más plena madurez. Aunque se presenten como hostiles no limitan su desarrollo, sino que provocan una comprensión nueva incitándole a superar su estado actual y a contemplar el mundo desde un plano más alto al que se asciende por el dolor y en el cual esa situación agónica significa, más que una discordancia, un ahondamiento. El dolor que en los cuentos de *Primavera* se expresa es el dolor del niño que madura.

En *El primer dolor* un grupo de niños se enfrenta por primera vez a la muerte cuando ésta les arrebata su perro Quebracho, y desde Carlos, el mayor y que comprende ya, hasta Tito, el menor, que se empeña en ofrecer al perro muerto su trencito de hojalata, tal choque se integra en una experiencia desolada pero rica e intensificadora. *Civetta y Godoy* es la rápida, certera y eficaz representación del mundo infantil con sus ritos y mitos y con su amor. También aquí hay dolor cuando la estructura mítica de este mundo infantil choca con una incredulidad negadora. Civetta llora y se desespera y al final explica por qué: "¡Este dice que mi papá no tiene una chivita blanca!!!..." En *El alba* el drama que conmueve a los personajes consiste en el frustrado desarrollo de un primer amor que el alejamiento viene a herir en sus comienzos.

Todas estas experiencias son tratadas por Bellan con una total entrega al mundo de pura e incontaminada sensibilidad que en el niño se cumple. Los relatos se dan cabalmente integrados e intensamente vividos probablemente porque quienes los protagonizan son niños o adolescentes. Es en ellos donde esa sensibilidad puede ser expresada sin que ninguna consideración la perturbe, porque los choques que la contradicen también, en otro plano, la completan. En cambio, en el mundo de los adultos, tal sensibilidad parece condenada a expresarse por una de estas dos maneras: o desnuda y esquemáticamente —tal como indicamos a propósito de algunos de los relatos a que más arriba aludimos—, o en una situación conflictual que al verter esa sensibilidad y su correspondiente tendencia idealizadora la enfrenta dramáticamente a una dura visión de lo real que vigila sus limitaciones. Y adviértase que aquí la superación de ese conflicto sólo

se resuelve en una integración artística, mientras que allá se resolvía, más directamente, en un ahondamiento del mismo personaje.

### c) En *La realidad*

La conjunción ejemplar de estos motivos se realiza, tal como anunciamos, en *La realidad* que, además de ser una de sus más enérgicas creaciones, es una obra por la que el autor parece haber sentido una especial predilección, ya que la publicó primero en *Los amores de Juan Rivault* (1922) y volvió a recogerla más tarde en *El pecado de Alejandra Leonard* (1926). Es de hacer notar que es el único caso en el que Bellan publicó dos veces una misma narración, y que ello ocurre justamente con ésta que nos parece clave, siquiera parcial, de su narrativa.

La historia que cuenta *La realidad* tiene la forma de un diario íntimo del protagonista, un joven, casi un adolescente, que realizó un breve viaje a la ciudad. Por ese diario nos enteramos de que tomó hospedaje en una pensión cuya dueña, Mme Jourdain, pronto se convirtió para él en una amante apasionada y sensual. Pero mientras esta aventura se desarrolla, extrañas fantasías se imponen al protagonista. Sueña éste frecuentemente con una joven, se enamora luego —en sueños— de ella, y llega al fin a conocer —siempre en sueños— su nombre: Isabel.

Un día, mientras mira por la ventana de su cuarto, cree reconocer el rostro de esa Isabel en el de una mujer que vislumbra tras los visillos de otra ventana. Y desde entonces, mientras en la vida real, en la pensión, sus relaciones con Mme Jourdain son cada

día más borrascosamente ardientes y de una más violenta sensualidad, durante el sueño o, aún en su vigilia, durante los muchos momentos que pasa acechando desde la suya la ventana vecina, su amor por la soñada desconocida llega a ser una obsesión.

Así, su amor por Isabel, que arraiga en lo mejor de su alma, le hace sentir repugnancia por Mme Jourdain; pero no puede abandonar la pensión en la esperanza de volver a ver a la vecina en la que creyó reconocer a la mujer de sus sueños. La conoce al fin, la reconoce; es, sí, Isabel, e Isabel se llama. Deja entonces la pensión y comienza a visitar a quienes puedan relacionarlo con ella.

En las últimas páginas del relato sabemos de la muerte, del espantoso suicidio de Mme Jourdain y del desapego con que recibe la noticia el protagonista; pero también nos enteramos de cómo desdeña entonces una invitación que le hubiera permitido vincularse más estrechamente a Isabel. Tampoco ésta le interesa ya más y parte.

La experiencia dual del protagonista, que ha vivido, separadamente, una historia de amor y una historia de los sentidos, aisladas en el mundo exterior, pero que se cruzaban y se motivaban mutuamente en él mismo hasta el punto de depender la una de la otra (cuando se desprende de Mme Jourdain se esfuma su amor por Isabel), pone en evidencia una constante que nos parece de importancia en Bellan. Esta consiste en la expresión del conflicto a que antes aludimos, el choque de una intensa visión de lo real —que Mme Jourdain encarna aquí— con una opuesta tendencia idealizadora —que representa Isabel; sobre todo la Isabel soñada de los primeros capítulos—. Pero es interesante subrayar que de los

personajes de *La realidad* es sin duda Mme Jourdain la más viva, la fuente de donde, evidentemente, mana el sortilegio de toda la historia. Porque se advierte que su misma fuerza vital, su sensualidad desbordante es la que alimenta no sólo su amor sino el mismo amor del protagonista por la casi fantasmal Isabel. Es sobre ese fundamento de fogosa vitalidad que se apoya y se sostiene la figura de aquel amor ideal; Mme Jourdain es así el nudo vital de todo el relato.

La carne que no tienen aquellos relatos que más arriba mencionamos —en los que un romántico ideal amoroso se expresaba casi esquemáticamente—, está aquí presente en la dueña de la pensión, y es su exacerbación, su exceso vicioso el que, antagónicamente situado frente a Isabel ilumina a ésta con un resplandor que no tendría si Mme Jourdain faltara, y que no tiene, de hecho, desde que Mme Jourdain muere.

Es éste el punto más alto, según creemos —o más hondo— de la narrativa de Bellan.

Pero es necesario hacer de inmediato, luego de esta afirmación, algunas precisiones. La primera para indicar que sólo hacemos tal aserto en la intención de señalar que en este relato se expresa el mito último al que su mundo narrativo tiende. Esa lucha y esa integración de opuestos principios, que se exaltan aquí en la construcción de esa representación mítica, es una tentativa de superación del mundo conflictual del adulto. Como vimos ya más arriba el conflicto paralelo que en el mundo infantil se da no tiene el carácter de suma tensión, aparentemente irreductible, del que aquí se ofrece. En este sentido creemos que el tratamiento de aquellos relatos infantiles implica en cierta medida —y sin que esto signifique

una valorización artística— un rehuir de Bellan a su tema más profundo, que aquí queda, en cambio, directamente enfrentado.

Por eso indicamos este relato como el que mejor nos guía hacia la comprensión de las más propias e inevitables motivaciones de su narrativa.

## DOÑARRAMONA

Ya vimos en páginas anteriores qué situación ocupa *Doñarramona* en el conjunto de la obra de Bellan: es la primera de sus narraciones importantes y trata también del sexo, cuya fuerza choca y se asfixia, en este relato, en un marco de convenciones y torpezas.

La obra está simple y sólidamente construída. Responde, en su conjunto, a un esquema en el que se advierte una presentación, un nudo y un desenlace (Caps. I-VI; VII-XV; y XVI).

Los primeros capítulos (I-III) están dedicados a la descripción de la casa de los Fernández y Fernández (Cap. I), a una somera historia de la familia, y a una descripción de los personajes que ahora la componen: Alfonso, Concepción, Amparo y Dolores (Cap. II). La acción se inicia con la llegada de un ama de llaves española, Doñarramona, que da ocasión para que los hermanos manifiesten sus respectivas naturalezas en una primera escena narrativa (Cap. III).

A partir de la llegada de Doñarramona (Capítulo IV), el desarrollo de la narración progresa de manera más compleja. El centro de la acción está ocupado por la española y atraviesa dos momentos

fundamentales: el primero que consiste en el rápido ascendiente que Doñarramona logra hasta llegar a ser el centro de la familia (Caps. IV-VI; y hasta aquí la presentación); el segundo en el que ella se convierte en la obsesión erótica del único hombre de la casa: Alfonso (Caps. VII, hasta el fin).

Pero a partir del Cap. VII, en el que Doñarramona sufre su primer ataque histérico, ese tema central aparece enriquecido por el incremento que entonces toman figuras hasta ese momento secundarias, especialmente Concepción y Amparo y, en un plano menos cercano, también Dolores. En las tres se desarrolla, con diferentes modulaciones, el tema del erotismo, como si el ataque de Doñarramona desencadenara alrededor de ella fuerzas correspondientes hasta entonces dificultosamente contenidas. Rodeando la figura de la protagonista, cuya presencia provoca una tensión que se hace creciente, las tres hermanas acentúan ese tema central y lo acompañan modulándolo en otras tonalidades. Es éste, sin duda, uno de los mejores aciertos de composición de la obra. Mientras Doñarramona padece sus ataques, y sus rodillas se tocan cotidianamente con las de Alfonso bajo la mesa del comedor, sus hermanas van siendo tratadas en un más evidente primer plano. Así se ve sucesivamente a Concepción arrastrada por una incontenible y mórbida sensualidad, a Amparo resecándose y aguzándose en el recuerdo —también mórbido— de una única desgraciada experiencia amorosa, y a Dolores iniciando —la única natural y originalmente espontánea— un noviazgo.

Es el momento más complejo y rico de la obra, ya que es aquí donde se desarrollan los subtemas (Concepción, Amparo y Dolores) que llegarán a

alcanzar un plano violentamente dominante aunque sin perder su correspondencia con el tema central. Dos motivos merecen ser subrayados aquí: por un lado las lecturas excitantes de Concepción (que comienzan con el inolvidable encuentro de una hoja de Paul de Kock en la que estaban envueltos los sesos que trajo el carnicero y que ella esconde en su seno donde la siente adherida a su carne antes de poder leerla a escondidas —cap. VIII—), y su erotismo delirante frente a la imagen de Jesús, en la que ofrece casi el aspecto de una flagelante (Capítulo IX); y por otro lado la exaltación progresiva, seca y agria de Amparo que estalla en su bofetada a Dolores (Cap. XI) y llega a hacerse sinuosa y hasta perversa en la escena de los consejos a Alfonso (Cap. XIII). Y ambos temas encuadrando la más torpe imagen de Alfonso a quien se ve en el capítulo XII ridículamente descalzo y en camisón espiando por el ojo de una cerradura a Doñarramona que se desviste, mientras su hermana Concepción, enardecida, lo espía a él.

Las imágenes de Concepción que señalamos anteceden y aquellas de Amparo siguen a ésta que recordamos de Alfonso. Así lo rodean, lo incrementan, lo enriquecen con variadas resonancias.

De manera menos central, sin llegar a un primer plano intenso, comienza a señalarse algún hecho que alude a las entrevistas de Dolores con su novio. Es una resonancia lejana que, por su más sana intención, por su normalidad, marca el contraste con la turbia y convulsa agitación erótica de la casa (El novio de Dolores no llega a entrar en el relato).

Los capítulos siguientes hacen recaer más directamente la acción sobre Doñarramona y sobre Al-

fonso. Y no se trata de que Doñarramona no haya sido, durante todo el relato, el eje del mismo. Se ha visto que de una u otra manera ella es el centro vital de los acontecimientos: su presencia tiene un efecto catalizador, y es ella la que motiva ese hervor sensual de su contorno. En esos momentos centrales de la obra la acción no está protagonizada por ella, pero sí motivada. Basta que ella *esté*. Es su presencia la que todo lo conmueve. Por eso, después de esos capítulos en los que sucesivamente los cuatro hermanos van ocupando una transitoria situación protagónica, Doñarramona vuelve a asumir la responsabilidad de la acción. En el cap. XIV, después de otro ataque histérico, y con motivo del regalo que a escondidas le hace Alfonso (una cruz de oro que desliza bajo la almohada de la española) el autor nos describe la situación espiritual de su protagonista, su lucha interior, sus remordimientos, sus protestas de inocencia ante sí misma y, por último, la reiteración de un recuerdo obsesivo: los pelos del pecho de Alfonso.

Tanto éste como los capítulos siguientes (y finales), quedan fuertemente determinados por el clima creado en los anteriores. Se advierte aquí que el desarrollo que se otorgó a los capítulos IX-XIII no sólo obedece a la necesidad de armonizar el tema, sino también a la de intensificarlo para proyectar su fuerza sobre el fin de la novela.

Los capítulos XV y XVI inician y culminan el desenlace. El XV, con la escena del cumpleaños de Alfonso y del regalo de la camisa, provoca un acercamiento entre aquél y Doñarramona que el viaje a la quinta hará progresar. Hábilmente, en el correr de ese capítulo, Bellan introduce una diversión na-

rrativa, el episodio de Dolores y Roberto, que hace entrar un soplo de aire libre y suelto en el relato a la vez que vuelve a contrastar con la vida familiar de los Fernández y Fernández. Y en el cap. XVI se cierra la historia con la entrega de Doñarramona, precedida por un rápido recuerdo de la última visita del ama al confesonario.

Cabría considerar este relato desde un ángulo realista o naturalista como el estudio de una situación social dada y el análisis de la misma. Parece evidente que Bellan se planteó su obra como el análisis de un complejo social dominado por un tradicionalismo y un clericalismo que repudiaba por igual, y que se propuso una crítica social y antirreligiosa a la vez, y especialmente antirreligiosa.

Los primeros capítulos ya acentúan el hábito claustral de la casa de los Fernández y Fernández, y la aparente objetividad con que se describen las imágenes que pueblan la sala trae ya consigo una crítica. En el capítulo I se lee esta descripción de una imagen sagrada: "Un manto azul le cubre el busto y sobre el manto está el corazón, suspendido en el vacío, muy bonito, de una tonalidad uniforme. La mano derecha surge de entre la vestidura, completamente abierta. Una mancha rojiza, un poco gorda y estrictamente circular, le ocupa el centro del dorso" (p. 5). Y en la misma página, describiendo una imagen de la Virgen: "A sus pies, las ondas de nubes parecen servirle de piso. Una gran cantidad de criaturas de diez a doce meses, con alitas, asciende hasta ella". Y se muestra a "Santiago, el héroe, blandiendo su espadón ávido, montado sobre un caballo blanco, que marcha en el fragor de la pelea

como el huracán, pisando muertos, magullando heridos que gimotean en vano" (p. 6).

Además, en el capítulo II se dice expresamente: "Recibieron una educación cerrada, la educación de aquel entonces, cargada de santidad y beatitud. Esta tendencia se acentuó más con la desaparición del señor Fernández. Una hermana suya suplió su falta y la infancia de los chicos transcurrió en el convento, bajo el rigor de la palmeta, los ayunos y el purgatorio".

Y a lo largo de la obra menudearán situaciones en las que el autor se complace en negar la validez de los símbolos o los ritos religiosos mostrándolos o vacíos de sentido —como en algunos de los ejemplos que transcribí— o cargados de una fuerza que los contradice. Así la escena en que se ve a Concepción ante la imagen de Jesús diciendo los versos del clásico soneto español mientras la desborda una ola sensual y lúbrica que la hace ver en la misma imagen sacra un objeto erótico (cap. IX); así el regalo de Alfonso a Doñarramona, *una cruz,* que conmueve sensualmente a ésta (cap. XIV); así la presencia del cura libertino en el confesonario fugaz y eficazmente lograda en el capítulo último. Los ejemplos podrían todavía multiplicarse.

Sin embargo éste es sólo uno de los planos, y según creo el más externo en que la obra puede considerarse. Cuando, más arriba, caracterizamos el conjunto de la narrativa de Bellan, señalamos la existencia de una veta naturalista o positivista que aquí, en Doñarramona se presenta como la más visible motivadora consciente del relato. De ella podemos hacer derivar sin duda la actitud crítica del autor, su análisis de la situación social y moral de la familia

de los Fernández y Fernández y su intención antirreligiosa.

Pero también señalamos en aquella oportunidad una temática que nos parecía más profunda —y no necesariamente consciente— cuyo mito último se expresaba de manera cabal en *La realidad*. Esta temática también está presente en *Doñarramona*, y viene a constituir, según entendemos, su más profunda sustancia. La última materia artística de la obra es, también aquí, aquella situación conflictual de una fuerza que choca con formas que la oprimen y busca incesantemente cauces para expresarse. En esto coincide con *La realidad*, pero sólo parcialmente, porque *Doñarramona* es, no debemos olvidarlo, el comienzo de la narrativa de Bellan. En ese sentido indica, y aún inicia un camino, pero no lo recorre hasta el fin. Parece como si todavía la voluntad consciente del autor impusiera demasiado enérgicamente un mundo de alusiones que no son exactamente las que su visión del mundo necesita para expresarse.

Sin embargo, aunque el clima que viven los personajes del relato es moralmente asfixiante, su versión literaria es jugosa, sanguínea, vital. En primer término porque la figura dominante de Doñarramona, que anima y nutre toda la historia, como Mme Jourdain la de *La realidad*, es, ella misma, sana, de una elemental vitalidad de campesina. Y en segundo lugar porque el escritor nos hace sentir fuertemente la presencia del mundo como vida en imágenes que lo expresan con particular eficacia. Recuérdese, como ejemplo, aquella arrugada página de Paul de Kock que Concepción encuentra en la cocina, o la insistente

preocupación de Doñarramona por los pelos del pecho de Alfonso.

Es evidente que la exaltada visión de la vida como jugosa presencia —que sobre todo el sexo exterioriza— es más fuerte y más importante en la obra que la consciente intención crítica del autor. Aquella fuerza primaria es el fundamento mismo de la obra, y ello se hace más evidente por el hecho de que hasta el valor relativo de los personajes depende, ostensiblemente, de la intensidad con que cada uno de ellos resulta animado por esa fuerza y por la manera como la refracta. Ellos tienen entidad en la medida en que encarnan, de buena o mala manera, ese ímpetu, y su personalidad se determina por la coloración que cobra su respectiva impregnación de tal intención sexual.

Pero habrá de añadirse en seguida que tal fuerza es sobre todo válida para el autor cuando comporta conflicto, choque, limitación. Allí donde no hay tensión erótica, pero, frecuentemente, también allí donde ésta se desarrolla de manera menos coartada y más natural, la sustancia narrativa decae y se agosta. De todas las hermanas la menos intensa como personaje es Dolores, que es la única impulsada por un erotismo normal, y de los personajes secundarios el más insignificante es Magdalena, la criada, en quien ni el amor ni el sexo se manifiestan y que resulta por ello, en la narración, el más descolorido de los seres.

Pero en la misma medida en que un personaje es débil si el sexo no lo informa, así se anima cuando una intención sexual lo colora siquiera lateralmente. Mme Lautier es un personaje secundario y episódico pero su condición de intermediaria consciente de los amores de Dolores la realza, y así resulta en el relato

viva y eficaz, como si su celestinaje fuera una fuerza interior que rezumara en todos sus gestos. Basta que su actividad ostensible de luchadora por la causa religiosa se cruce con su actividad secreta de portadora de esquelas amorosas y preparadora de encuentros para que la escena en que interviene tenga un sensible brío.

En cuanto a los otros personajes ya señalamos cómo su pasaje a un primer plano se corresponde siempre con una descarga sensual que los sacude violentamente enfrentándolos con la imposibilidad de su normal manifestación.

Y todo ello en torno a Doñarramona quien, como ya indicamos, conmueve con su presencia todo su contorno. Ella es aquí —como Mme Jourdain en *La realidad*— el centro vital —y acaso el más puro— de la narración en la que aparece.

Pero una diferencia importante separa los dos relatos: lo que en *La realidad* es un conflicto *dentro* de un personaje (el Narrador) es en *Doñarramona* un conflicto *entre* personajes, o entre los personajes y su medio, ya que el mundo social que Bellan critica aquí es la barrera contra la que la sexualidad choca. En *La realidad,* en cambio esa barrera se ahonda y se revela como algo inherente a la sexualidad misma, que, como tal, parece no tener culminación posible y se proyecta en una creación ideal que la prolonga o la salva. Tanto Mme Jourdain como Isabel cobran sentido, en esa obra, en cuanto se advierte que sus respectivas imágenes se animan mutuamente al cruzarse dentro del alma —de la experiencia, diríamos mejor— del Narrador. En *Doñarramona* el choque es todavía dominantemente exterior y la obra no llega a la culminación de ese desarrollo dialéctico que

*La realidad* expresa en su mayor intensidad crítica. Pobre, tristemente, se ve aquí a la vida —el sexo— buscar sus caminos y hallarlos al fin en Doñarramona. Pero cuando la obra termina otro drama puede empezar; ése es el que será tratado en *La realidad*.

JOSE PEDRO DIAZ.

# DOÑARRAMONA

## JOSE PEDRO BELLAN

Nació en Montevideo el 30 de junio de 1889, hijo de Pedro Bellan y Josefa Giraldez, el primero de origen francés. Muy joven se inició en las letras, integrando el grupo que rodeaba la revista *Bohemia*, en que colaboraron los mayores dramaturgos uruguayos: Ernesto Herrera y Florencio Sánchez. Siguió estudios magisteriales y se graduó de maestro en 1910. En esa fecha hizo un corto viaje a Melo acompañado por Herrerita, para ocupar un cargo de maestro en un batallón del ejército. Con el alzamiento de 1910 se terminó su ocupación y volvió a Montevideo donde continuó ejerciendo el magisterio en las Escuelas del Estado. En 1911 publicó su primer drama *Amor*, escrito en 1908, y en 1914 su primer libro de cuentos, *Huerco*.

En 1917 se casó con Dña. Luisa Magariños, de quien se separó pocos meses después. A partir de dicha fecha y con el deseo de dedicarse más intensamente a su obra literaria, abandonó parte de sus clases y trabajó solamente en un curso nocturno. Comienza entonces el período más importante de su vida creadora.

En 1918 publica *Doñarramona* Escribe en 1919 *Primavera*, colección de cuentos sobre temas de infancia y adolescencia, que será reeditada frecuentemente y utilizada como lectura escolar. En el mismo año escribe sus piezas de teatro *Vasito de agua*, *Tro-la-ro-la-rá*, comedia inédita que estrenó en 1922, y la comedia *Dios te salve*, su primer gran éxito dramático, estrenada en Buenos Aires en 1920 y publicada ese mismo año en Montevideo. El estreno de esta última pieza lo consagra como el dramaturgo más importante de su generación.

En 1921 casa con Dña. María Ignacia Lasplaces, hermana del escritor Alberto Lasplaces. En 1922, a la vez que estrena *Tro-la-ro-la-rá*, publica su tercer libro de narraciones *Los amores de Juan Rivault*, que contiene alguno de sus relatos más significativos.

Su próxima comedia, *La ronda del hijo*, es estrenada en 1924 y a los dos años publica su último libro de relatos, *El pecado de Alejandra Leonnard*. Ese mismo año de 1926, D. José Batlle y Ordóñez incluyó su nombre en una lista de candidatos a representantes, y desde entonces ocupa, hasta su muerte, una banca legislativa.

Estrena en 1928 *Blancanieves*, teatralización del conocido cuento infantil y publica en 1930 dos obras teatrales: *El centinela muerto*, comedia en tres actos, e *Interferencias*, obra en cinco episodios, en la que se anuncia una nueva orientación de su teatro. Muere en Montevideo el 24 de julio de 1930.

La presente es la segunda edición de *Doñarramona*. La primera fué publicada en 1918, en Montevideo, por Claudio García.

# I

La casa de los Fernández y Fernández, edificada en la calle 25 de Agosto, conserva intacta la huella colonial. Es una construcción sólida, chata, pelada, con dos pares de ventanas rectangulares, cruzadas por barrotes de hierro y cubiertas por sendas persianas de color verde, aletargadas, flojas, que se levantan de tarde en tarde, a la altura de un metro, con el único fin de lavar los marcos de las puertas cubiertas de polvo. Se entra a ella después de atravesar un ancho zaguán, obstruído por helechos, jaulas de pie, globos de cristal, perros de yeso y tres o cuatro estatuitas de biscuit, perdidas en los rincones.

En seguida, el patio, enorme, con baldosas color lacre y pileta de piedra, hacia el fondo, junto a la cocina. Salvo una parra, que trepando por unos tirantillos de hierro lo cubre totalmente, el patio no presenta una sola planta. Es una superficie desierta y tranquila, con un gran movimiento de luz.

Las habitaciones, hechas sobre un plano más elevado, son ocho y comunican entre sí. Todo el lujo de la casa está en ellas. El mueblaje es pesado e indestructible: camas, roperos, cómodas, mesas, todo de jacarandá.

Los cortinados llenan las alcobas de una paz húmeda. Al principio, cuando se entra en ellas, es difícil distinguir los objetos que las llenan. Para andar

sin tropiezos, es necesario esperar la acomodación del iris o conocer la simetría tradicional de la familia.

La sala es grande y rectangular, bastante rectangular. Los sofás en hilera, junto a las paredes, forman un marco color rojizo.

Uno de ellos, hacia la mitad de una fila, se destaca por su tamaño, por su ornamento: tiene aspecto de sitial. A poco, sobre él, un gran cuadro de Carlos V.

De entre las pesadas colgaduras, se muestran las repisas, cargadas con objetos de familia, antiguos, heredados: abanicos abiertos, horquillones, hebillas, cinturones, puñales; consolas de pie, con copas de cristal, ánforas de arcilla, unas atestadas de florones, simples las otras. Un mantón de tonos verdes, rodea el pie del ánfora sencilla y suave de la samaritana. Es todo un museo pegado a las paredes, un museo que se exhibe en silencio y que nadie ve. Y en el centro del espacio libre, sobre un pedestal en forma de columna, existe una pequeña estatua de Santa Filomena, vaciada en yeso.

El cuarto inmediato está dedicado a los ejercicios del alma.

Un gran Cristo de plata, sostenido por una base de caoba que desciende hasta el suelo tapizado, resplandece en la semi-oscuridad. Le cercan los cirios, enormes, eternos, con grietas y costurones cuajados.

Frente a él, hay tres reclinatorios, separados entre sí, por escasa distancia. El olor a incienso, se expande a través de las cortinas.

Sigue a esta habitación un dormitorio con dos camas, altas, negras, de patas formidables. A pesar de ser la pieza más grande de la casa, es la más obs-

truída. A causa de los muebles hay que deslizarse por ella. Un ropero como un arca, cómodas de innumerables cajones, cuyas manijas, caídas en un mismo sentido y en una misma dirección, semejan escaleras bronceadas; fuertes lavatorios con molduras regias; mesas de noche ahitas de cristalería; poltronas, sillones, sillas, altas y bajas...

Sobre la cabecera de cada cama, hay un gran cuadro del Señor.

Existe una notable diferencia entre los objetos que se exhiben en la sala y los que se muestran en los cuartos íntimos. Aquí, el Señor es rubio, barbilindo, con la piel pálida y la expresión tímida. Sus ojos grises, miran de un modo suave, cándido, igual que los niños buenos, obedientes, sin arranques ni travesuras.

Un manto azul cubre el busto y sobre el manto está el corazón, suspendido en el vacío, muy bonito, de una tonalidad uniforme. La mano derecha surge de entre la vestidura, completamente abierta. Una mancha rojiza, un poco gorda y estrictamente circular, le ocupa el centro del dorso.

Y hay más cuadros, de todo tamaño. En uno de ellos la virgen reposa en un asiento invisible, y tiene al hijo sobre uno de sus muslos. A sus pies, las ondas de nubes parecen servirle de piso. Una gran cantidad de criaturas de diez a doce meses, con alitas, asciende hasta ella. Y así siguen sucediéndose en un sentido excesivamente concreto, las imágenes religiosas.

La habitación contigua está menos atascada y presenta una variedad en la galería.

Existe una cama idéntica y con idéntico cuadro de Jesús; una representación del Purgatorio, donde gran-

des llamas se abren para dejar ver las espaldas de los individuos: éstos están quietos y miran hacia arriba con insistencia.

Sobre un escritorio, donde hay libros apilados, un retrato del conde de Reus. Junto al marco inferior, en una chapita metálica, dice: "¡Prin! ¡El gran Prin!"

En seguida, otros y otros. La tauromaquia ocupa su puesto en aquella colección de cosas fijas. Un torero esbelto brinda ante el palco real, mientras el bicho, de cuernos pulidos, espera a que el matador se vuelva hacia él para atacarlo con coraje.

A la izquierda de esta preciosura, otro cuadro, representando una batalla naval, donde una escuadra se hunde gloriosamente, y frente a éste, Santiago, el héroe, blandiendo su espadón ávido, montado sobre un caballo blanco, que marcha en el fragor de la pelea como el huracán, pisando muertos, magullando heridos, que gimotean en vano.

Y toda la casa sigue desenvolviéndose en el mismo tono, pesado y antiguo.

## II

Don José Fernández y Fernández, natural de Oviedo, heredó de su abuelo paterno un patrimonio respetable. Decidió entonces aumentar su fortuna y llegó a Montevideo, en una fragata española, hacia fines de 1853, encontrando aún en la ciudad, la huella de la guerra que la amargara durante nueve años. Aquí se estableció con una casa importadora de vinos que sus hermanos le mandaban de la Península.

Era un hombre sano, capaz de pensar por cuenta propia y que poseía fuerte predilección por las anticuallas de orfebrería.

Casó con una uruguaya y el matrimonio tuvo cuatro hijos: Alfonso, Concepción, Amparo y Dolores.

Recibieron una educación cerrada, la educación de aquel entonces, cargada de santidad y beatitud. Esta tendencia se acentuó más con la desaparición del señor Fernández. Una hermana suya suplió su falta y la infancia de los chicos transcurrió en el convento, bajo el rigor de la palmeta, los ayunos y el Purgatorio.

La madre murió cuando Amparo llegaba a los treinta y cuatro años.

Era el mayor de los hijos. Alta, corpulenta y algo feúcha, presentaba en el ojo derecho una fuerte desviación, por la cual, cuando sus hermanos se indisponían con ella, la nombraban con el apodo de "la

Viscaya". Una vez estuvo por casarse y esto no lo olvidaba nunca.

A ésta seguía Alfonso, de veintiocho años. Era de mediana estatura, muy grueso, con unas manoplas pequeñas, cubiertas de un vello negro y reluciente. Una gran barba cerrada le tomaba casi toda la cara, de la que tan sólo se veían la nariz, los ojos y pequeña parte de la frente. Resoplaba de continuo, fatigado y sudoroso al menor movimiento. Vestía levita negra, llevaba galera y usaba un bastón sin cayado, con empuñadura de oro.

Luego Concepción, tres años menor que su hermano. Era una hembra suculenta, que pasaba la mayor parte del día acostada, ya en la cama, ya en los divanes, ora leyendo, ora bostezando. Pocas veces se arreglaba: alguna fiesta religiosa, algún paseo por los suburbios de la ciudad durante los días pesarosos del verano. Pero en casa usaba batones, constantemente. Y bajo la tela fina, sus senos amplios, sus caderas amplias, se estremecían como elásticos.

Dolores era la menor. De inmediato se advierte que es el miembro de la familia que vive con más libertad. Corpulenta como ellos, en cambio es ligera, risueña, impresionante. Le agrada el barullo y canta. Es lo único que se oye en aquella casa repleta de cosas mudas. La alegría de su voz, pasa como un rayo de sol a través de las espesas colgaduras.

Y ha tres años que viven así, con el varón a la cabeza de la familia: Alfonso y Amparo y Concepción y Dolores, Fernández y Fernández.

## III

Un lunes a las doce del día, llegó Alfonso de su escritorio y reuniéndose con sus hermanas en el comedor, sacó de su bolsillo, mientras servían el almuerzo, una carta.

—Han de saber — dijo, — desdoblándola con cuidado — que hoy he recibido carta de Marina, en la que me dice haber encontrado el ama de llaves que necesitamos.

Dolores dijo con alborozo:

—¿Cuándo llega?

Pero Amparo, la mayor, preguntó:

—Y tía... ¿la conocerá bien? ¿será una persona de confianza?

Alfonso la tranquilizó:

—¡Ah!.. en cuanto a eso no hay nada que temer. A ver, tú, —dijo dirigiéndose a Concepción —-tú que tienes mejor vista: lee para que tus hermanas se enteren.

Concepción siguió aún con la vista sobre la página de uno de sus libros y arrojándolo después en su silla, tomó la carta, tragó una cucharada de sopa, desdobló el papel y leyó con la vista.

Alfonso se impacientó:

—Ya lo dije: su Señoría quiere enterarse primero que nadie.

Entonces Concepción comenzó a leer al mismo tiempo que comía:

"Querido sobrino:"

"Que Jesús te proteja del mal y te haga un santo.

"Habéis de saber, que aquí no marcha todo como Dios quisiere. Ha tres meses que no cae una gota de agua y las naranjas no vienen. Las hay algunas, sí, pero son una miseria comparadas con las del año que pasó.

"Habéis de saber que la hija del hermano del cura de nuestra parroquia quedó huérfana. Yo la aconsejé que fuera con vosotros y ella me dijo que lo pensaría, porque habéis de saber que no hace nada sin pensarlo. Ahora me dijo que iría y se embarcará en el "Málaga". Conque llega el quince. Conque id a buscarla.

"Podéis tener confianza en Doña Ramona. Estuvo en una casa donde todos los días encontrábase con dinero que ponían para tentarla y nunca tomó una peseta.

"Os abrazo a todos y que Dios os tenga presentes. Vuestra tía: *Marina.*"

Añadía a modo de postdata:

"Habéis de saber que Doña Ramona lleva para vosotros un Cristo de marfil que perteneció a vuestro padre."

Dolores exclamó decepcionada:

—¡Una vieja!..

—Hay que pensar en acomodarle el cuarto — dijo Amparo—. Tendrás que comprar una cama.

Alfonso frunció el ceño.

—No me parece conveniente lo que dices. Y esa cama de hierro que está desarmada, ¿para qué la queremos?

—¿Toda sucia y rota?

—¡Hombre!, se le dice a Juan que la pinte y ya está. Siempre te he dicho que a la servidumbre hay que tratarla como a servidumbre.

—Pero ésa es un ama de llaves que nos manda tía.

—¡Bah!.. Le diré a Juan que la pinte.

—Y yo te digo que hay que comprar una cama.

Entonces, Alfonso dejó la cuchara, encajó el arco de sus manos en los muslos, y mirando a su hermana con una seriedad administrativa le dijo con lentitud:

—Me estás cargando en demasía.

Pero esto no valió de nada.

Amparo volvió a decir con mayor empecinamiento.

—Quiero que compres una cama nueva.

—Juan la pintará.

—Una cama nueva.

—La pintará.

—Nueva.

Y aquí hicieron explosión. Alfonso, enardecido, pegó un puñetazo sobre la mesa, que hizo vibrar los cristales.

—Yo mando aquí — gritó colérico.

Entonces, Amparo, se levantó de su asiento y comenzó a llorar. Mientras se alejaba decía:

—¡Ah!.. sí... eso es lo que se me paga... por buena... a mí, que soy la mayor... yo que no me quise casar por atenderlos... ¡Ay!.. si yo me hubiera casado... no me pasaría nada de esto... no...

Dólores se emocionó. Miró a su hermano reprensivamente y llegó hasta Amparo. Le enlazó el cuello con el brazo.

—No llores, Amparo, no llores.

—No, no; déjame llorar. ¿No sabes que soy una víctima? ¡Ay!.. ¿por qué no me habré casado... yo que soy la mayor?

Alfonso, oyéndola hablar, oyendo sus sollozos, titubeaba. Enternecido, no pudo resistir y se levantó.

—Mira, Amparo; oye... No te pongas así. Se hará como tú quieras, pero no llores.

—No..., no...yo soy una víctima. Si yo me hubiera casado...

Dolores sufría cruelmente.

—Pero Amparito... nosotros te queremos más que a una hermana... te queremos como a una madre... no llores... ya ves que Alfonso comprará la cama.

Pero la otra, obedeciendo a su pensamiento oculto, proseguía:

—¡Ah!.. si yo me hubiera casado... No estaría aquí... tendría un marido... tendría mis hijos que no me dejarían sufrir...

Dolores la besaba y Alfonso, conmovido, le secaba las lágrimas y le pedía perdón.

Mientras tanto, Concha había terminado su sopa y seguía leyendo, como si ante ella no hubiera ocurrido nada. Sobre la mesa humeaban los platos casi llenos.

## IV

El quince, como decía la carta, llegó el ama de llaves.

Fue una gran sorpresa que dominó a toda la familia. La tenían junto a ellos en el comedor, y aún dudaban. Casi tenían la seguridad que la persona mandada por su tía, no era la que había desembarcado.

Dolores no pudo resistir y le preguntó:

—Pero... ¿Usted es en verdad, doña Ramona?

—Sí, señorita; a carta cabal — dijo con gran seriedad.

—¿Qué edad tiene usted? — interrogó Concepción.

—Veinticinco años y nací en Santiago.

Y los cuatro hermanos siguieron preguntando empeñados en descubrir la verdad a todo trance.

Pero allí no había nada que descubrir. Lo que tenían delante era doña Ramona, ni más, ni menos.

Por último, Alfonso, tratando de dar el golpe certero, le preguntó:

—Dígame; tía Marina, ¿no le dió a usted nada para nosotros?

—¡Ay!.. sí, señor...

—¿Y qué es?

—¡Ay!.. no lo sé. Lo traigo aquí. Es una cosa pequeña.

Abrió una valija y sacó un envoltorio.

Alfonso rompió el papel fino y transparente.

El Cristo de marfil apareció entre sus manos. Era un Cristo admirable, antiguo, una de esas tantas obras maestras que creó el Renacimiento.

Lo miraron de todos los modos y pasó de mano en mano. Cuando Amparo lo observaba, Alfonso dijo:

—Ese Cristo, fue de papá.

Entonces, Amparo, besó el pecho del Señor, y se lo dió a Concepción, quien hizo lo mismo; luego Dolores, después Alfonso. Los besos sonaron con fuerza. Concha preguntó:

—¿Dónde lo pondremos?

Y los tres contestaron casi a un mismo tiempo:

—En la sala.

De inmediato se dirigieron hacia el cuarto destinado al museo, museo de cosas olvidadas, especie de archivo, donde los miembros de la familia Fernández y Fernández, guardaban las cosas que juzgaban estrafalarias, fuera de sentido, incomprensibles.

Discutían el mejor sitio para ubicarlo, cuando Amparo recordó que el ama de llaves había quedado sola en el comedor. Esto le pareció poco formal.

Llamó en alta voz:

—¿Quiere venir?.. éste... usted... — vacilaba, no sabía cómo nombrarla.

Por último se decidió:

—Usted... doña Ramona... — y dijo el nombre, bajando algo el tono de la voz, ruborizándose, y como si obedeciera a un mandato expreso, fuera de su inteligencia.

El ama de llaves dijo:

—Mande usted...

Llegó hasta la sala caminando como si anduviera

por la calle. Junto a la estatua de santa Filomena se detuvo. Hincó las manos en las caderas y quedó grave y tiesa, mirando con rigor.

Dolores, que tenía el Cristo, se acercó al cuadro de Carlos V, y dijo:

—Aquí, bajo el marco. Yo haré un cuadrado con terciopelo negro y entonces quedará bien.

Pero Amparo se opuso:

—No, no; arriba de este abanico. Aquí estará mucho mejor. Para ponerlo allí, habrá que retirar un poco el sillón.

—Arriba del abanico no cabe, — repuso Alfonso, a modo de sentencia.

Amparo volvió a observar el sitio que ella había designado y comprendió y aceptó el juicio de su hermano. Habría sido menester correr la colgadura. Concepción apoyó a Dolores y entonces la mayor dijo, con algún desdén:

—¡Bah!.. Cualquier sitio es bueno.

—¿Ves?.., — exclamó Dolores, queriendo atraer la voluntad de su hermana—. Haré el cuadrado que tome desde aquí, hasta aquí, — y señalaba en la pared. Iba a seguir exponiendo su proyecto, pero la voz del ama de llaves llamó la atención de todos.

—¡Ay!... Ustedes me perdonen —dijo con énfasis— pero me parece que es una gran herejía, poner a nuestro Señor, debajo de Carlos V.

Todos enmudecieron. En realidad no habían previsto la grandeza del error.

Se miraban confusos, desalentados. Alfonso fue el primero en hablar.

—Tiene razón, tiene razón... — y movía la cabeza, condoliéndose, mientras hacía jugar con los dedos su gruesa cadena de oro.

—Bueno... después se colocará, — dijo Concepción, para concluir, —nadie nos apura.

Y dejaron al Cristo en una consola, apoyado contra una jardinera, donde tres mujeres desnudas, entrelazadas, recibían sobre sus cuerpos una lluvia de flores.

Cuando volvían para el comedor, y al pasar por el oratorio, el ama de llaves dejó oír de nuevo, su voz severa.

—¡Ay!.. Es como si estuviera una en la casa de Dios.

Se pasó el resto del día en enterar a doña Ramona de las necesidades y gastos de la casa. Se le dió el presupuesto mensual, la nómina de los proveedores y las listas de la ropa.

Ella escuchaba con la misma seriedad del principio, muy grave y deferente con las indicaciones. Por fin la condujeron a su cuarto, donde ella invirtió más de dos horas en vaciar los baúles y acomodar su ropa. Cuando la llamaron para cenar, todo se había normalizado.

Hubo entre los hermanos una larga cuestión sobre si debían o no, permitir que comiese con ellos. Después de mucho hablar, aceptaron su compañía. Y cenaron todos juntos, silenciosos, algo cohibidos. Los Fernández y Fernández se miraban, inteligentemente, dominados por una preocupación común. Y frente a ellos, doña Ramona, con sus veinticinco años, soltera, fresca, bizarra, cenaba parsimoniosamente, cortando los bocados de pan, con el cuchillo de la manteca.

A las once de la noche, toda la casa estaba entregada al sueño. De pronto, Dolores, que dormía junto

con Concepción, se incorporó, y tocando en el hombro a su hermana, la llamó.

—Oye, Concepción... Concepción...

Ésta despertó sobresaltada.

—¿Qué?.. ¿Qué quieres?

—¿Por qué le dirán doña Ramona?

—¡Qué doña Ramona ni doña Ramona! Yo le diré Ramona y basta.

Hubo un momento de silencio. Después, Dolores dijo a su hermana, volviéndole la espalda:

—¡Quién sabe!..

## V

Al otro día, a las siete de la mañana, doña Ramona se levantó. Esperó con alguna impaciencia que la criada hiciese lo mismo. Cuando la tuvo a mano, la retó, de un modo moderado, maternalmente.

—Dios ayuda a quien madruga, Magdalena.

Y Magdalena, mujer de cuarenta años, algo avejentada, curtida, la miró de un modo estúpido.

—Aquí siempre nos levantamos después de las ocho.

—¡Oh! . . yo ya me lo imaginaba.

Entró en su cuarto diciendo:

—Deme el desayuno aquí.

Magdalena preparó el café y lo llevó. Encontró al ama que rezaba. No obstante preguntó:

—¿Manteca o mazapán?

Y el ama, levantando la cabeza, dijo con rapidez:

—Manteca.

Comió con apetito, devorando las rebanadas de pan. Después comenzó a lavarse. Sacó de un cajón una toalla felpuda, mojó uno de los ángulos, untólo con jabón y empezó a refregarse la frente, luego la nariz y las mejillas, después el mentón. En seguida enjuagó el mismo extremo y le volvió a pasar por las mismas partes. Concluída esta operación breve, tomó un peine y se alisó el cabello, muy suavemen-

te, por temor de deshacerse el tocado. La carne fresca y rosada de su rostro se había enardecido.

Recién a las ocho y media, Alfonso salió al patio vestido ya, como para salir a la calle.

Encontró al ama que discutía con el proveedor de la carne. Y aun cuando ella no conocía el valor relativo del artículo, quería ver su peso en la balanza. Había encargado kilo y medio y exigía la prueba de que no le daban ni un gramo menos.

—¡Bah! ¡Bah!.. — decía el proveedor, un muchachón rubio y musculoso—. ¡Tanto cuento para comprar un kilo y medio de carne! ¿La quiere o no la quiere?

—Quiero que la pese usted a mi vista.

Fué en ese momento cuando llegó Alfonso. Intercedió diciendo al muchachón:

—Oye; desde mañana, habrá aquí una balanza y doña Ramona pesará la carne que traigas.

El muchacho miró al ama de llaves con curiosidad e indignación, pero ante la actitud serena de Alfonso, sólo dijo:

—Yo siempre traigo el peso justo.

A lo cual, doña Ramona repuso, altiva:

—Bien; siga usted con Dios.

Y el muchacho, americano, enrojeció. Fuese murmurando insultos, encorvado por el peso de la canasta cargada de carne. Al pasar por el zaguán, por poco hace pedazos un perro de yeso, con la melena y la cola doradas.

Este suceso tuvo gran resonancia en la familia. Alfonso y Amparo sacaron consecuencias de índole moral; Concepción previó fuertes ahorros y en cuanto a Dolores, si bien aprobó el hecho, en cambio no produjo en ella ninguna corriente de simpatía.

## VI

Transcurrieron dos meses. La personalidad del ama de llaves seguía afirmándose en el corazón de la familia.

Por espacio de una semana, Concepción logró decirle Ramona, a secas, no obstante sentir que, después de pronunciar el nombre, en su conciencia se empeñaba una lucha con elementos confusos y no definidos en su mente. Sensación de irrespetuosidad, de ingratitud, algo así como si dijese una palabra irreverente ante el cuerpo exangüe del Señor. Por último no pudo resistir y al vocablo Ramona le unió el adjetivo honorífico. Y lo decía como los demás, en cualquier circunstancia y de tal modo que se llamaba Doñarramona, como podría llamarse Josefa o María.

Gradualmente, Doñarramona iba absorbiendo la voluntad de los Fernández y Fernández.

Sentían éstos, sin poder explicar la causa, que el ama de llaves estaba siempre colocada en un punto más seguro, en una idea más sensata. Verdad es que, en la familia jamás había ocurrido un hecho de consecuencias imprevistas; verdad que siempre habían sabido actuar con cordura, dentro de una moral rígida, influenciados por los recuerdos del abuelo y los consejos del padre; verdad que siempre habían eludido hábilmente los asuntos nuevos, peligrosos por

las sorpresas que traen consigo; pero, a pesar de todo, comprendían que Doñarramona tenía algo más, era más...

Durante una mañana, el ama de llaves dijo que las perillas de las camas deberían adornarse con moñas amarillas porque "eso era muy lindo". Y se compró un raso amarillo, y se vistieron las perillas con las moñitas.

Otra vez manifestó el deseo de tener un cuadro del rey. Y este deseo se hizo general: en pocos días llegaron varios cuadros. Alfonso XIII, a caballo; Alfonso XIII, en una caballeriza, acariciando un caballo; Alfonso XIII de particular, paseando bajo una alameda y conduciendo a un caballo por las bridas.

En otras circunstancias, dijo que entraba demasiada luz por el patio. Habló de unas esteras y las esteras se compraron.

Y de las cosas materiales, siguió a las morales.

En la casa eran todos religiosos; pero, por costumbre, por lòs que habían sido.

No existía unidad en las prácticas del dogma.

Y ella sin exigirlo — porque nunca exigía — estableció el método.

Una vez por semana venía el sacerdote a dirigir la misa. Se decía la oración de la mañana, se rezaba antes de almorzar, antes de cenar, al meterse en la cama. Los demás se comunicaban con Dios hablando español, pero ella conocía los latinazgos de uso.

El único punto rebelde era Dolores. Quizá a causa de su juventud, quizá a causa de su corta estada en el convento, chocaba su temperamento bullicioso y alegre con la severa beatitud de Doñarramona.

Un día mientras almorzaban, el moño de Dolores cayó, debido a un movimiento brusco que efectuó con

la cabeza. Dejó su asiento y fué hasta el dormitorio, a fin de peinarse. Como tardara, Alfonso dijo:

—Dolores; se enfría el guisado que está muy rico.

—Voy — contestó la hermana.

Y luego cuando volvió a la mesa, con el pelo recogido y echado en ondas sobre la frente, Doñarramona — que en ese momento oprimía con el tenedor, un bocado de pan hundido en la salsa — dijo, con lentitud y redondeando las palabras:

—Usted, Dolores, es muy vanidosa.

Ésta miró sin comprender. El ama hizo una pausa y prosiguió:

—Yo lo digo en bien de usted. El Purgatorio es un lugar horrible: ya lo dijeron los Santos Padres.

Dolores, azorada, preguntó:

—¿Y por qué me dice usted eso?

El ama interrogó a su vez:

—¿Hoy cuántas veces se peinó?

—Dos: de mañana y ahora.

—Pues bien; ya pecó usted.

La pecadora rió; los demás escucharon con seriedad.

—Hace mal en burlarse — prosiguió Doñarramona en un tono profundo. — ¿Sabe usted lo que le pasó a Vitalina? Pues bien. Vitalina fué siempre un modelo de virtud cristiana. Dió todas sus riquezas, y dedicó su vida al Señor. Su muerte fué muy envidiada, porque entraba en el reino de Dios. Pues bien; ahora verá usted. Una tarde, San Martín, obispo, estaba orando y se le aparece Vitalina, en espíritu. Venía muy triste y lloraba. San Martín no salía de su asombro y entonces ella le dijo: "¡Ay!.. estoy ardiendo por haberme lavado dos o tres veces la cabeza con demasiada vanidad".

Dolores protestó:

—¿Por tan poca cosa?

El ama, admirada de la poca credulidad de Dolores, movió, compasiva, la cabeza y suspiró concienzudamente. Dijo luego:

—¡Por tan poca cosa! ¿Le parece a usted? ¡Jem!.. ¿qué diría usted de esto, entonces?.. Hubo un religioso que se mantenía a pan y agua, dormía en el suelo, no se lavaba nunca y andaba poco menos que desnudo en el invierno. Era un santo, un verdadero santo... Pues bien; una vez que recitaba el salmo "Miserere mei Deus", al acabar dijo: "Gloria Patri" y no inclinó la cabeza... Pues bien: fué al Purgatorio.

Alfonso dijo a Dolores:

—Aprende, muchacha, aprende.

Concepción y Amparo quedaron con los ojos fijos en el mantel. La primera tenía coloreado el rostro y jugaba maquinalmente con una migaja de pan; la segunda había palidecido. Dolores seguía en un gesto de desconfianza.

Durante un tiempo bastante largo, todos estuvieron callados. Magdalena cambió los platos; pero las dos mayores no comían. Al fin, Amparo dijo con gran timidez:

—¡Qué difícil es no ir al Purgatorio! ¿eh? ...

A estas palabras siguió un nuevo silencio. Era bien visible que estaban preocupados, cada uno con sus cosas. Dolores, algo incómoda, preguntó:

—Entonces... ¿por cualquier cosa se peca?

—Siempre que se ofenda a Dios. Al Purgatorio fué también un niño de siete años por haber hablado durante una misa.

Concepción la interrumpió:

—Pero. . .si se reza. . .

—Es justo, es justo, — prosiguió Doñarramona—. Si rogáis por el Santo Padre, obtenéis una indulgencia plenaria cada mes; si hacéis las meditaciones, tenéis siete años y siete cuarentenas de perdón; si a ellas agregáis el Anima Christi rezado con devoción, tenéis trescientos días más de indulgencias.

Todos habían oído hablar de estas cosas, sólo que, nunca como ahora, habían podido abarcar la intensidad del perdón divino. Antes rezaban, cumplían con los preceptos principales que Dios impone a los hombres; pero lo hacían con alguna frialdad, acortando las oraciones y moviendo con demasiada ligereza los labios. A veces, y casi involuntariamente, pasaban de golpe, dos o tres cuentas del rosario: durante las diversas estaciones del Vía Crucis, pasaban por alto párrafos enteros, porque los consideraban inofensivos y fáciles de eludir.

No habían llegado nunca a ese estado mental del que reza, exprimiendo de las súplicas y oraciones todo el jugo; no habían llegado aún, a ese estado caviloso, donde el espíritu, tendido hacia la dicha celestial, conquista la eternidad, a base de días, de horas, de minutos; del que sabe todo lo que valen las palabras que más aburren, que más fastidian, y para quien sería lo mismo decir las oraciones que contar estrellas.

Así que las sentencias que el ama acababa de repetir, tenían para ellos un sentido nuevo. No podían ignorar cosas tan vulgares, pero jamás labio alguno las había proferido con una fuerza tan sugerente, capaz de producir un estado de conciencia asaz peligroso, a causa de los deslices que la acechan.

El mismo Alfonso se sintió intranquilo, Alfonso, casto y virgen, bueno y sumiso, digno de ser elegido en una fiesta religiosa, por su dulzura y mansedumbre. Mientras comía se examinaba escrupulosamente y aun cuando no encontraba nada de qué arrepentirse, le invadió un desasosiego que nunca había experimentado.

Y una sucesión de posibilidades, cruzó por la mente de los Fernández y Fernández.

## VII

Una mañana, antes de almorzar, ocurrió un hecho impresionante.

La tranquilidad se quebró. Magdalena, asustada, corría por el patio gritando:

—¡A Doñarramona le dió una pataleta... una pataleta!

Todos corrieron hacia el cuarto del ama y se produjo un alboroto general. Doñarramona, sin sentido, profundamente pálida, estaba inerte, sobre la cama. Su respiración, parecía un estertor, y pesadas lágrimas empañaban un almohadón sobre el cual tenía apoyada la cabeza.

Todos preguntaban a la vez, afligidos, desconcertados:

—¡Ay!.. ¡Dios mío!.. ¿qué tiene usted?.. ¿se ha hecho usted daño? ¡Pobre! ¡Qué fatalidad! ¡Un médico, un médico aquí, ligero Juan, un médico!..

Dolores fue la única que atinó en algún sentido. Mandó traer agua Colonia y le mojó la frente, las sienes; le acercó el frasco a la nariz. Por último y haciendo retirar a Alfonso, tomó un paño, lo humedeció en el agua, y luchando contra la opulencia del seno, logró colocar la compresa cerca del corazón.

Por fin, Doñarramona movió una pierna, luego un brazo, en seguida el párpado derecho. Un gran silencio culminaba la escena. Nadie se atrevía a pre-

guntar nada. La aflicción los había enmudecido y esperaban.

En esto, el ama, en un movimiento lento, abrió los ojos y giró su vista en torno, del mismo modo que si saliera de un sueño.

Amparo le preguntó con timidez:

—¿Le pasó?

Y Doñarramona contestó, sofocada aún:

—¡Tengo la bola!..

—¿Qué bola? — preguntó Dolores, enarcando las cejas.

—¡Oh!.. ¡la bola!.. —exclamó Concepción, sin comprender.

Alfonso, que había permanecido junto a la puerta, de espaldas al cuarto, por razones de pudor, se acercó al pie de la cama, indeciso, avergonzado. Todos, a una, le dijeron...

—¡Tiene la bola!..

Y él, frunciendo la boca como un fuelle, exclamó:

—¡La bola!..

Medió una pausa breve y después, sacando maquinalmente el reloj, dijo:

—¡Y este médico que no llega!..

Mientras tanto el ama tornó en sí. Comenzaron a encenderse sus mejillas carnosas y pidió un poco de agua que Amparo trajo con presteza. Luego manifestó tener frío. Dolores sacó un cobertor y la cubrió con él.

—¡Ay!.. ya extrañaba yo. Hacía mucho tiempo que no me venía.

Concepción le preguntó:

—¿Sufre mucho?

—¡Ay!.. es una cosa del demonio. Primero viene

un temblor y frío... El estómago se da vuelta. Todo empieza a moverse y cuando os acostáis, una bola os sube hasta la garganta.

—¡Ave María! — exclamó Amparo.

Dolores, incrédula, como siempre, interpeló:

—¡Una bola! Le parecerá a usted una bola.

Doñarramona insistió:

—Os digo que es una bola, una verdadera bola que os tapa el tragadero.

Alfonso intervino a favor del ama:

—Muchacha; no has de saber tú más que ella.

Estuvieron todos en silencio, pensando cada cual por su lado, impresionados por la aparición súbita de una bola rara. Después Amparo dijo:

—Pero no le viene muy seguido la bola.

—Según, según... La última vez, fué a bordo, al salir de España. Todos cantaban y bailaban. Yo estaba sentada, mirando, y de repente, me vino. Esa vez lloré mucho.

Concepción reflexionaba que, padeciendo el ama de ese mal, no era razonable que entre los dormitorios de la familia y el de ella mediara el comedor. Si la bola hacía su aparición, mediante la noche, mientras todos dormían, podría traer consecuencias graves. Contó su temor.

—No me parece bien —dijo— que el cuarto de usted, esté tan separado del nuestro.

Amparo afirmó:

—Es cierto. Tenemos que arreglarnos de otro modo.

—Muy bien pensado — dijo Alfonso.

Concepción continuó dirigiéndose al ama:

—Después del dormitorio de Alfonso, podemos poner el suyo; el comedor lo instalaremos aquí.

Y Amparo, siguiendo el pensamiento de su hermana, dijo con toda la ingenuidad de la cuarentona:

—Eso es, eso es; se cierra la puerta con llave y ya está.

De inmediato enrojecieron todos. Y Doñarramona, con la vista en el techo, algo lánguida, balbuceó tímidamente:

—¡Ay! .. sí! ..

## VIII

Desde aquel almuerzo, durante el cual Doñarramona les expuso con todo el aplomo de su creencia, los terribles castigos que sufren los deslices más inocentes, el afán al rezo se había duplicado.

Alfonso, también pasaba sus momentos prosternado ante el Señor de plata, que rodeado de cirios expiaba el delito de los hombres. Nunca hasta entonces lo había hecho. Sus dedicaciones al Altísimo, habían sido cuestión de un minuto, a lo sumo. Confesaba y comulgaba todos los meses y esto le daba su tranquilidad. Por lo demás, no entendía un pito la significación de los ritos. Su madre le había enseñado a rezar el Padre Nuestro, y lo decía diariamente, como si fuera una canción compuesta por una sola palabra. Grande estupefacción fué la suya, cuando revisando un libro de misa leyó: *Por la señal de la santa cruz,* etc... Estaba convencido de que era: *Porla* señal de la santa cruz...

Amparo dedicaba parte de la mañana y de la tarde, a sus ejercicios. Se había especializado en ciertas oraciones e himnos, y los recitaba, echada sobre su reclinatorio de base de cuero, donde estaban impresas sus iniciales.

De sus relaciones con Dios, llevaba una cuenta, semejante a un diario de caja. Su salvación oscilaba siempre entre el haber y el deber.

Como las indulgencias y las plenarias dependen de los meses y de las oraciones, no podía afirmarse

en un número exacto; pero había conseguido que sus ganancias ascendiesen diariamente a cinco mil días.

Transcurría entonces el mes de junio y he aquí el detalle: por el himno Veni Sancti Spiritus, 100 días; por el Santo Rosario, 300 días; por las Meditaciones, 2520 días; por la oración de San Bernardo, 300 días; por los Dolores y Gozos de San José, 100 días; por el Santísimo Corazón, 2520 días; total: 5840 días.

Pero estos cálculos a veces sufrían serios desastres. No era que fuese mala, sólo que, aquello de que podía haberse casado, no lo olvidaba nunca,y esto le traía sus trastornos. Cuando entre los miembros de sus relaciones se efectuaba algún casamiento, le asaltaban ideas pecaminosas, un tanto desposeídas de olor a santidad y un tanto saturadas de envidia.

Concepción carecía del orden de su hermana Amparo. Más joven que ésta, con un cuerpo grande, espléndido, uno de esos cuerpos donde la carne tiembla y palpita, oprimida por su misma masa, pasaba su existencia en un transporte de voluptuosidad furtiva.

Lo había aprendido todo, a fuerza de sospecharlo todo. Ningún conocimiento directo. Su imaginación era una escala tendida sobre todo lo vedado.

La vida pasada en el convento fué como un aprendizaje para las concepciones de la mente. Y fuera ya de él, la rigidez de los padres, la rigidez de la tía, la rigidez inmortal de la casa, habían terminado la obra del relicario y los ayunos.

Hablaba muy poco, lo necesario para ser entendida en la relación general de la familia.

Desde el advenimiento de Doñarramona sufría una voluptuosidad rigurosa. Los terribles castigos le

crearon nuevas necesidades. En muchos momentos su naturaleza constituía un verdadero mal. Ante el Señor se sentía tentada. Le mareaba una ola lúbrica. Apetitos bestiales, palabras sin decencia, explosiones como espasmos, que la tornaban pálida y ojerosa.

Y rezaba, de cualquier modo, a destajo, después de cada derrumbe. Estando siempre muy cerca del delito, no podía orar por cálculo, como Amparo. El ejercicio en ella, era una contradicción sensual, un choque pasional que la mantenía viva como una llama.

Pasaba las horas tendida en los divanes y leía, leía las obras permitidas por el sacerdocio. Pero una mañana, una circunstancia completamente fortuita, puso al alcance de sus manos una nueva seducción.

Temprano aún, Concepción entró en la cocina. Magdalena, con un cuchillo grande cortaba un pedazo de lomo y junto al lomo, sobre una hoja de repollo, había unos sesos.

—Mire, señorita, ¡qué sesos más chicos!

Y levantándolos los mostró.

—Es cierto —dijo Concepción— pero sáquele usted ese papel que tiene pegado.

Magdalena obedeció, enojada con el carnicero porque más de una vez le había pedido que no envolviese la carne con papeles.

Era la mitad de una hoja impresa, cortada horizontalmente. Una vez separada de los sesos quedó pegada a un paño de cocina que estaba al borde de la mesa, junto a Concepción. Ésta pasó al azar sus ojos por la escritura interrumpida por manchas de grasa y de sangre. Leyó:

"—¡Oh! sí... siempre seré... me abraza usted así... ¡Oh!.. ¡Dios mío!.. novela... ¡ah!.. si me amase usted... así..."

Su pecho se agitó con fuerza. Oyó que alguien venía, miró en torno y a espaldas de Magdalena que atisbaba el fuego, tomó el papel húmedo y sucio y se lo metió en el seno.

Salió de la cocina y no miró al ama que entraba por temor de ser descubierta. Sentóse en un cuarto, luego en otro y en otro. Ansiaba leer el papel que sentía adherido a su carne, pero no se animaba a cerrar las puertas. Por último tuvo una idea acertada. Cruzó el patio y se metió en la letrina.

Allí suspiró satisfecha y procurando hacer el menor ruido posible sacó de su pecho la hoja de libro. Tuvo que hacer un esfuerzo porque los borrones y la falta de luz constituían un obstáculo serio; pero siguió leyendo: "D'Auvigny había perdido la razón abrazando a María; y bien pronto la novela se convirtió en idilio, terminando por completo esta vez, porque Pedro no estaba allí para impedirlo".

Hizo una pausa, obligada a ello, por una sensación de languidez semejante a un desmayo. Las piernas le temblaban y costábale trabajo mantenerlas en pie.

Luego continuó y leyó toda la hoja, de un lado, del otro, por el fin, por el principio. Sufría un estado tal que, la intención de ciertos párrafos, encendía hasta las preposiciones más lejanas. Volvió a fijarse en el título: "La Duquesita", volvió a leer el nombre del autor: Paul de Kock. Iba a iniciar de nuevo la lectura de la hoja rota y sucia; pero no pudo. Flaquearon sus fuerzas y entonces se sentó sobre uno de los ángulos del retrete. Una emoción poderosa la echó de espaldas sobre la pared y permaneció temblorosa, lívida, con los ojos enormemente abiertos, vencida, fácil, abandonada, expeliendo entre espasmos la razón de su mal.

## IX

Pasó una semana. La tranquilidad de los Fernández y Fernández empezaba a perturbarse, por su fondo. Viendo a la familia, era difícil sospechar a las primeras impresiones, que los intereses de cada uno divergían ya.

Dolores había encontrado novio. Fue en la Iglesia de San Francisco, durante la Santa Misa. Y como ambas familias eran conocidas, él so pretexto de la amistad, hizo varias visitas. Mas a pesar del disimulo de ambos, los hermanos de Dolores se dieron perfecta cuenta y pusieron el grito en el cielo.

Amparo era la que dirigía el primer ataque. Exigíanle a Dolores que su novio la pidiera formalmente y la visitase dos veces al mes. Todas las discusiones fueron inútiles, y las relaciones entre las dos familias quedaron truncas.

Desde entonces, la menor, la más alegre, la más franca, también recurrió a los medios falsos. Se buscó tres o cuatro amigas que venían a buscarla asiduamente. Y siempre Dolores salía con ellas a pesar de las protestas y las amenazas, porque era del único medio que disponía para verlo. A veces cuando se trataba de cartas, recurría a Magdalena.

Ésta, cada quincena, tenía un día libre, del que podía disponer a su antojo.

Una mañana temprano, antes de salir, Concepción la llamó. Magdalena, sorprendida, dijo:

—¡Ya está levantada la señorita!..

Pero en vez de responderle le hizo señas de que la siguiera y la llevó hasta la sala.

—Oiga, Magdalena; usted me tiene que hacer un favor, es decir, a mí no; a una amiga mía.

—Haré lo que guste, señorita.

—¿Usted no sabe leer, no?

—No, señorita: mis padres nunca me mandaron a la escuela. Si yo tuviera hijos, sabría lo que se debe hacer. Porque...

Iba a seguir, pero Concepción la detuvo.

—No importa — dijo, satisfecha de que su criada no supiera leer —; usted llevará este papel y cuando esté bien lejos de casa, buscará una librería y le dará eso al librero. Le entregarán un libro. Yo no sé cuánto vale; pero supongo que no pasará de esto.

Y diciendo, dió a Magdalena una moneda de a peso.

—Muy bien, señorita, muy bien.

—Si el librero le pregunta quién es, no le diga usted la verdad.

Aquí la criada demostró temor.

—¿Es alguna cosa de peligro, señorita?

—No, Magdalena, no; es para una amiga mía un poco enferma. En la casa no le dejan leer; pero ella se aburre tanto, la pobrecita... Si supiera, la privarían del libro.

—Muy bien. ¿No tiene más que mandarme?

—Aquí no lo ha de mostrar a nadie. ¿Entiende usted bien? Métaselo en el pecho y espere que no haya ninguna persona para dármelo.

—Bueno, bueno, ya, ya...

—Trate de hacer bien las cosas.

—¿Nada más?

—Nada más.

Y Magdalena se alejó. Estaba ya por trasponer la puerta de la calle, cuando Concepción la retuvo.

—Mire, oiga; que Doñarramona no sepa de esto ni una palabra.

—Pierda usted cuidado, señorita—. Y salió.

Desde la lectura de aquel trozo de papel diabólico, que había llegado a su casa pegado a unos sesos, Concepción había cabilado mucho, y el deseo de adquirir el libro no la había abandonado un instante. Por un momento creyó que en la biblioteca de su hermano podría hallarlo. Revisó volúmenes nunca hojeados por ella y sólo encontraba cosas santas o cosas de guerra. En cuanto a los amores que se ventilaban en los gruesos ejemplares encuadernados con lujo, tenían todos un tinte tan ideal, que desesperaban. La mayor parte de los besos se daban en la frente, siempre había un padre entre los enamorados, siempre se separaban en la tierra, para reunirse en el cielo. Por último, se había decidido por enviar a la criada. Se creía en un mal paso; pero esto mismo le daba un aplomo desconocido para ella.

Esperaba el libro con verdadera ansiedad. De la escena leída, inducía y deducía, moviendo a los personajes por las instancias de su ser.

Sabía que Magdalena no volvería hasta las nueve de la noche. Tenía aún muchas horas por delante.

Al despedir a la criada desde la sala, cerró la puerta y se sentó sobre uno de los sofás. Y de un modo gradual, en la habitación amplia, cargada de antiguallas y colgaduras, sin un movimiento, sin un rui-

do, confuso todo en una semi-luz añórante, sufrió un vuelco moral.

Empezó a sentir en sí, una reconvención muda y mortificante, como un diente que hubiese clavado en su carne.

No era un juicio mental, no era el efecto de la crítica de sus propios actos, lo que empañaba la armonía de su edad. Del centro de su vida emergían distintos motivos, como emergen de la caja sonora del piano las visiones más opuestas.

Se había cubierto la cara con las manos cual si de ese modo soportase mejor el desquite de los sentimientos adormecidos, cuyo alcance rara vez apercibe la conciencia.

Largo tiempo estuvo así, abandonada a su aflicción, cuyos elementos le eran familiares; pero que no había analizado jamás.

El arrepentimiento jugaba el rol más verídico. Esa disconformidad íntima, que atenacea el alma sin piedad y contra la cual nos encontramos siempre solos, frente a frente, pesaba en ella como un martirio.

Una luz muy débil, rosada, llegaba de la calle, pasando a través de las persianas, postigos y cortinados.

Concepción levantó la cabeza y miró en torno. Sus ojos pasaron al azar, por distintos objetos. De pronto, su mirada se detuvo ante el Cristo de marfil. Siempre sobre terciopelo negro, lo habían fijado en la pared, cerca de una copia de la Virgen y el Niño, de Rubens.

Movida por un estado recalcitrante acercóse indecisa, yendo hacia la imagen del Señor, con la verdad en sus labios temblorosos.

Cayó de rodillas en el tapiz y se mantuvo avergonzada con la cabeza gacha, durante un buen tiem-

po. Luego, poco a poco, se animó. Con las manos entrelazadas miró a Jesús y reposada ya, casi tranquila, comenzó a orar.

"No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte".

El célebre soneto castellano, salía de su boca con una cadencia arrobante. Al iniciar el segundo cuarteto un fuerte golpe de ternura llenó de lágrimas sus ojos.

"Tú me mueves, Señor: muéveme el verte".

Su voz, empañada y convulsa, sonaba dolorosa. Sentíase culpable, condolida por su ingratitud, inferior a sus semejantes, llena de vicios, turbada de continuo por representaciones obscenas. Y a medida que recitaba los versos, su estado sensorial se hacía más complejo, más cruzado por vías opuestas.

Concluyó los tercetos, gesticulando en una declamación vehemente y quedó como estancada, con las pupilas fijas en Jesús, cual si un choque interno de su pasión la hubiese roto algo. Pero volvió en seguida. El acto de contrición no había podido calmar su necesidad de descargo moral.

Enardecida, levantó los dos brazos y dijo tartamudeando:

—¡Ah!.. Señor... yo te quiero, Señor... yo que soy...

Y fustigándose en su cuerpo, tirábase de los cabellos, pegábase, mordíase los brazos, los senos, hasta sangrar.

Y tenía el aspecto único que deben haber mostrado los santos, bajo la influencia de la unción divina.

## X

Doñarramona hacía un año que había llegado de España, y era ya el verdadero núcleo de la familia. Su jerarquía estaba dentro de un orden moral absolutamente.

No sabía nada. Su ignorancia de las cosas más elementales la colocaba a veces en serios aprietos. Era imposible para ella abreviar la suma por medio de la multiplicación, y leía, pausando en las sílabas, dando a las palabras un corte metódico, exacto de continuo, como un metro decimal.

Desde pequeña fué severa, dura, rígida. No jugaba con las otras chicas de la vecindad y cuando pasaba por las calles, decorosa como siempre, las mujeres, admiradas, exclamaban al verla:

—"Esta rapazuela no es para este mundo".

Y así fué criándose, considerada por su decencia y por su respeto, sobre todo por su respeto.

Tenía veinte años y aún no había mirado a un hombre cara a cara.

Pero no era tímida. Todo lo que no hacía era porque no debía hacerlo. Poseía almacenados en la mente una cantidad de principios y de máximas que soltaba ante los hechos, aun cuando hubiese de resultar brutal y descomedida.

Todo lo establecido tenía a sus ojos un carácter inconmovible; pero esa obediencia ciega a lo viejo,

se trocaba en una rebelión agresiva hacia todas las innovaciones. Ni siquiera admitía el cambio inocente que sufren los muebles y que forma el encanto de las muchachas casaderas y el orgullo de las señoras formales.

Su poder moral empezó a reflejarse en los seres, desde que se inició en sus trabajos como ama de llaves. Veintidós años tenía; pero la seguridad de sus procederes y la tiesura de su espíritu la impusieron sin reservas en un ambiente conventual, donde ella pudo demostrar todo lo que sabía. Asombró a los jóvenes, asombró a los viejos. Su presencia llegó a ser, como la presencia de la crítica: despertaban inquietud sus miradas, donde fulgían pensamientos furibundos e inexorables. En las reuniones se cuidaban de ella: en aquella mujer joven y robusta, los diez mandamientos de la ley eran como diez centinelas apostados sobre todos los declives del alma.

No obstante, sólo duró dos años en la casa. Tuvo que retirarse por defender su dignidad de virgen. En aquella familia tan seria, había un mozalbete desfachatado y sin preámbulos que la perseguía sin cesar porque era una mujer gorda.

Doñarramona — que ya era Doñarramona — opúsose con toda su vestidura de vestal; reprimieron los padres al hijo; un diácono viejo amenazó al irreverente con castigos atroces; pero el sarcasmo se reproducía siempre: los senos de Doñarramona eran mucho más poderosos que toda una teología.

Y entonces, a instancias de la tía de los Fernández y Fernández, cruzó el Atlántico.

En Montevideo, su personalidad había encontrado resistencias débiles. Mostró la hilacha y en muy poco tiempo su estado eminente de conciencia moral que-

bró las voluntades opuestas. Sólo que las chispas más insignificantes suelen ser las más peligrosas porque encienden a mansalva.

Desde aquel ataque raro de la bola, la situación geográfica de la casa sufrió una modificación. Con el objeto de impedir que Doñarramona permaneciese aislada — según había dicho Amparo — el cuarto del ama se puso inmediato al dormitorio de Alfonso, y la llave, con los cerrojos echados, separó las dos habitaciones.

Y esa llave que se corrió cuando todo estuvo dispuesto, produjo en el ánimo de Doñarramona una desazón áspera, semejante a la picadura de un insecto.

Por su parte, Alfonso, tuvo sus recelos, y le costaba trabajo hallar el sueño. Sin quererlo, aguzaba el oído y sentía la respiración del ama, el ruido del colchón oprimido por su cuerpo. Se dormía siempre tarde.

De día, cuando se encontraban, ya de paso por los cuartos, bien durante las horas de la comida, no se mostraban con la tranquilidad de los primeros tiempos.

Rara vez se dirigían la palabra, y cuando lo hacían los dos miraban hacia el suelo.

Pero una noche, mientras cenaban, involuntariamente, Alfonso tocó con una de sus rodillas una rodilla de Doñarramona. Al principio no experimentaron nada, mas cuando comprendieron que eran ellos los que se habían rozado, sintieron como un repiqueteo en la sangre que les produjo un malestar agradabilísimo.

Alfonso fue el que manifestó mayor nerviosidad.

Con el afán de disimular, pretendió seguir co-

miendo y al llevar el tenedor vacío a la boca se pinchó en los labios.

—¡Qué rico que está este cordero! — dijo sin mirar a nadie.

Concepción, preocupada por la vuelta de Magdalena, porque habría de traerle su libro, no vió nada; pero Amparo y Dolores, vieron el aturdimiento de Alfonso.

—Pero Alfonso... — dijo la última — ¿en qué piensas?

Y éste, doblemente confuso, enrojeció de vergüenza. Pretendió que le molestaba mucho un residuo de comida prendido entre los dientes. Luego, un poco más repuesto, agregó:

—Son cosas del comercio, son cosas del comercio.

Y se alisó la barba, mientras Doñarramona, con su severidad habitual, cortaba menudos trozos de pan con el cuchillo de la manteca.

Las cosas no pasaron de ahí y nadie supo lo que había ocurrido bajo la mesa.

Apenas acabaron de cenar, llegó una visita. Se trataba de la señora de Lautier, vieja ya, de cincuenta y ocho años, pero que presentaba ese aspecto de la mujer que ha sido concienzudamente hermosa, que se defiende de la edad, cargándose con afeites y que hasta huele bien.

De arriba abajo crujía la seda de su vestido erecto. Venía con una sobrina suya, de veinte años, muy pálida y almibarada como una muñeca.

Saludó a gritos, con un énfasis de distinción.

—¡Ay!.. Amparito... qué bien estás, Amparito... Y tú, Concepción... y tú, Dolores... siempre simpática... y tú Alfonso... ¡qué buen mozo!..

Doñarramona experimentó como un retortijón en las tripas. Con un duro movimiento de cabeza, saludó a la señora, quien le decía:

—¡Ah!.. ya sé quién es usted... ya sé que es un modelo de virtud. En una de nuestras próximas asambleas trataré de que se la tome a usted en cuenta.

La llevaron a la sala, donde ella siguió hablando.

—No vayan a creer que esto es una visita; no, no; una visita a estas horas sería una cosa muy impropia. Sólo por la religión, hijas, por la religión. ¡Ah!.. vivo atareadísima; no paro una hora.

Alfonso dijo:

—Es verdad que es usted una luchadora.

—¡Ah!.. pero es por la religión, hijos, sólo por la religión. Este hereje de Batlle nos da mucho trabajo.

Todos se miraron alarmados.

Ella prosiguió:

—Queremos sustituir las cruces de desagravio por otras que además de llevar las iniciales de Monseñor X son de oro especial, mucho más elegantes.

De su cartera sacó una cruz, que mostró:

—Vean ustedes; mucho más elegante, ¡qué tiene que ver! En tres días he vendido cincuenta y siete. Toda nuestra sociedad la llevará.

La cruz pasó de mano en mano.

—Es muy bonita, dijo Amparo.

—Y cuesta una bicoca — repuso la señora de Lautier — una bicoca, quince pesos, nada más que quince pesos, y su venta está bajo contralor de nuestra iglesia. Será muy difícil hacer creer que se tienen estas cruces si en realidad no se han comprado.

Alfonso, que quería demostrar que en materia de

religión no admitía réplicas ni vacilaciones, dijo resueltamente:

—Traiga usted tres.

—Muy bien; ya lo sabía yo. ¡Ah! pero es un trabajo aterrador.

En este momento, entró Magdalena. Concepción la vió pasar por el zaguán y no pudo resistir.

—Un momentito — dijo, y pasó por los dormitorios esquivando a Doñarramona.

Encontró a Magdalena en su cuarto, oscuro aún. Con la voz muy baja preguntó:

—¿Y... le dieron lo que pedía?

—Sí, señorita. ¡Pero qué miedo! — dijo misteriosamente y de un modo que costaba trabajo oírla.

—¡Ah!.. ¿por qué?

—Por lo que me dijo el librero.

—¿Y qué le dijo?

—Me dijo: dígale a la señorita...

—¡Eh!.. — exclamó Concepción interrumpiéndola.

—Sí, señor; a la señorita, así mismo.

—¡Dios mío!.. ¿Y cómo supo?

—Yo no sé. Entonces a mí me dió algo que pensar, ¿sabe? y le contesté enojada: "eso que me tiene que dar usted no es para ninguna señorita".

—¡Ay!.. ¡qué bien hizo usted, Magdalena!..

—Ya lo creo. Pero él me contestó: ¡bah, bah!.. todas dicen lo mismo; pero ya conocemos esas historias. Hágame usted caso. Dígale a la señorita que ésa no es de las mejores obras. Por el mismo autor, tenemos: "El cornudo"; "La joven de los tres corsés"; "El hombre de los tres calzones"; ¡imagínese usted!, de los tres calzones...

—¡Ave María! ¿Le quería dar esas cosas?

—Sí, señorita. Me cobraron sólo treinta centésimos. Tome usted.

Y le daba el dinero de vuelta.

—¡Ah! no; guárdelo para usted, quédese con él... pero que nadie sepa nada, ¿oyó?, que nadie sepa nada.

—¡Oh!.. muchas gracias y pierda usted cuidado.

Concepción rompió el papel que envolvía el libro, hizo jugar algunas hojas con los dedos, y por último lo guardó, metiéndolo por la abertura del batón.

Cuando entró en la sala, la señora de Lautier se retiraba. Besó y abrazó una por una. Cuando le llegó el turno a Dolores, dejó con mucho disimulo, en la mano de ésta, un papelito cuidadosamente doblado.

Eran más de las diez de la noche. Dolores esperaba a que todos estuviesen acostados para poder leer lo que decía el escrito. Cuando se creyó segura, entró en el comedor y haciendo sonar una copa de cristal con una cucharita leyó:

"Querida mía: hace ya una semana que no nos vemos. El lunes te mandaré buscar con la señora de Lautier para que asistas a la fiesta que se dará en Villa Dolores, de noche. — Te besa, tu *Andrés*".

Dolores besó el papel, bebió un vaso de agua y se fue a su cuarto.

Al entrar, Concepción apagó de prisa un velador de aceite y se acurrucó bajo las colchas.

Amparo, roncaba en el otro lecho.

# XI

Todo es difícil de ocultar en un ambiente de disimulo. Concepción fué la primera en advertir la corriente de simpatía establecida entre Alfonso y Doñarramona.

Una tarde, estando las hermanas juntas, ésta dijo:

—¿Saben ustedes una cosa?

—¿Qué? — preguntaron a coro.

—Me parece que Alfonso está enamorándose de Doñarramona.

—Hace ya tiempo que lo había notado, — contestó Dolores, sonriendo.

Pero Amparo, abrió con fuerza los ojos y dijo, como si se hallara ante la presencia de algo horrible:

—¡Supongo que no pensará casarse!..

Hizo una pausa breve, a la espera de lo que dijesen sus hermanas; mas como ellas permaneciesen calladas, ésta continuó:

—Era lo único que faltaba. ¿Dónde se ha visto esto, dónde? ¿Es decir que yo soy un cero a la izquierda? Yo...; la hermana mayor!..

Pero las otras dos no contestaban.

—¿Y cuándo lo supieron ustedes? ¿Cómo lo supieron? — exigía con la expresión de su rostro que se había tornado severa y seca, llena de ángulos agudos.

Dolores un poco intimidada repuso:

—Sí... yo no sé... pero a mí me parece...

—Sí, no... — agregó Concepción que, influenciada momentáneamente por Amparo, tuvo la idea de que se cometía un delito de familia — yo, las otras noches, al agacharme, para recoger una cucharita que se había caído, noté que Alfonso y Doñarramona se tocaban con las rodillas.

Y era verdad. Desde aquel memorable principio de relación rotular, el hombre y el ama de la casa se tocaban dos veces en cada comida.

Amparo, de sorpresa en sorpresa, vociferó:

—¡Con las rodillas juntas, nada menos que con las rodillas! ¡Vaya una indecencia! ¡ Pero cómo Doñarramona es capaz de hacer eso, el ama, nuestra ama tan virtuosa!.. — Y con los dedos entrelazados alzaba los brazos, cual si los elevara hacia el cielo. — Pero, ¡pensará casarse!... ¡pensará casarse!.. ¡Oh!.. es un pecado... en nuestra propia casa... ¡Qué inmoralidad!..

Entonces Dolores, salió en defensa de su hermano.

—Yo no sé si pensará casarse o no. Lo que sé decir es que ustedes son unas ridículas.

Amparo acentuó su enojo:

—Nosotras unas ridículas, ¿eh?.. yo... ¡una ridícula!.. ¿yo?, ¿yo?..

—Sí, sí; unas ridículas. ¿Qué creen ustedes que es un hombre? Es vergonzoso que tenga ya veintiocho años y no sepa lo que es el beso de una mujer.

Concepción, muy seria, dijo:

—¡Ave María, Dolores!.. ¡qué cosas estás diciendo!

—Digo lo que debo decir.

Amparo, iracunda, tuvo un gesto de amenaza:

—Te prohibo que hables así, ¿has oído? Te prohibo que hables así.

—¿Por qué he de callar? ¿Crees que habrás de manejarme a mí como manejas a Alfonso? Yo no soy un muñeco. No sé por qué te empeñas tanto a fin de que no tenga novia.

—¿Cuándo le impedí, cuándo?..

—Van dos veces ya. Cuando empezó a gustar de Adela...

—¿Qué Adela?..

—Adela, sí, Adela; hazte la tonta ahora. Adela, la de Peluffo.

—Esas no son cuentas de usted, ¿sabe usted? esas no son cuentas de usted.

Y se irguió echando los ojos por las órbitas.

Pero, Dolores agregó, sonriendo diabólica:

—Yo sé por qué te pica.

Entonces Amaparo se levantó y acercándose a su hermana exclamó, ahogada por el enojo:

—Cállese la boca.

—No se me antoja.

Amparo no pudo reprimirse. Alzó el brazo y descargó sobre Dolores un bofetón que le cubrió todo un perfil.

El golpe fué tan rápido e inesperado que Dolores quedó desorientada. Al principio le parecía imposible; pero en sus oídos vibraba aún el chasquido: era un sonido penetrante, largo, semejante al que producen las monedas de plata sobre el mármol.

—¡Me pegó! — dijo al fin — ¡me pegó!.. — Y la voz, bronceada por la amargura frunció sus labios, con ese gesto infantil tan común en los niños mimados—. ¡Me pegó!..

Concepción, alarmada, se había puesto entre am-

bas: conocía a sus hermanas y quería impedir que la situación se agravase. Miraba ya a una, ya a otra, sin saber qué decirles.

Y Amparo, con su misma expresión de enojo, permanecía en guardia, firme y atenta, cual si esperase una ofensiva.

Pero el hecho previsto no se producía. Durante un tiempo bastante prolongado se mantuvieron así; luego Dolores, lenta y triste se acercó a una silla. Sentada ya sobre uno de los costados, apoyó en el respaldar sus brazos y entre ellos ocultó la cabeza.

Concepción tímidamente fue hacia ella y al pretender acariciarle la cara, notó que la tenía húmeda por las lágrimas.

Dolores lloraba, sin estertor, silenciosa, muda: cuando algo muy íntimo se desgarra, el dolor surge siempre como en un desierto: nadie lo ve. Apenas si la afluencia de las lágrimas, tranquilas, que resbalan sin prisa, por los surcos naturales de la expresión, dan una idea de la herida que lo produce.

Concepción la besó en los cabellos y dijo a media voz:

—¡Pobre Dolores!..

Amparo aflojó sus músculos y con los músculos, su mirada. Se sentía satisfecha, segura de su proceder y la alegraba la actitud sorprendente de Dolores, en la que veía una sumisión hacia su persona.

Como si rezara, dijo lo de siempre: tenía cuarenta años y, sin embargo, era soltera; podría haberse casado; pero no quiso en atención a que sus hermanos eran muy pequeños y no tenían padres; si gritaba y parecía mala, lo hacía por el bien de la familia... Iba a proseguir en el mismo tono de voz, tono que nunca había usado; pero oyó pasos en el

cuarto vecino. Dejó el asiento y observó. Esperó un momento. Transcurrió una pausa, como un compás mudo de transición, y el verdadero motivo del enojo de Amparo volvió a la carga:

—Ustedes son muy jóvenes: no pueden entender. ¡Alfonso sería capaz de casarse!..

Y mascaba la palabra, volvía a mostrarse intransigente, feroz.

Entonces, Concepción, con el objeto de calmarla, dijo:

—No hay por qué creer que todos los hombres se casan.

Esto produjo un doble efecto. Al admitir la verdad que acababa de enunciar su hermana, ella vió su propio caso: el único noviazgo de su vida, terminado de un modo desastroso, con sus esperanzas burladas y un hijo en el vientre que fué necesario malograr; por otra parte, la idea de que Alfonso podía hacer daño a Doñarramona su querida, le producía como una satisfacción de desquite. ¿Por qué no podía su hermano ofrecerle el Paraíso? Y si luego la embarazaba, que se aguantase: tiempo tendría para desengañarse: a ella le había ocurrido lo mismo y eso que no era un ama de llaves.

Una sonrisa honda la tornó feliz: era el tipo común de la solterona, siempre agresiva, que enflaquece a fuerza de cavilaciones y llena las horas de su soledad inventando desdichas ajenas, obsesionada por los chascos y las burlas y que mira con una escrupulosidad que ofende, el vientre de las mujeres que pasan por su lado.

Y a medida que avanzaba el tiempo se sentía mejor. Se movió con presteza, alegremente. Cerca ya de Dolores, pareció acordarse de lo que había hecho

unos minutos antes. Y como le molestara que no se sintiese alegre, la llamó, haciéndole una caricia un poco áspera:

—¡Eh!.. Dolores; no es para tanto. Alza la cabeza.

—Déjame — contestó la menor, sin hacer un movimiento.

Pero Amparo insistió, pretendiendo imponerse.

—Déjate de niñerías, mujer, y levántate.

Dolores, mordida de pronto, se volvió crispada. Alzó los brazos y exclamó ahogada por el coraje:

—Déjame ¡eh!.. déjame...

Amparo, temerosa, retrocedió, diciendo:

—No sé a qué vienen esos melindres.

Quedaron un momento aún, las tres, separadas por poca distancia. Luego el grupo se dispersó silenciosamente.

## XII

Nadie dijo a Alfonso lo que había ocurrido en la familia a causa de él.

Pensaba en el ama desde que abría los ojos, con esa persistencia dominante que excluye o digiere los asuntos más incompatibles y lejanos, quizá obedeciendo a la necesidad de formar la armonía subconsciente de que ha menester el individuo para realizar un acto.

A veces, despachando vino en su casa importadora, le ocurrió pensar en los gustos de Doñarramona.

Ella aborrecía el Champagne porque — según decía — era pervertidor. En el almuerzo y la cena, tomaba siempre el vino tinto después de engullir un bocado de pan. Durante una tarde, como él le preguntara qué clase de uva prefería, ella le contestó, en un tono de reproche: "Nunca he pensado en eso: hay cosas más serias".

Esto hizo mucho mal en su ánimo. En un momento creyó que Doñarramona acababa de descubrirle su pasión y se la recriminaba. Quedó turbado, abatido como un niño a quien se coge en una mentira grave. Pero reaccionó. Cuando llegó la hora reglamentaria, frente a frente, bajo la mesa del comedor, sus rodillas se tocaron, como siempre, dos veces. La primera durante la sopa, la segunda a los postres. Y esto ocurría invariablemente desde largo tiempo.

Sin quererlo, el ama de llaves despertaba en el es-

píritu de Alfonso una verdadera revolución. Al revés de sus hermanas, él dejó de rezar. Apenas si decía un Padre Nuestro, de muy mala gana, contrariado porque le quitaba un momento de su tranquilidad. En cuanto a los negocios, dejó algunos de ellos al cuidado ajeno, se hizo menos comunicativo y logró un poco de audacia.

Estaba convencido de que todos ignoraban su cosa. Incluía en éstos a la misma Doñarramona, pensando que el juego de las rodillas bien podía tomarse como un hecho casual.

Una noche, dispuesto ya para dormir, oyó que Doñarramona andaba por el cuarto, calzada aún.

Esto le preocupó, ya que el ama era la primera en acostarse.

Miró hacia la puerta que separaba los dos cuartos: pasando por la cerradura, un potente rayo luminoso cruzaba por la sombra de su habitación.

¿Qué estaría haciendo ella? ¡Si pudiera verla!..

Dió varias vueltas en la cama, picado por una curiosidad intransigente. En seguida se sentó y miró sin pestañear la luz que llegaba por la puerta.

Esperó con impaciencia, como si en realidad aguardase algo.

Una idea fulgía en su mente, una idea que le hizo sudar y le dió frío. Hubo un breve debate en su cabeza de tranquilidad y orden.

Con gran cautela, cual si se descolgase de la cama, se puso en pie. Y dió primero un paso, y luego otro, y otro, y así llegó hasta la puerta, respirando con la boca.

Una emoción profunda lo mantuvo suspenso aún. Se desconocía.

De sorpresa en sorpresa, concluyó por dudar de

la realidad: tenía la presunción de que estaba haciendo una cosa que no hubiera hecho nunca.

Pero se decidió. Comenzó a agacharse con gran trabajo, porque temblaba. Cuando estuvo en cuclillas, miró con fuerza por la cerradura. Y el ama estaba ahí, a dos pasos de distancia, sentada sobre la cama y vestida todavía.

La presencia de Doñarramona le duplicó las energías. Cambió de ojo, para ver mejor, luego pretendió hacerlo con los dos; pero al fin volvió a su posición primitiva.

Apuesto así, su cuerpo perdió el equilibrio e involuntariamente tocó el picaporte, lo que produjo un ruido estrepitoso. Espantado, echó la cabeza hacia atrás y quedó inmóvil, esperando, en acecho, angustiado por su mala suerte. La idea de que pudiesen sorprenderlo le helaba la sangre. ¡Bonita manera de presentarse! ¿Qué diría Doñarramona? ¿qué pensaría Amparo?.. ¿con qué pretexto podría salvarse?..

No obstante, sus temores fueron amenguando. Los pasos del ama volvieron a sonar en su cuarto, pero el resto de la casa proseguía en el sueño. Corrió a mirar por la cerradura, esta vez con más firmeza, sin sospechar que, desde el cuarto de sus hermanas, también lo observaban por la cerradura.

Concepción había oído el ruido que produjo el picaporte. Momentos antes, mientras Amparo y Dolores dormían, terminaba la lectura de "La mujer de las tres enaguas", valiéndose de la luz de una mariposa.

Como Alfonso, oyó que el ama caminaba por su dormitorio y aunque no era común que anduviese levantada a esas horas, no pensó más en ello.

Seguía con interés casi personal los distintos epi-

sodios de la novela, cuando el ¡trac!.. del pestillo le dió una fuerte sacudida.

No necesitó más. De inmediato creyó descubrir la presencia de unos amores noctívagos. Se figuró a su hermano entrando en el cuarto del ama, y a ésta tendiéndole los brazos desde el lecho, aguardándolo ansiosa, sofocada por el deseo.

Cerró el libro y lo metió en una media: le agradaba más lo que podía ver, que lo que podía leer. Dolores dormía a su lado; Amparo roncaba además.

Confiada dejó la cama y se acercó a la puerta. Allí, sus presunciones sufrieron un vuelco.

Miró y miró, pero no veía. Y lo mismo que Alfonso, cambió de ojo, luego intentó usar de los dos y terminó acechando con el primero.

No quería convencerse, y pensó lo que le convenía. "Después de pasar, debe haber cerrado la puerta", se dijo.

Siguió en la cerradura, empecinada, sin pestañear. De pronto advirtió el rayo de luz procedente de la habitación de Doñarramona. Pero fué sólo un instante muy breve: aquel rayo luminoso se extinguió de golpe, como si hubiera sido cortado por un plano vertical.

Entonces con un poco menos de sensualismo, hubiera sospechado la verdad; pero no quería que fuese así.

Contrariada, siguió observando.

De nuevo, aquel cuerpo de luz que, cruzando por la cerradura se prolongaba en el cuarto de Alfonso, como la mirada rutilante de un reflector, apareció y desapareció del mismo modo. Esto se produjo varias veces. Y algunas imágenes confusas, incompletas, re-

cogidas en la sombra, a fuerza de repetirse, se hicieron precisas, comprensibles.

Vió a su hermano, con su camisón de dormir, de rodillas ante la puerta, totalmente abstraído por el agujero.

Sintió ganas de reir. Tapóse la boca y aguantó.

Pero la impresión de lo ridículo duró poco. Por relación, por afinidad a través de Alfonso, fué llegando a ese estado que momentos antes le había provocado la hilaridad. Lo que podía hacer Doñarramona no tenía importancia para ella.

Su atención estaba en Alfonso, el cual de grado en grado, perdía su significación de hermano.

No era que lo desease, precisamente, pero veía en él a un hombre joven, vigoroso, frente a la mujer apetecida, sin obstáculos, próximos al goce.

Esperaba por momentos que Alfonso abriese la puerta; se lo figuraba abrazándola; oía los besos, los quejidos del espasmo, toda la dentellada de la pasión, el choque efusivo, trascendental, de la entrega.

Se puso febriciente, inquieta, aturdida por una multitud de escenas descriptas en los libros o pensadas por ella.

En cambio su hermano, no pensaba en nada. Veía... y un fuego interno le secaba la boca.

Después del trance del pasillo, volvió a afrontar la cerradura, cauto y tímido.

En ese momento, Doñarramona le daba la espalda y tenía puesta la mano sobre la llave de la luz. Pero no hizo girar el resorte. Sin duda vacilaba en la acción, porque, luego, dirigiéndose hacia la cama, tomó unas piezas de ropa blanca, las dobló en partes iguales y cuando tuvo el montoncito en orden, guardólo en un armario. En seguida comenzó a rezar y

Alfonso, por la primera vez en su vida, tuvo un pensamiento malo:

—¡Mal rayo te parta!.., — dijo. Y se refería, no a ella, sino a lo que tenía que decir.

Esperó poco. Se trataba de una oración breve. Hizo la señal de la cruz y empezó a desnudarse.

Fue primero la pollera, en seguida la bata. Sus brazos desnudos, fuertes, rosáceos, despedían como un aliento cálido.

Se había sentado en el lecho. Sin prisa fue sacando de su peinado, horquilla tras horquilla, hasta que el moño alto ceñido se desplomó.

Alfonso experimentaba una presión desesperante. Su atención aumentaba sin esfuerzo alguno, como una piedra arrojada por una pendiente. No perdía el menor detalle: su ojo derecho la tomaba de lleno.

Cuando Doñarramona levantó los brazos, el vello negro de la axila ensortijado, reluciente, le golpeó en el cerebro.

El ama se trenzó el cabello, ojeando al mismo tiempo la habitación.

En una de esas Alfonso creyó que lo miraba y se retiró un poco, empujado por la vergüenza.

Doñarramona desidiosamente, giraba la cabeza de un punto a otro de su cuarto. Miraba un ropero, luego un cuadro, en seguida una silla, pero, cuando la línea de su mirada pasaba por la cerradura, un movimiento involuntario la hacía perder su disimulo y entornaba los párpados con ese aspecto propio de la atención.

Concluídas las trenzas se quitó el corpiño. Y al levantarse para ponerlo en una silla, junto a la bata y a la pollera, sus senos opulentos trepidaban, opri-

midos por la camisa, en la cual se notaba, punzante, la turgencia de los pezones.

Alfonso hacía esfuerzos por ver más. Le incomodaba un fuerte dolor en la nuca y comenzaba a sentir algo semejante a un mareo. A momentos, en vez del ama, veía una mancha blanca y tembleque.

Concepción, por reflejo, experimentaba las ondulaciones de su hermano; pero a través de su sexo. Aquello le resultaba más interesante que todo un libro.

Seguía acechando en un deleite soporífero, donde sus nervios se desmayaban y enardecían.

En esto su hermana Dolores, al darse vuelta en la cama, hizo chillar los elásticos.

Concepción, creyéndose descubierta, se aturdió, pero incontinenti tuvo una idea. Fue un movimiento rápido y decisivo.

Vió el servicio debajo del lecho y agazapándose corrió hacia él. Pero la porcelana sonó escandalosamente.

Se produjo entonces una retirada general, una verdadera fuga. Casi al mismo tiempo se oían: el ruido seco de una llave de luz eléctrica, pasos apresurados de personas descalzas, el quejido de los jergones oprimidos de golpe como si los cuerpos cayeran sobre ellos.

Después nada. Todos, temerosos de Dios, recogidos bajo las colchas, recordaban. Y el cuco gigantesco del comedor, empezó a dar las doce de la noche.

## XIII

Al día siguiente, todo transcurrió como si no hubiese pasado nada. Sin embargo, durante las horas de la comida, solamente hablaron Amparo y Dolores. Los otros comían, con la vista fija en el plato, asintiendo con la cabeza de tiempo en tiempo.

Amparo, aunque torpe, como todo espíritu obcecado, comprendió que algo había.

Desde que le revelaron el colosal asunto de las rodillas, se había convertido para los dos enamorados, en esa madre, muy celosa, muy severa, que se sienta junto a la hija y observa al novio con sequedad, sin dar confianza. No era el mismo su motivo, pero sí, su actitud.

En realidad sólo le importaba una cosa, un temor, que le producía la quemazón desesperante de una llaga.

En un rato de charla, sostenido con Dolores, había manifestado con claridad su pensamiento.

"Es tan bobo — exclamaba — tan bueno, que sería capaz de casarse".

Esto era lo que le quitaba su tranquilidad, la ponía fuera de sí, exaltándola al extremo de parecerse a esos gatos acorralados que aguardan el golpe, turbando con los ojos fosforescentes mientras maúllan.

"Este es un mal que avanza" — se decía — y ca-

vilando, cavilando, le pareció hallar el medio de librar a su hermano de una suerte innoble.

Cuando lo creyó oportuno, le dijo a Alfonso:

—Mañana quiero ir a Los Redentoristas contigo. ¿Me llevas?

—¿A Los Redentoristas?

—Sí. He prometido ir una vez por semana.

Quería sacarlo fuera de casa, para poder hablarle con libertad, en un sitio donde no pudieran intervenir sus hermanas.

Salieron de tarde en un cupé.

Amparo comenzó a pulsarlo.

—Mira; tienes una hilacha en el cabello.

Alfonso acercó la cabeza y ella con gran cuidado le separó la hilacha, terminando con una caricia.

Después de algunas intentonas por parte de Amparo, conversaron sobre la familia.

—Hace tiempo que tú me tienes olvidada, Alfonso—. Éste, sorprendido, la miró sin pronunciar palabra. — Cierto — prosiguió — me tienes olvidada.

Ella al hablar, miraba distraídamente hacia afuera por la portezuela, mientras que Alfonso, la observaba con el rabillo del ojo, no sabiendo en confianza si se trataba de su cosa oculta o de otra cualquiera.

Pero su hermana continuó en un tren de amargura y desilusión, memorando los hechos principales de su vida en defensa de sus hermanos; su lucha contra la tía intransigente y dura, capaz de afligir a las piedras; las enfermedades que en un tiempo aparecieron en la casa, repetidas veces, y que nunca la atacaron a ella, a Dios gracias, porque era la única que podía velar por la existencia de los otros.

Luego apareció lo del casamiento, y entonces dejando de mirar por la portezuela accionando con vi-

gor, señalando con el índice el techo negro del coche, dijo vehemente:

—¡Porque yo podía haberme casado!.. Con decir que sí... nada más que sí, me hubiese casado. ¡Pero Dios mío!.. ¡Cómo casarme si quedaban ustedes tan solos! ¡En qué condiciones vivirían mis hermanos queridos, bajo la tutela horrible de la tía!.. ¡No, nunca hubiera podido hacer eso!.. Me puse la mano en la conciencia e hice lo que Dios me mandó: renunciar a la felicidad; dejar que toda mi vida se consumiese en el hogar, para ustedes, para que fuesen buenos, dichosos, para que no sufrieran, para que no tuvieran que llorar algún día, como yo, ahora.

Y sacando de la cartera un pañuelito se cubrió con él los ojos.

Alfonso, sin saber de qué, se sintió como arrepentido. Quería atajarle el llanto y pronunciaba con desabrimiento:

—¡No... no... no!.. — Con su mano regordeta y peluda le acariciada el rostro, tratando de arrancarla de su actitud. Pero ella proseguía, en un lloro monótono, sin exaltaciones, interrumpiéndose tàn sólo para exclamar con la voz ronca y velada:

—Sufro, sufro mucho... pero hubiera sido una infamia el abandonarlos.

Callaron. Ella, echada hacia adelante, continuaba con el pañuelo en los ojos; Alfonso, no sabiendo bien si entristecido o contrariado, se afanaba torpemente en hallar un argumento, una cosa de peso, contundente, que hiciese cambiar el estado de su hermana. Preocupado así, concluyó por no pensar en ello, de modo que, cuando Amparo volvió a hablar, Alfonso estaba recordando cuestiones muy distintas.

—Pero la ingratitud me mata, eso sí; la ingratitud

de mis hermanos... Vivo como una extraña: ni atenciones, ni cariños...

—Pero eso no es cierto, Amparito; en casa te quieren todos, yo el primero.

—¡Ah! no... no digas ese embuste... Mentira, mentira... Tú eres el que me demuestra mayor frialdad, tú mismo.

—Te digo que yo te quiero como siempre: para mí eres la que fuiste: la madre de nosotros. Hablas sin razón.

—¡Te parece... te parece!.. Acaso, porque no digo nada, ¿crees que se me escapan las cosas?.. ¡Qué equivocados están! Nadie me consulta para nada: yo estoy de más en mi casa.

Ante la extraña ocurrencia de Amparo, Alfonso se entonteció. Con los ojos muy abiertos, límpidos y sencillos como los de un buey, miraba a su hermana sin decir palabra. Había desplegado los labios e inmóvil, parecía uno de esos idiotas que se pasan la vida en un mismo sitio, viendo la misma cosa.

Amparo continuó gravemente:

—Nunca lo hubiese creído de ti, nunca. Yo he sido tu verdadera madre; porque he velado por tu porvenir, cuidándote, educándote, haciéndote un hombre de bien. Tú me pagas hoy, con el disimulo, mintiendo sin ningún recato, alejándote de mí como si yo fuese tu enemiga. A mi edad, es un fuerte desengaño... Quizá no me importase de otro; pero de ti... Es un golpe fuerte, demasiado fuerte...

Alfonso dudaba aún. Le costaba admitir la realidad y sufría una rara combinación de rubor y tristeza. Quiso decir algo; pero las palabras no salían. El cariño hacia su hermana le producía en estos momentos una intensa amargura. Se creía en el caso del

culpable, descubierto en pleno delito y, aun cuando comprendiese que, en el fondo, alguna parte de razón le asistía, se juzgó mal hermano.

—Nada se me ha escapado — seguía ella —; tu desamor me ha entristecido. ¡Tú!.. ¡que me consultabas para todo, porque sabías que mis palabras habrían de formar tu bien!..

Hizo una pausa y luego dijo con brío:

—¿Por qué?.. ¿qué daño pude haberte hecho?..

Alfonso sumiso, se inclinó hacia su hermana.

—¡Perdóname... fue sin querer!..

Ella lo tomó de una mano.

—¿Tú comprendes, Alfonso? Era muy duro para mí pasar inadvertida, como en estos últimos tiempos. ¿Quién me dirigía la palabra? ¿quién me contaba algo? ¿quién se preocupaba de mí? Esto no es vivir. Parece que todos tienen que ocultarme algo: callan cuando aparezco.

—Por eso no te preocupes, Amparo: a mí me ocurre lo mismo.

—¡Ah!.. lo peor, es que yo pensaba en el cariño de ustedes, para mi vejez; pero... a seguir así, es preferible la muerte. No, no; yo nunca me resignaría...

—Pero no hables así — repuso Alfonso a quien la idea de que su hermana pudiera desaparecer voluntariamente, le dió frío — yo te lo ruego. Nunca te olvidé... Sólo... verás... porque... te quiero lo mismo... pero... — Y no salía del paso. Ansiaba explicarle a su hermana, cómo el respeto que sentía hacia ella le había obligado a callar, pero no podía decir lo que callaba.

El cochero dirigía el carruaje por la Avenida Paraguay, casi desierta a esas horas, sin los camiones y las

carretas que pasan por ella durante las horas de trabajo. Eran las seis de la tarde. Amparo asomó la cabeza y dijo:

—Ya estamos por las barracas.

Alfonso no la oyó. Quería decirle aquello que tenía adentro. Con esto lograba dos cosas; ponerse en paz con su hermana a quien quería, y desprenderse de un secreto, demasiado pesado para él.

Amparo, recostada sobre uno de los rincones del cupé, esperaba la confesión.

Estaba segura de que su hermano lo diría todo; mas, como le viera aturdido, quiso ayudarlo.

—La sinceridad ante todo, Alfonso, la sinceridad ante todo.

—Sí... sí... — decía él tomándose la barba de arriba abajo —; yo, es claro... tú sabes... — Amparo sonrió cariñosa.

—Pobre hermanito querido. Sé lo que haces, aunque sean bagatelas: cuando una persona quiere a otra se preocupa de ella. Por eso es que no ignoro lo que te ocurre.

Él la miró agradecido y preguntó a media voz:

—¿Tú sabes?

—Sí...

—¿De verdad?

—De verdad.

Sonrieron los dos. Un asomo de picardía les hizo mirar a cada uno por las distintas portezuelas.

En ese momento pasaban junto a la estación del ferrocarril del Norte.

Un tren de Central corría hacia afuera. La locomotora echaba el humo con fuerza, en expulsiones regulares. Era al principio ese penacho vulgar que emerge de la chimenea, compacto y cilíndrico, luego

se ensanchaba considerablemente yendo hacia atrás, pasando en la dirección del techado de los vagones para caer en el último, formando así una onda negra tendida sobre el convoy.

El movimiento de la ciudad recrudecía. La trepidación de las máquinas, con sus resoplidos y estridencias; el continuo campaneo de los tranvías, aglomerados por exceso de tráfico, impacientes, pidiendo paso; la marcha atrevida del automóvil, rozando con todo, escapando por los claros, sonando la trompeta o aturdiendo con voces raras, rugosas, semejantes a estornudos estupendos; el silbato agudo de los remolcadores cruzando la bahía, tranquila, azul, bajo un espléndido cielo de octubre.

Cuando el coche entró por la Avenida de la Agraciada, los dos hermanos volvieron a mirarse. Tornaron a sonreír, animado Alfonso por la buena acogida de Amparo, en la cual nunca había creído.

—¿Con que tú me juzgabas ajena a todo eso, no?.. — Y soltó una carcajada joven y sonora.

—Es cierto, — contestó Alfonso, tomándose confianza—. ¿Cómo lo supiste?

—¡Bah!.. eso interesa poco. Lo que yo no podía admitir era que pretendiesen ocultármelo. Fué una picardía, una soberana picardía la tuya.

—¿Una picardía? — repuso él con lentitud, cual si extendiese la palabra por su mente — ¿una picardía?..

Y aun cuando su hermana sonreía, maliciosa y locuaz, agregó, poniéndose algo encarnado:

—No, no; te digo que no es picardía; hablo con formalidad.

Amparo, afirmada en la intención de no prestarle seriedad al asunto, rió todo lo que podía diciendo:

—¿Y entonces?.. ¿Qué es?..

Él no contestó; pero se mantuvo serio, disgustado por el aire de frivolidad que daba su hermana, a la única pasión que había experimentado en su vida.

El silencio volvió a separarlos. Amparo acababa de apreciar con justeza el estado de su hermano y tornó a su rostro la expresión de desvelo y acritud que tenía comúnmente.

No, no era esa simple atracción sexual que llega a sentir cualquier hombre por cualquier mujer. Ahora lo comprendía bien: su hermano estaba enamorado hasta la médula. La misma sensación de peligro que la acometía recio, en sus horas de cavilosidad y aislamiento, la asaltó de nuevo. "De ahí al casamiento no hay ninguna distancia" — se decía, sintiendo como si una aspereza le limase la garganta.

Abarcó la extensión de su proyecto y nunca lo creyó más necesario. Jamás serían las circunstancias más propicias para intentar arrancar de Alfonso las ideas absurdas que adivinaba en él.

Pensó en un nuevo plan, porque comprendió que el primero había fracasado.

Resuelta, y como quien pide con severidad cuentas de un acto, preguntó a boca de jarro:

—Vamos a ver. ¿La quieres o no la quieres?

Él contestó atribulado:

—La quiero.

—¿Mucho?

—Mucho.

Hubo una pausa breve y Amparo, entrando con un tono doctoral, algo suave, confidencial, prosiguió, haciendo lo que se había propuesto.

—Tú dices que la quieres y no me extraña. Es claro. Un hombre, cuando ve a una mujer, la quiere.

No lo puede remediar. El 15 de diciembre cumples veintinueve años, y... lo que tú quieres salta a la vista; yo sé bien que tú tienes toda la razón.

Alfonso se había incorporado y escuchaba sin perder palabra.

Estaba seguro de que no se le hubieran ocurrido a él los argumentos de su hermana. Le chocaba algo el pensamiento dominante; pero decía la verdad.

—Tú dices lo mismo que digo yo, — exclamó entusiasmado, al poder hablar con franqueza — y la quiero, y me hace padecer mucho.

—¿Por qué? ¿Ella no te corresponde?

—No sé.

—¡Cómo... no sabes!.. ¿Qué te dice?..

—Nunca hemos hablado de eso.

Amparo soltó una risotada.

—Pero, ¿cómo?.. ¿Y entonces?

—Te juro... por ésta...

Y besó una cruz, que formó rápidamente con los dedos pulgar e índice de la mano derecha.

—Vamos..., pero algo tienen que haberse dicho..., a veces, unas señas bastan. Anda, dímelo todo.

—Nada, nada; te juro.

—No es posible. Hace más de ocho meses que andan ustedes en esos tiquis miquis.

Alfonso titubeó; mas comenzó a soltarse muy tímidamente, pero con gran regocijo.

—Doñarramona es muy pilla, ¿sabes? pero muy pilla.

—¿Sí?

—Sí... muy pilla... ¡oh!..

Amparo, sin mirarlo, preguntó con socarronería:

—¿Por qué?..

—Porque... yo creo que ella también me quiere.

—¡Ja... ja!.. ¿Y cómo lo sabes?

—No, no; ella no me dijo nada; no vayas a pensar...

—Pero... ¿por qué imaginas que te quiere?

—¡Oh!.. a mí me parece.

—Pero... ¿por qué?

Cruzáronse sus miradas, abiertamente en una revisión rápida y Alfonso, movido por la necesidad de hablar que tiene todo espíritu simple, empezó a contar por lo más gordo.

—¿Me prometes no decir a nadie nada?

Ella contestó con mucha naturalidad.

—¿Y tú crees que yo te he traído aquí para.. ? — Comprendiendo que hablaba lo que no debía, se interrumpió de golpe, y luego prosiguió: — lo que me digas a mí, siempre se lo dirás a Amparo, ¿comprendes?

Hubo una pausa.

—Yo todas las noches la veo.

—¡Ah... gran bandido!.. ¿Con que ustedes hablan de noche!..

—No... no; hablar... no hablamos. La veo, nada más...

—¿Cómo?.. ¡Nada más!

—Sí, nada más. Verás. A ella le viene la hora de acostarse... Entonces yo la miro.

Amparo, no entendiendo bien, se impacientaba. La relación se le antojaba confusa, falta de lógica.

—Vamos; explícate bien. Estás haciendo tal embrollo que ni tú mismo sacarás nada en limpio.

—No... si no es embrollo... es así, ¿sabes?.. yo...

Ahora le costaba gran trabajo proseguir. Se re-

torcía los bigotes, esponjosos, brillantes, cuyos extremos abiertos como colas, le llegaban casi a los pómulos.

Tragó saliva y esperó. En esto, una presencia inesperada de ánimo le ayudó a salir del paso y la aprovechó, como aprovechan las parturientas el retortijón de los músculos.

—Mira; nos vemos por la cerradura.

—¿Por dónde?

—Por la cerradura.

Ella lo miró, entre asombrada e incrédula. Después, sin poder reprimirlo, rió con todo su cuerpo.

Eran carcajadas continuas, cortas, que salpicaban en el coche. Él la imitó, riendo de buena gana, saludablemente, satisfecho, imprimiendo a su abdomen un movimiento de sube y baja.

—¡Por la cerradura! — decían los dos, intercalando entre la palabra los hipos de la risa—. ¡Por la cerradura!..

Fue como un ataque que duró unos segundos. Luego, más serenos, pero sin dejar de reir, Amparo le preguntó:

—¿Y ella sabe?

—Ya lo creo que sabe; desde la primer noche.

—¿Y cómo se te ocurrió eso?

Alfonso relató con fidelidad las entrevistas nocturnas, a través de la cerradura, entrevistas mudas, donde todo lo hacían los ojos. Confesó después lo de las rodillas, diciendo por último en voz baja, cual si se tratase de una prueba de amor:

—Una mañana había salido yo al patio, en camiseta. Doñarramona pasó junto a mí y mirándome el pecho, dijo:

—"Vaya... ¡Cuánto pelo tiene usted en el pecho, Alfonso!.."

El coche se detuvo.

—Ya llegamos — observó Alfonso, siempre riendo.

La iglesia estaba en pleno Novenario. Sobre las dos aceras, los automóviles y carruajes, con sus cajas pulidas como espejos y libreas relucientes, formaban filas cerradas.

Los Fernández y Fernández tuvieron que hacer un buen trecho a pie, para llegar a la casa común.

Cerca de la entrada se había formado como una romería, discreta, de buen tono, enguantada, embastonada, con visos de gravedad y gran cultura. En aquella afluencia de gente chic, la primavera se abría en las ropas.

Formas diversas, diversos colores, luminosos, dando a los cuerpos fulgencias exóticas, produciendo sobre la carne enervantes reflejos, donde temblaba el vicio. La moda puja en el deseo como un acicate.

Las enlutadas formaban una parte de la concurrencia. Las había en todos los grados: luto riguroso, luto aliviado, medio luto y por último el luto del sport, el extravagante, donde juega un rol importantísimo la coloración del cabello: peinado negro opaco, negro brillante, rubio de oro azafrán, mucho pelo, poco pelo.

La iglesia de "Los Redentoristas" o del "Perpetuo Socorro" está sobre una colina, en un barrio tranquilo, en cuyas calles no es raro ver una vegetación enana que brota por los intersticios del empedrado.

El que entre a ella por primera vez, sufre una fuerte sorpresa. Después de haber observado su frente, sobrio, despejado, con sus dos flechas, las venta-

nas, el rosetón central y su puerta de arcos, no espera hallar en el recinto, ni el vigor arquitectónico que la singulariza, ni la vivacidad luminosa que pone sobre la carne de los santos y de los mártires, un poco de claridad y de energía.

La nave central, limitada hacia sus costados por dos filas de columnas sin estrías, de mármol obscuro y capiteles dorados, está cubierta por un techo rectangular, artesonado, dividido en pequeños cuadrados de ornamentación sencilla, que termina ante el altar, donde sufre un golpe simétrico que le separa de la bóveda esbelta, suave, que cae insensiblemente, pasando como una onda por detrás del retablo mayor.

Las naves laterales, más uniformes, con sus techos de arcos cruzados, reciben la luz del sol que entra matizándose a través de las pinturas que llenan las ventanas. Y un fulgor exótico anima los lienzos, llena los retablos, vela en los cuerpos de las estatuas, cubriendo de púrpura las heridas, macerando en las expresiones angustiosas, entonando la fibra soberbia de los verdugos.

En la nave izquierda está el púlpito, bajo el arquitrabe. Es una joya, una copa de oro poliédrica, sostenida por un soporte central y cuatro columnas. Cada cara presenta un sobrerrelieve, donde el artista ha impreso las figuras descollantes de los santos varones.

Los confesonarios, repartidos simétricamente entre las dos naves, son de una estructura compleja y minuciosa. Están divididos en tres repartimientos: el central destinado al sacerdote, y dos laterales destinados a los penitentes. Una rara techumbre cubre estas casillas profusamente labradas, una techumbre eri-

zada de flechas, torres y cúpulas, dando la impresión de una ciudad vista de lejos.

Entraron. Amparo buscó sitio. Quería un lugar cómodo y que le permitiese, sobre todo, pemanecer junto a su hermano, en quien creía llegado el momento único, favorable a su plan defensivo de los intereses morales de la familia.

—Ahí, — dijo por lo bajo.

Se dirigieron hacia la nave izquierda, cerca de la sacristía, donde se abrieron paso por entre la gente que llenaba materialmente el recinto.

No habían llegado aún cuando la voz del predicador produjo un movimiento general que tardó largo tiempo en apagarse.

Era un sermón, fecundo en imágenes terribles, donde exponía los suplicios sin fin que torturan a nuestras almas en el Purgatorio. Luego hacía un llamado a los hijos de Dios, en una descripción patética de la caridad, dando a entender con mucha soltura que los tormentos infligidos al hombre, muerto en pecado venial, dependían de nosotros, ni más ni menos. "Está en vuestras manos", — repetía en un énfasis emocionante — "está en vuestros corazones. Quered y basta. Contribuid con vuestro óbolo, sostened a la Iglesia, porque ella está siempre junto a Dios, y habréis logrado la salvación de las infelices criaturas que gimen en una noche eterna de fuego eterno. . ."

Amparo no pudo seguir el discurso del sacerdote. Para ella el sermón carecía de interés. Era aquello un asunto tan viejo, lo había oído tantas veces, que a poco, sin darse cuenta de ello, estaba totalmente embebecida en el negocio de su hermano y de Doña-

rramona. "Está enamorado — se decía — pero la cosa pinta bien."

Estaba casi contenta. Recordaba los momentos intranquilos de angustia frente a la visión de los dos enamorados. ¡Cuánta hora exasperante; cuánta aflicción rabiosa; cuántas protestas ciegas, coléricas, igual que golpes; qué desazón irremediable!.. Total... ¿por qué? ¡Tonta... más que tonta era!..

En realidad, aún no había conseguido el triunfo completo; pero lo presentía.

Miraba a su hermano con el rabillo del ojo, con la misma intención solapada del gato Le tenía ahí a su antojo... Y al pensar cuán fácilmente había logrado la confesión, necesaria para que lo demás tuviera éxito, sonrió de placer. Ahora le resultaban incomprensibles sus pasadas inquietudes. Comparó de inmediato su situación presente, con otra, distante, borrosa ya por la bruma de los años. Y el núcleo de ese recuerdo poderoso, evocado por una expresión enteramente física, le atrajo lo demás. En estos instantes lo veía todo con perfecta claridad.

Era un dolor de muelas, insufrible, que la martirizaba de continuo, sobre todo a las horas de la comida. Su padre había intentado varias veces ponerla en manos de un dentista; pero al llegar a la puerta siempre retrocedía espantada. Por fin, asediada por un sufrimiento tan tenaz, pudo sentarse en el sillón infernal del cirujano. ¿Cómo pasó aquello?.. Nunca se lo había podido explicar. No padeció. Un escozor fulminante que le llegó hasta los pómulos, cerca de las órbitas y nada más. Cuando le mostraron la muela se creía víctima de una ilusión. Al bajar la escalera abrazaba y besaba a su padre, aturdida

por la felicidad, burlándose de sus padecimientos y aprensiones.

Mientras tanto, el sacerdote hablaba, enfático, solemne, avanzando y retrocediendo en el púlpito, asustándose de sus propias palabras, cuadrándose de pronto, en actitudes especiales, con los brazos abiertos, en comba, para arriba, cual si esperase la caída de un cuerpo que habrían de arrojarle.

La multitud, seria, escuchaba mirando hacia el suelo. A la voz sonora del predicador se agregaba, de cuando en cuando, algún estornudo discretamente soltado, tosecillas ahogadas por el pañuelo y un murmullo bullanguero, animoso, que entraba de la calle para morir sobre el tapiz obscuro de la iglesia.

Amparo levantó la cabeza y dirigió su mirada por el conjunto. Reconoció algunas amigas conocidas con quienes cambiaba saludos, apenas perceptibles; luego, cayó de nuevo en su estado anterior.

Siempre había padecido de una gran dificultad para comprender; pero en los asuntos pertenecientes al sexo o fuertemente relacionados con él, demostraba poseer, como la mayoría de las mujeres, conocimientos y habilidades bastante respetables.

Era incapaz de emitir un pensamiento, de sostener una conversación sin quebrarla, por insuficiencia y cansancio de su mente. Bordaba con una lentitud espantosa, y cuando se le antojaba confeccionar su ropa interior, entre sisas y nesgas, se pasaba una temporada.

Mas en cuestiones de amor, le era posible prever efectos a gran distancia.

El asunto de ahora lo veía con claridad. Estaba segura de que, su triunfo, consistía en quitar de Alfonso la parsimonia particularísima de la familia. El

mal estaba ahí, precisamente, en esa seriedad aplastante, que los lanzaba a la vida como por fórmula de moral. No, no; todo estaba ahí; no había vuelta. Era necesario hacerle comprender a su hermano lo fácil que era llevar a cabo ciertas cosas...

Por dos o tres veces intentó hablarle; pero no hallaba las palabras. Por último, lo llamó, tocándole con el codo.

Alfonso, muy circunspecto, tenía metido el puño del bastón en la galera, y lo hacía girar incansablemente. Respondió al llamado, acercando el oído. Entonces, Amparo le dijo, un tanto nerviosa:

—Tú no tienes necesidad de casarte.

Él se movió como un resorte y afeminando la voz para no llamar la atención, dijo, imprimiendo a la galera un fuerte impulso:

—¿Qué dices?..

—Digo que... para conseguir lo que tú quieres, no tienes necesidad de casarte... que es lo mismo... porque igual...

Alfonso abrió mucho los ojillos; pero, como viera que le observaban, repuso en unas cuantas veces:

—Espera... ahora cuando volvamos a casa...

Comenzó a sufrir una fuerte impaciencia. A cada instante cambiaba de mano el bastón y la galera; miraba la esfera del reloj sin ver la hora; deseaba vivamente que terminase el sermón.

Cuando se encontró con Amparo, dentro de su coche, sin toda aquella gente a quien odió por un momento, preguntó, demostrando alegría:

—¿Qué es lo que me has dicho, Amparo...?

Ella esperó a que su hermano cerrase la portezuela y cuando el vehículo se puso en marcha, contestó:

—Verás. Quiero aconsejarte francamente, para que sepas bien lo que debes hacer. Nada de equivocaciones: quiero hablarte como un buen compañero—. Le miró a la cara cual si lo interrogase, y él exclamó a modo de juramento:

—Bueno.

Amparo prosiguió:

—Doñarramona espera a que tú le hables.

—¿Te lo dijo ella?

—No, no me lo dijo; pero lo sé. Escucha. Ella es una buena mujer, una santa, pero... te quiere mucho y... cuando una mujer quiere mucho, no sabe esperar, no puede esperar... Tú... ya sé lo que te pasa... no te decides... no te animas... porque crees que para eso es necesario casarse...

—¡Ah!.. es claro — dijo Alfonso interrumpiéndola como agobiado por una pena — cuando un hombre deshonra a una mujer, tiene que casarse...

Amparo se mordió los labios y repuso colérica:

—Ahí está el disparate; eso es lo que va a dejarte sin Doñarramona.

—¿Cómo?..

—Con seguridad que ella no había pensado en todas esas pamplinas. ¡Casarse!.. Para eso es necesario meditar mucho... dejar pasar algunos años.

—Justo.

Callaron. Amparo volvió a calcular la distancia a que se hallaba de su triunfo. Lo reconoció intrincado y dudoso. Entonces creyó oportuno hacerle la zancadilla en su propio terreno.

—Oye. Dices: "Justo"... Pero... mientras tanto... ¿eh?.. — Y manifestó su intención acompañando a las palabras de una mirada tan signifi-

cativa que, Alfonso, turbado como si lo cogieran en pleno desliz, hizo varias muecas indefinibles.

Nuevo silencio y ella volvió a insistir tocando a su hermano con el codo y mirando hacia la calle.

—¿En qué piensas, Alfonso?..

—¿Te parece que me iría bien?..

—¿Crees que si no fuera así te aconsejaría? ¡Vaya!.. Cuando tu hermana habla, sabe por qué.

Alfonso, volvió a preguntar:

—¿Te parece que me iría bien?

—Pero... ¿no te digo?.. Yo sé que Doñarramona espera a que tú le digas algo... ¿comprendes?..

—Pero cómo...

—Nada más fácil. Oye; ¿por qué no le haces un regalito?

—¿Un regalo?..

—A propósito. ¿Recuerdas aquellas tres cruces de desagravio que tú nos compraste el mes pasado?

—Es cierto.

—Pues aprovecha. Calladito la boca, compras otra y se la das.

Entonces él, algo impresionado, le preguntó en voz baja:

—¡Y si se da cuenta!..

Y Amparo, maternal, sonriendo cariñosamente y guiñando su ojo bizco, contestó con gracia:

—¡Ah!.. qué tontuelo, muchacho. Pero si lo importante es eso, precisamente: que se dé cuenta!..

En la casa los esperaban con la mesa servida. Aquella noche se habló y se bebió más de lo acostumbrado.

Un ánimo especialísimo los tornó alegres, a punto de decirse las cosas.

Y ocurrió lo que nunca había ocurrido en redor de la mesa de los Fernández y Fernández: Alfonso contó una anécdota que todos festejaron; luego, Concepción, un cuento con mucha comicidad; Dolores puso en la picota a un cura muy embustero, cuyas actitudes falsas provocaron la risa fuerte.

Y así de chacota en chacota, llegaron a un momento feliz, de buen corazón, durante el cual se divirtieron, arrojándose a la cara pelotillas de pan.

## XIV

Hacía tres días que Doñarramona había vuelto a sufrir el ataque de la "bola".

Le vino en el cuarto destinado a la costura, mientras cortaba la camisa que pensaba confeccionar, para Alfonso, a fin de regalársela en el día de su cumpleaños.

Amparo, junto a ella, la vió palidecer.

—¿Se pone usted mala?

—¡La bola, Dios bendito, la bola!.. —y atinó a sentarse.

A los gritos de Amparo, llegaron la criada y Concepción.

Gastando mucha fuerza la llevaron hasta la cama, donde la arrojaron.

—Tiene los pies fríos — dijo Concepción — la bolsa, vaya usted por la bolsa... — Y Magdalena salió.

A poco llegó Dolores, trayendo agua Colonia. Desabrochároronle la bata, aflojáronle la pretina, mientras Amparo le mojaba sienes y frente.

Doñarramona se quejaba, cerrados los ojos, abiertos los brazos, ocupando toda la cama con su cuerpo aflojado.

Mientras unos hacían y otros miraban, pasó un rato. Luego esperaron, aguardando la reacción de la enferma. Amparo estaba junto a la cabecera, en pie.

Concepción y Dolores permanecían sentadas sobre el borde de la cama; Magdalena se había apoyado sobre el respaldar de una silla. Ninguna de ellas hablaba. Se oía retumbante el tic-tac del cuco del comedor y la respiración violenta del ama.

Dolores se sentía alarmada. Los ataques se repetían ya con mucha frecuencia. En el término de un mes le había dado tres veces. Esto era demasiado.

—¡Cómo le dan a menudo!.. — dijo, mirando a sus hermanas.

Amparo agregó:

—El último fue el sábado...

—¿El sábado? ..No... fué el viernes...

—No, señor... el sábado...

—Te digo que no... Fue el viernes. ¿No recuerdas que le dió estando la viuda de Lautier?

—¡Ah!.. sí... tienes razón. — Y continuó contando con los dedos: — sábado, uno; domingo, dos; lunes, tres; martes, cuatro; miércoles... Sí, sí, justo: cinco días hacen.

Concepción intervino:

—Yo no sé. El médico asegura que no es nada. "Cosas que se van como vienen".

En esto, el ama gimoteó:

—¡Ay!.. La bolsa está muy caliente: me quema los pies—. Y lloraba.

Dolores tomó la bolsa y se sorprendió, porque apenas si estaba tibia.

—Pero esto no puede hacerle daño, Doñarramona.

—Sí, sí; me hace. ¡Ay!... me hace... me duele mucho... — Balbuceaba como un niño que pide el regazo materno.

Amparo, enternecida, se inclinó sobre ella.

—¿Qué le duele?..

—Aquí, aquí... me voy a morir—. Y tomando la mano de Amparo que en ese momento le acariciaba la frente, se la puso en el pecho, sobre el esternón.

—¡Ave María!.. ¡pensar en eso!.. — exclamó Concepción, al mismo tiempo que, con una expresión severa, recriminaba a Dolores, porque ésta se hallaba tentada por la risa.

—Sí, sí... me voy a morir... sufro mucho... — y al echarse sobre un costado, pasó un brazo por el cuello de Amparo. A causa de ello, ésta tuvo que acostarse a su lado. Concepción, también se acercó acariciándola con palabras en las cuales rebosaba el cariño. Y Doñarramona quedó así entre las dos hermanas mayores, sonriente casi, bajo el influjo de una ternura que le humedecía los nervios. Un momento más y se durmió. Los colores volvieron a aparecer en su rostro, lentamente.

Cuando Alfonso lo supo, quedó pensativo. Esa noche comió poco y al día siguiente, resolvió regalarle al ama la cruz de desagravio.

Hacía más de una semana que, envuelta con papel de seda, la conservaba en uno de los bolsillos de su chaleco.

Esperaba una circunstancia favorable que nunca se presentaba. Intranquilo, le había dicho a su hermana:

—Amparo, ¿por qué no se la das tú?

Pero ella se negó.

—De ningún modo — dijo —. Yo no debo saber nada de todo esto. El viernes iré con las muchachas al Señor de la Paciencia. Aprovecha y no pierdas el tiempo.

Pero no supo sacar provecho del viernes. Estuvie-

ron más separados que de costumbre, aun cuando se hablaban de tarde en tarde, a gritos, sin acercarse.

No obstante, ahora, creía haber hallado un medio de fácil ejecución.

Mientras cenaban, salió al patio sin pretexto alguno. Seguro de que nadie le observaba entró en el cuarto del ama, sacó la crucecita y acercándose a la cama, la dejó debajo de la almohada. En seguida regresó; pero en el trayecto previó que podrían preguntarle la causa de una salida demasiado rara según él.

Entró después de unos rodeos.

Cuando Doñarramona fué a abrir su cama, a levantar las colchas, arrojó la cruz al suelo. Y a través del papel, sonó el oro.

La recogió, sin entender, picada por la curiosidad.

—¡Dios mío!.. — dijo por lo bajo —. ¡Esta cruz!..

Poco a poco comprendió que no era un milagro. Mientras la examinaba, echó una ojeada sobre la habitación y contra su costumbre apagó la luz, estando aún completamente vestida.

Recostóse en la cama, sobre el almohadón y no pensó que arrugaba su funda almidonada, adornada con puntillas y cintas de raso amarillo.

—¡El cielo me valga, Dios mío!.. ¡estoy pecando!.. — Su conflicto se le presentaba por vez primera en la mente.

Hasta ahora, todo había ocurrido dentro de una sencillez admirable. Se preguntaba: "¿Qué hice yo? ¿qué hago yo?..." Sólo servía a la familia fielmente. A causa de su rectitud y buen sentido, ahorraba mucho. Durante un mes, había llegado a economi-

zar por valor de $ 12.45. Amparo dijo entonces: "Si esta mujer sigue así, hará que vivamos gratis".

Trabajaba con ahinco y era un modelo de virtud. Ya lo había dicho la secretaria de una sociedad de damas que moralizaba a diestro y siniestro: "El caso magnífico de Doñarramona me trae a la mente el recuerdo de Santa Gertrudis". Luego... ¿qué había hecho, ella?.. Admitía algunos actos; pero les negaba participación de su voluntad. "Él es, quien me toca con la rodilla; él es, quien me mira por la cerradura". Pero al pensar en Alfonso, su imaginación tomó vuelo y lo vio, como siempre, en camiseta.

Esto era fatal: cada vez que lo recordaba veíalo del mismo modo. En la representación había un detalle peligroso, constante, que le provocaba los síntomas de su ataque de la "bola". "¡Cuánto pelo tiene usted en el pecho!", había exclamado en un arranque. Y desde entonces, aquella hilera de pelos ensortijados, saliendo por entre la cartera de la camiseta cerrada, semejante a ese follaje aislado que llena las hendeduras ruinosas, le producía un tilín del diablo.

Por lo demás, ni siquiera lo miraba, como no fuera para hablar de cosas que atañían a su trabajo. Y el ama empezó a monologar, interrogándose, defendiéndose, ruborizándose de continuo animada por el noble afán de justificar algunos hechos que en tropel le traía la memoria.

No, señor; — se decía — no, señor... Bueno; es verdad... pero, yo ¿hice algo? ¡Válgame el cielo... si lo quiero como a un hermano!.. Es bueno... siempre me ha tratado bien... ¡Virgen Santísima!.. ¿Qué tiene que ver la camisa?.. La tendrá en su día...

Hablaba así, contestando a cargos que se hacía a

sí misma, desligándose fácilmente de las contradicciones. Pero, cuando pensaba en la cruz, que oprimía entre sus manos, sentía como si se hallase en un callejón sin salida.

Se originaba entonces una lucha, un verdadero conflicto de deberes, capaz de entusiasmar al más intransigente examinador de moral dentro de nuestro magisterio.

Las primeras impresiones fueron favorables: había tomado la cruz como el que cierra los ojos ante un peligro, y... sigue. Sólo que el peligro estaba en ella.

Aquí el obsequio de oro le daba chuchos. Conmovía sus nervios, agitaba su corazón, tenía la rara virtud de presentarle las cosas que en realidad quería. Reflexionaba· "¿Por qué Alfonso no me dió esto delante de todos?" Y cubría la respuesta espontánea con otra artificiosa y rancia: "Es modesto, es muy modesto".

Y de aquí partió una serie de motivos santos, donde la inspiración divina lo dirigía todo.

En cierto modo, creyó ver una retribución a su dedicación religiosa. ¿No ocupaba ella muchas horas de su vida, hablando de Dios, persuadiendo, infundiendo el respeto y el miedo al Señor? ¿Acaso en la familia no rezaban mucho más que antes? ¿No podía ser agradecimiento por parte de Alfonso?.. Iluminada por estas ideas cristianas se sintió aliviada, y comenzó a desvestirse a obscuras.

Había puesto la crucecita sobre la mesa de noche y la palpaba a menudo, movida por el terror de perderla.

Acostada ya, la tomó con una delicadeza impropia de su ser.

Suavemente la pasaba por sus mejillas, y a veces, cerca de sus labios, retirándola de pronto, cual si quemase. No obstante insistía. Llegó un momento durante el cual le faltó movimiento a sus brazos. La cruz quedó sobre sus labios y la besó. No pudo reprimirse. Luego perezosamente cambió de postura, quedando acostada sobre el lado izquierdo. Las manos abiertas, plegadas muy juntas, guardaban la cruz, y permaneció así largo rato como si estuviese dominada por el sueño.

Sin embargo, ya tarde, su voz sonó en la obscuridad. Era como un susurro silbante: "¡Oh... Luis Santo!.." Y la oración a San Luis Gonzaga se desarrolló dentro de una monotonía lúgubre, hasta terminar en un Amén, prolongado y profundo.

## XV

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Era el 15 de diciembre y Alfonso cumplía veintinueve años.

Desde este día la casa quedaba vacía hasta los principios del otoño.

Las mujeres, a medio vestir, habían entrado en el cuarto de su hermano y alborotaban gritando y riendo.

—Querido hermanito... que los cumplas muy felices... — Y al mismo tiempo que le tiraban de las orejas, le besaban en la boca, efusivamente.

Amparo y Concepción hicieron lo mismo y luego, cada una, hizo presente su regalo.

Dolores abrió un estuche y lo dió a su hermano. Era una pesada boquilla de ámbar, para cigarro de hoja, con sus iniciales y arandela de oro.

—¡Qué boquilla bonita! — y la puso en sus labios.

Concepción destapó una caja y sacó de ella un tintero, con pie de alabastro, sosteniendo una estatuita metálica, simbolizando la Libertad.

Alfonso la observó con gran detenimiento. Luego, a fin de apreciarlo a la distancia, pidió que lo pusieran sobre la mesita de luz. Mirándolo aún, dijo con gravedad:

—¡Vaya una cosa más seria!..

Llegado el turno, Amparo, que evidentemente es-

peraba ser la última, desdobló un pañolón de seda en el cual había bordado más de un mes. Él, admirado, lo extendió sobre las colchas. En tinta roja decía: "Recuerdo de su hermana Amparo. 15-12-1906".

—¡Muy bonito, muy bonito!.. — repetía —. ¿A ver cómo me queda? — Le dió forma de triángulo y se cubrió con él.

Era grande. Fácilmente le cubría pecho y espaldas. Pero se lo había puesto de modo que era imposible leer lo que estaba escrito.

—Espera — dijo Amparo — así no —. Le sacó el mantón, hizo unos dobleces bien calculados y lo volvió a extender sobre Alfonso—. Ahora; miren ustedes ahora...

Le pidió a su hermano que se echara un poco hacia adelante y ellas se amontonaron entre él y la cabecera de la cama. Y las tres pudieron leer sin tropiezos, porque la línea de lo escrito formaba un arco de círculo que iba de hombro a hombro.

—Ahora sí, está bien, — decía Concepción. Y leyeron en voz alta, lentamente.

Alfonso estaba conmovido. Reunió los tres regalos, y miraba a sus hermanas, agradecido, contento.

—Os quiero mucho — exclamó con tibieza.

Se oyeron de nuevo los besos y Magdalena entró, trayendo el desayuno.

—Que Dios le dé a usted muchos años — dijo poniendo el pocillo sobre una mesita.

—Muchas gracias, Magdalena, — y también tuvo para ella una sonrisa cariñosa.

Amparo había salido, y se oía su voz en el cuarto de Doñarramona.

Dolores preguntó:

—¿A qué hora llegan los coches?

—A las siete, — contestó Alfonso.

—Sólo falta media hora, — dijo Concepción — voy a acabar de vestirme.

Y salieron las dos cantando, alegres, como los chicos cuando se sueltan.

Alfonso tomaba su café con tostadas, cuando Amparo, entrando con un envoltorio, dijo:

—Pero, ¡vaya una cosa!.. No quiere venir porque estás acostado. Mira, mira lo que hizo para ti. — Y desdoblando una camisa la puso sobre la cama.

Fue de un efecto mágico. Quedó sin pestañear, sorprendido, teniendo en alto el pocillo casi lleno.

—¿Ella?.. — preguntó emocionado.

—Ella misma, ¡Muchachas!, ¡muchachas!, vengan a ver... El regalo de Doñarramona.

Llegaron en seguida. Dolores abrochándose una bata y Concepción enrulándose el pelo con la tijera.

—¿Qué hay?

—Miren, miren si está agasajado este señorito.

Era una camisa blanca, muy blanca, de pechera de hilo, bordada, lustrosa, novísima.

—Muy bien hecha — decían — muy bien hecha.

—¡Y no quiere venir!..

—¿Por qué? — preguntó Concepción.

—Porque está acostado.

—¡Vaya una cosa! A buscarla — gritó Dolores. — En un día como éste... no faltaba más.

Y salieron las tres, ante la estupefacción de Alfonso, que no atinaba a decir nada.

Se oían protestas, ruegos y risotadas. Por último, en pelotón, aparecieron las cuatro. Doñarramona en el medio, grandota, sofocada, con el rostro coloreado como una manzana, no sabiendo si reir o estarse seria, avergonzada y feliz.

La empujaron hasta los pies de la cama donde quedó protestando débilmente. Dolores tomó la camisa y se la entregó al ama.

—Usted misma tiene que hacer el regalo, Doñarramona, usted misma. De otro modo no vale.

—¡Qué muchachas, Dios mío! Es para enloquecer.

Alfonso había dejado el pocillo sobre una mesita y estaba sentado con mucha compostura. Pero se sentía atribulado, serio. De poder hablar a tiempo hubiese impedido que trajesen al ama.

Cuando Doñarramona tomó la camisa, se hizo un gran silencio. La reunión adquirió ese aspecto característico de las familias numerosas que, al fin del festival íntimo, se aprestan a escuchar el discurso paterno.

Balbuciente, como si le tiraran de las palabras para adentro, dijo:

—Que Dios os dé muchos años; que Dios os preserve del mal y os haga muy feliz... y a los presentes... — Hizo una pausa y terminó: — que seáis dichoso, es mi deseo—. Se acercó a la cabecera, cohibida, tropezando con sus pies.

Alfonso tomó la camisa con mucho cuidado, cual si se tratase de algo que pudiera quebrarse. Y Dolores, que tenía el demonio en el cuerpo, empezó a gritar, aplaudiendo con fuerza.

—¡Viva Alfonso! ¡Viva Alfonso!

Las demás hicieron lo mismo, y luego besaron y abrazaron a Doñarramona. En esto, vino Magdalena.

—Llegaron los coches.

—¿Ya? — Y hubo una corrida general.

Se pedían a gritos las cosas que no encontraban a mano. Alfonso se lavaba cuando una dijo:

—Que se ponga la camisa.

Y repitieron:

—Que se la ponga.

—¡Ave María!.. — profirió Doñarramona desde su cuarto — estáis desatadas, hoy...

Concepción, vestida ya, se encargó de ponerle los gemelos a la camisa nueva. Al mismo tiempo examinaba escrupulosamente la costura y el festón rameado de la pechera. Entusiasmóla la prolijidad con que todo estaba hecho; pero no le gustó por considerarla fuera de uso.

Por fin, después de revisar varias veces las habitaciones y de cerrarlas con gran cautela, salieron a la calle. Amparo, Alfonso y Doñarramona ocuparon el primer carruaje; Dolores, Concepción y Magdalena, el segundo. Todos los años, en el mismo día salían de la ciudad para la quinta, donde pasaban dos meses justos. Era una costumbre de los Fernández y Fernández, impuesta a la familia por el padre.

Dieron las ocho cuando se pusieron en marcha. Dolores cantaba y de cuando en cuando, decía ocurrencias que Concepción festejaba a carcajadas. En cuanto a Magdalena, permanecía ante ellas riendo para ocultar lo que pensaba.

Viéndolas juntas, tan de cerca, se le ocurría reflexionar sobre los tejes y manejes de la una y de la otra.

Conocía los asuntillos de ambas. Dolores la mandaba con y por cartas; sabía muy bien los lugares de las citas; cuándo y cómo se veían; Concepción la mandaba por libros, de los cuales había llegado a sospechar cosas graves e indecentes. ¡Ah!.. ¡si ella hablase!.. Y se sentía magnánima, piadosa, ante aquellas dos mujercitas que necesitaban de ella. Ade-

lante, en el otro cupé, Doñarramona contaba el sueño que había tenido durante la noche.

—¡Qué sueño, Dios mío! Yo estaba cosiendo, y cuando quería hacer correr la costura, me metía la aguja de la máquina en los dedos. Yo gritaba porque me dolía mucho. A lo mejor llega Dolores y me pregunta: — ¿Qué hace usted, mujer? — Pues, cosiendo, le contesto. — Pero, ¿cómo va a coser usted con una gallina? ¿No ve que está empollando? —¡Ay!.. qué disparate: había confundido una gallina con una máquina de coser.

Amparo y Alfonso se rieron. Los dos hermanos ocupaban un mismo lado del coche y Doñarramona enfrente, junto a una valija llenada con adminículos de tocador.

Poco a poco dejaron de hablar. Amparo miraba obstinadamente hacia afuera, volviéndose a veces para averiguar por dónde se hallaban, o a fin de señalar algún edificio importante.

Alfonso llevaba puesta la camisa bordada y Doñarramona la ojeaba furtivamente. Él se distraía, ya con la calle, ya con la empuñadura de su bastón, o haciendo doblar, sobre uno de sus dedos, la larga cadena del reloj. Y su vista, al girar, cruzaba por la cara del ama sin detenerse. Pero bastaba ese instante para recoger una impresión fuerte que exaltaba los latidos de su pecho.

Pasaron a las ocho y media frente a la estación Reducto. Al cruzar sobre esa red de vías donde empalman las distintas líneas, el vehículo sufrió un movimiento brusco y se fueron unos sobre otros.

Alfonso aparentó incomodarse y achacó la culpa al cochero. Volvieron a establecerse las distancias de

cuerpo a cuerpo; pero aquel incidente fue agradable y aceleró la marcha de la sangre.

Al pasar junto a la fábrica de chocolate, Amparo olfateó con avidez.

—¡Qué rico!.. ¿No sienten ustedes?

—Sí... ¡Vaya un olorcico! — dijo Doñarramona, dilatando las narices.

—¡Qué gusto a galletitas! — exclamó Alfonso, cual si las paladease.

Y estuvieron los tres, un momento aún, con la atención en el olfato, como si quisieran aprisionar la esencia aromática que se desvanecía.

Esta circunstancia los condujo a un estado más general.

A medida que avanzaban la edificación disminuía notablemente. A derecha e izquierda, grandes masas de árboles se detenían en líneas para dejar pasar bajo su sombra clareada, el camino límpido y recto, donde sonaba la voz de los pájaros.

—Mira qué derecha es aquí la calle. Fíjate, mira. Me gusta pasar por eso...

Alfonso se asomó y Doñarramona observó a través del vidrio. Un encanto singular les hacía mirar sin decir palabra. En efecto, la calle, al dejar el barrio del Reducto marcha sin torcer en una longitud cercana al kilómetro. El arbolado de sus aceras, si bien no llega a cubrirlas con su ramaje, da, a la distancia, la impresión de la alameda cerrada. Baja en casi toda su extensión, se eleva bruscamente hasta alcanzar Larrañaga, para caer en seguida, y subir después y así continuamente. Pero ya no tiene ese carácter de alegría y exuberancia. A medida que se dirige hacia afuera, va desnudándose. Pierde los árboles, las aceras, el empedrado. Al pasar por el Ce-

rrito, no es más que un camino árido, angosto, sinuoso, que aparece y desaparece a cada instante. Por último, desde la cumbre, se le ve, cerca del horizonte, destacando su lomo grisáceo en el tono verde de la campiña. El placer que les producía el lugar, les duró poco. Deseaban llegar cuanto antes, molestados por el calor y el traqueteo del carruaje.

Ya en Larrañaga, los dos vehículos marchaban juntos. Desde ellos se hablaban a gritos invitándose para distintas diversiones.

El bote y la hamaca se llevaban la preferencia y las dos partes querían a Alfonso, porque era el único que remaba y era el único que hamacaba. Después de grande discusión triunfó el bote.

Pasadas las nueve, llegaron a la quinta. Se aligeraron de ropa y recorrieron las habitaciones revisando con curiosidad. Subieron hasta el mirador, colocado como una garita a mitad de la azotea. Desde él era imposible ver nada, porque, amén de ser bajo, estaba rodeado por una gran cantidad de eucaliptos gigantescos.

Al bajar, hallaron a Doñarramona dando indicaciones a la cocinera. Se quería el almuerzo para las doce clavadas.

Llamándose unos a los otros siguieron por un camino lateral que llegaba hasta el arroyo. La quinta no tenía nada de particular. Presentaba como la mayor parte de ellas, dos aspectos: la extensión de terreno que mediaba entre la calle y el edificio, era el objeto de un dedicación especial. Ni una brizna fuera de línea. La piedrecilla blanca, la tosca dorada, la gramilla, el boj... todo obedeciendo a un plan de curvas intrincadas, que después de dar algunas vueltas se encontraban con otras curvas difíciles y lindas.

En el medio una fuente con un niño de mármol. Las plantas crecen trabajosamente y las flores tienen perfumes raros.

Luego de la casa, la otra parte de terreno, limitada por el arroyo, daba una impresión de rudeza y vigor. Sólo se cuidaba del camino, angosto y cubierto de guijarros, asediado de continuo por un follaje espeso y salvaje, que se desarrollaba libre, extendiéndose en el vacío, trepando por los troncos de los árboles, cubriendo los cercos. De trecho en trecho había algunos lugares destinados al plantío de patatas, tomates y repollos.

Dolores fue la primera en llegar al arroyo. Y apenas le vio con el agua transparente, casi inmóvil, guardado por aquella doble fila de sauces retorcidos, con sus melenas blandas, tuvo un arrebato de chicuela y echó a correr.

—Por aquí, por aquí...

Desapareció por unos barrancos, llamándolos a voz en cuello.

La encontraron descalza, con las faldas recogidas, empeñada en desatar la cuerda que amarraba a la chalana. El esfuerzo le había enrojecido el rostro y un sudor de salud manaba de su frente. Los demás se habían agrupado junto a ella y miraban. Parecía que, después de la primera impresión sufrida a la salida, tornaban a su estado habitual, algo aburridos, algo contentos, pero siempre con esa marca que graba la tranquilidad bajo el techo de la casa.

Apenas si había transcurrido un minuto y Concepción sentía ya cansancio. Buscó un lugar cómodo y se dejó caer en él, diciendo en un bostezo:

—¡Tengo un sueño!..

Amparo hizo lo mismo; Alfonso se recostó sobre

la pared de una barranca y Doñarramona, en pie, con las manos en las caderas, observaba porfiadamente el nudo que desataba Dolores.

—Esto está como garrote—. Forcejeaba sonriente, animosa, doblando la pesada cuerda entre sus dedos finos.

Casualmente halló junto a sí una gruesa astilla de madera, de la cual se sirvió con habilidad, palanqueando en ella hasta vencer la tenacidad del nudo. Fue toda una exclamación ruidosa: — ¡Ya está!.. ¡ya está!.. — Pero se desconcertó al ver a sus compañeros. Los miró uno por uno y luego preguntó riendo:

—Pero... ustedes... ¿vienen aquí para dormir?.. ¡Es increíble! Vamos. Arriba. Hay que ayudarme. Echemos la chalana.

—¿Nosotras?.. — preguntó Amparo con gran sorpresa. Perezosamente se puso de pie; pero Alfonso dijo:

—Tú estás loca, muchacha; eso pesa mucho. Haremos venir al quintero y a Juan.

—¿Para esto vamos a hacerles venir desde allá arriba? ¡Qué vergüenza!.. ¡Vamos, vamos... aquí!; — y dando el ejemplo, hincó sus pies desnudos sobre el terreno arenoso y se aprestó para el esfuerzo.

No hubo más: fué necesario hacerle caso. A desgana, todos se pusieron junto a Dolores y empujaron; pero como estaban amontonados, entorpecíanse la acción, y la chalana sólo se movió en un espacio muy pequeño.

—Así nos costará mucho trabajo — dijo Dolores —. Mira, Alfonso: ponte del costado, allí, donde se prende el remo; tú Concepción, del otro lado. Ahora nosotras de aquí —. Esperó a que todos estuvieran

en sus puestos y dió la voz de mando—. ¡Vamos... ahora..!

Con las fuerzas repartidas y empujando todos al mismo tiempo, la chalana anduvo más de medio metro y su proa había entrado ya en el agua. Resollaron y se prepararon de nuevo para dar el segundo envión; pero Alfonso no podía acomodarse. Dolores le dijo entonces;

—Pon el pie izquierdo sobre esa piedra que sobresale... ahí... mira... ésa...

Alfonso la observó, y convencido de que pisaba en firme, se acomodó.

—Ya estoy — dijo.

A un aviso de Dolores, dieron el segundo golpe y la chalana estuvo a flote. Pero ocurrió algo inesperado. Alfonso perdió el equilibrio y metió el pie izquierdo en el agua hasta el tobillo.

—Ahora, sí... ahora sí... Lo único que me faltaba... Por empujar la chalana—. Y mostró ante la consternación general y las risotadas de Dolores, su pie chorreando.

—¡Pero qué baño te has dado! ¡Mira si te hubieras caído! — decía Amparo asustada.

—Todo por el bote. ¿Qué cuernos tenía yo que empujar la chalana?..

—Y, ¿por qué no te descalzas?

El miró a Dolores sorprendido y colérico:

—¿Adónde? ¿Aquí?.. ¡Hombre!.. Bonito momento para chancearse.

—¿Acaso yo no estoy descalza?..

Y mostraba sus pies sonrosados, mientras Doñarramona decía con mucha persuasión:

—¡Ay!.. cámbiese usted, que puede coger una pulmonía...

—Ya lo creo — dijo Amparo—. No hay peor cosa que tener los pies mojados.

Concepción, aun cuando veía en qué estado se había puesto, le preguntó:

—¿Te mojaste mucho?

—¡Si me mojé mucho! — repitió Alfonso, sarcásticamente—. ¡Mira, mira cómo hace!... — Y pisando con fuerza, hacía sonar el botín y la media empapados.

Esto los decidió por la retirada. Se dirigieron hacia la casa, de prisa, marchando Alfonso en medio de ellas, de mal humor y renegando del arroyo, del bote y de la mala idea de Dolores.

—A hacerme caso a mí, el quintero o Juan lo hubiesen hecho todo y yo no estaría como estoy.

—Ya sabes cómo es Dolores. No hay que hacerle caso.

—Pero... fíjense cómo estoy... miren, miren...

Y cuando todos se paraban, él golpeaba el suelo con el pie, produciendo ese chas, chas, tan característico de la ropa mojada. En seguida apuraban la marcha.

Dolores quedó sola. Juzgaba la actitud de sus hermanos como una cosa corriente, de modo que, cuando les vió alejarse se encogió de hombros. "Se aburren —decíase— eso es todo". Pensó también en la argucia del complot formal y sutil en el cual tomaban parte todos los Fernández y Fernández. Ella misma había acariciado el oído de Doñarramona hablándole de su hermano. Era una fuerza que lanzaba a la familia en un mismo sentido: las palabras se pronunciaban con ese fin, se hacían las cosas con ese fin. Pero, así como confesaba su intervención influen-

ciada quizá por la corriente general, veía de lleno el ridículo, el plano de una moral estúpida donde se movían semejantes a los gusanos.

—Esto es una verdadera porquería — dijo en voz alta.

Metida en el agua hasta las rodillas subió a la chalana, y cual si se despidiese del asunto, agregó:

—Nada, es inútil; mi hermano es un bellaco.

Acomodó los remos y comenzó a marchar Al principio dió unas cuantas vueltas sobre el mismo sitio, porque no sabía remar; pero arrancó al fin, y andando a los tirones se fue contra la extremidad de un barranco. Esto, en vez de enojarla, la hizo reir. Festejaba su torpeza, y para sacar la canoa de donde la había encajado, le fue necesario meterse en el agua. En poco tiempo estuvo otra vez en medio del arroyo y en dos remadas iguales y casuales, que le pusieron muy contenta, recorrió un buen trecho.

De pronto un golpe seco la detuvo: un tronco de árbol corpulento, caído de orilla a orilla, le cerraba el paso. Sobre él, la resaca traída por la corriente formaba un pequeño salto. Un perro muerto, sin piel, podrido, lleno de buracos, boyaba entre un montón de inmundicias, y el agua corría, tranquila, transparente, deslizándose por los cuerpos fétidos, en una marcha serena, soltando, al echarse del tronco cargado de purulencias, una profusión de notas, despedidas como escamas, breves, agudas, que brillaban bajo la luz difusa de las barrancas.

Retrocedió entonces, avanzando hasta el recodo donde halló a un muchachote que sorprendido trataba de escapar de la quinta. Dolores le habló:

—Oye, ¿a dónde vas?..

Hizo la pregunta en un tono tan bondadoso que el pillete se detuvo y dijo rascándose en la nuca:

—¿Me deja? ¡Vaya! ¿Me deja?

Era un verdadero desarrapado, uno de esos muchachos que se pasan la vida por los campos, a pedradas con los nidos y robando fruta. Estaba descalzo y llevaba unos pantalones que le alcanzaban a la mitad de las piernas, gastados, descoloridos, con un rajón en el muslo izquierdo. Usaba un saco de hombre, deshilachado, y un sombrero de paño, sin forma, hundido en la cabeza, de modo que le echaba las orejas hacia adelante. Sobre sus espaldas sostenía una bolsa casi vacía.

—¿Que te deje... qué?

—Sí... ¡Vaya... déjeme!

—¿Pero qué?..

—Agarrar resaca para el fuego.

—¿Para ti?

—Sí; para llevar a mi casa.

—¿No compran carbón?..

El muchacho pensó un momento e hizo con la cabeza una señal negativa.

Ella lo miraba con visibles muestras de contento. Le agradaba trabar conversación con aquel pillete, que atento y socarrón la observaba, a su vez, guardando la distancia, ladino y experto, no convencido aún de que Dolores estuviera sola.

—Ven, acércate. ¿De dónde eres?

Él señaló con la cabeza el norte y contestó:

—De allá arriba.

—¡Vaya! ¡Qué noticia!.. — exclamó riendo. — Pero acércate... ¿me tienes miedo? ¿Soy tan fea?..

Entonces se movió titubeando. La idea de que pudieran tenderle un lazo, hacíale andar con cautela,

huroneando, cual si quisiese olfatear al enemigo. Ella lo comprendió y quiso animarlo.

—Mira, estoy sola. Además, yo no permitiría que nadie te hiciese daño. Ven...

Más resuelto ya, bajó hasta la orilla, quedándose allí, con los ojos fijos en el agua. Ella volvió a preguntar:

—¿Trabajas?..

—Sí.

—¿Juntando leñas?

—No; resaca.

—¡Ah!..

Le costaba trabajo hacerle soltar la lengua. Después de una pausa prosiguió:

—¿Te levantas muy temprano?

—¡Uf!..

—¿A qué hora?

—Cuando pasa el padre de Miguelito.

Dolores volvió a reir.

—¿Te gusta ir en bote?

Contestó con una señal de afirmación.

—Sube, entonces. Vamos a pasear.

Por primera vez la observó de frente, y por primera vez sintió el influjo moral de la miseria. La miró, se miró... y avergonzado, sin comprender lo que le pasaba, hizo unas cuantas muecas. Pero Dolores insistió:

—Vamos; te digo que subas. A ver, salta...

Acercó la embarcación a la orilla y él obedeció, como una máquina. Sin pensarlo, se encontró sentado en la popa, muy tieso, sin soltar la bolsa que mantenía siempre sobre sus espaldas.

Pero, la sonrisa bondadosa de Dolores, sus pregun-

tas y la marcada expresión de infantilidad que había en su voz, le devolvieron poco a poco su naturalidad

—¿Cómo te llamas?

—Roberto

—¿Sabes remar?

—Sí ¿Quiere que reme?

Y sin esperar la respuesta se paró en la extremidad de la chalana, trabajando con un solo remo que hundía en el agua, verticalmente, hasta afirmarlo en el fondo del arroyo Impulsada así, la chalana andaba más ligero, y torcía poco Dolores veía con alegría que el chico cambiaba No era ya aquel ser demasiado tímido y hasta tonto del primer momento Sus ademanes eran libres y tenía en su expresión, una sonrisa sana que se encendía a raíz del esfuerzo y le iluminaba el rostro Mirándolo mucho, también a ella se le ocurrio pensar, por la primera vez durante su vida, en los efectos distintos del desnivel social Le sorprendía la existencia de una persona semidesnuda, cubierta apenas por unas piltrafas mugrientas, que le colgaban por los muslos Obedeciendo a una representación íntima preguntó

—Oye, Roberto ¿No tienes más ropa que ésa?

Él, con la cabeza, hizo una señal negativa y ella volvió a preguntarle

—¿No sientes frío en invierno?

Entonces, Roberto, clavó sus ojos pardos en Dolores, y después de un breve silencio, contestó

—¡En invierno, sí hace frío!

Siguió a esto una conversación locuaz, ardiente, donde los dos parecían empeñados en un cambio de impresiones, diciendose cosas raras, insospechadas, como dos viajeros que, llegando de distintos extremos

de la tierra, se encontrasen de pronto en un camino solitario

Se habían detenido bajo la sombra de un peral, arraigado casi en el agua, destacando su ramaje obscuro y rígido entre dos sauces que caían desde lo alto en una onda tranquila Sólo se oía la voz de los pájaros, la canción perenne del arroyo, y de tarde en tarde, el balido córneo y ancho de la vaca

Ellos continuaban hablando, animados por una simpatía poderosa que les elevaba en la vida De pronto, Roberto, viendo unas peras en el árbol, exclamó, abriendo mucho los ojos

—¿Quiere peras?

—¿Adónde?

—Allí — Él señaló las ramas

—¿Podrás subir hasta la copa?

—Aunque fuera un eucalipto subiría

—Bueno, anda Tú las arrancas y yo las recojo

Roberto salto a tierra, y en unos manotones estuvo en la copa Tiro la primera fruta, pero mal dirigida cayó en el agua.

—¡Oh . se me escapó! — dijo Dolores apesadumbrada

—Después la agarro — replicó Roberto

Ella rió de buena gana

—¡Qué tonto! ¿Te tomarías ese trabajo? Allí hay muchas Tira las que quieras

Y empezaron a caer, unas sobre el piso de la chalana y otras sobre las faldas de Dolores

Arrojaba las peras contándolas, eligiendo las más maduras, recomendando a su nueva amiga las que creía mejores, cuando una voz, saliendo de un matorral cercano a las zanjas, gritó

—Ea, te pillé, gran bandido; ya te cacé Baja, baja,

que te arreglaré las cuentas, — y se oía el chasquido del látigo, castigando el vacío

Roberto comprendió en seguida que el terrible quintero le tenía a mano Cogido en el árbol, se asustó y acudió a ella, llamándola por su nombre

—¡Dolores!, ¡Dolores!, el viejo me quiere pegar.

Ésta se puso de pie, sobre la embarcación, y preguntó en voz alta

—¿Quién anda ahí?

Aún no había tenido tiempo de terminar la pregunta, cuando don Cecilio se hizo presente.

Tardó mucho en comprender lo que veía, como si se hallase ante un hecho sobrenatural. No obstante siguió amenazando

—¡Baja! ¡baja! verás cómo te zurro

—No, don Cecilio, no hay que tocar al muchacho yo lo mandé

—¡Ah! ¿Usted lo mandó?

Miró al chico refunfuñando, y se alejo unos pasos del árbol Luego, dirigiéndose a Dolores se detuvo al borde del barranco

—Mire, señorita Dolores, yo quiero avisarle para que sepa Ese bandido que está arriba del peral — y lo señalaba con el índice de la mano derecha — es un ladrón Usted no lo conoce No puedo tener un solo tomate bueno para ensalada

—¿Le roba los tomates?, don Cecilio — dijo Dolores, admirada y contenta de que fuese así. Y después agregó mirando hacia el árbol —No me parece que sea el

—Ya lo creo que es él — repuso el quintero —, pero ya sonriente y animado por una benevolencia que no era la suya — me roba los tomates y la fruta.

—¿Usted le vio bien?

—¡Jem! una vez lo cacé, pero se me escapó el condenado — Y comenzó a relatar minuciosamente Dolores le escuchó un momento, pero aburrida lo despidió con muy buenas maneras.

Transcurrió un tiempo durante el cual, ninguno de los dos profirió palabra. Ella esperaba, distinguiéndolo con dificultad, a través de las hojas, sentado sobre una rama corpulenta. Luego lo llamó.

—¡Roberto! — Nadie contestó El silencio de su amiguito, empezó a sorprenderla. Volvió a llamar. — ¡Oye, Roberto. . baja. Roberto!.. — Tampoco respondió, pero el ramaje se estremecía ahora, produciendo un ruido semejante al roce de dos cuerpos ásperos En seguida se le vió aparecer por el tronco.

Cuando le tuvo junto a sí, ella le dijo sonriente. — ¿Qué te pasaba? — Mas, él se obstinaba en callar, con la cabeza echada hacia adelante, tirando nerviosamente de las solapas de su saco

Dolores comprendió Rehizo la escena última, y la emoción de Roberto cruzó por sus sentidos como una nube de tristeza. No obstante sonrió y cogiendo una pera se la dió, diciendo

—Toma, mira qué madura! — Él la agarró, pero no la llevó a la boca.

Dolores temió incomodarlo y no dijo nada. Observándolo siempre, había tomado el remo izquierdo y lo hacía correr por la superficie del agua, levantando un arco de chispas. Luego dijo.

—¿Sabes una cosa?. yo no creo — Y, contra lo que esperaba, él se puso más encendido y dijo

—Es verdad.

—¿Es verdad?.. — preguntó Dolores haciendo un gracioso mohín de malicia. Y como viera que su

compañero permanecía serio, agregó: — bueno, que sea verdad. Yo soy la dueña y no te digo nada. ¿Has oído? No me importa eso Vamos... come... ¡qué ricas!. — Y el jugo reventó entre sus dientes clavados en la carne de la fruta

Entonces, él también comió. Indeciso, envuelto aún por el efecto de un choque íntimo, masticaba apenas, mirando a Dolores, mostrando en sus labios una sonrisa confusa y velada por el movimiento de la boca. Pero el sentido de la fruta, expansivo y salvaje, le llenó los ojos de luz. Mordía con avidez, hundiendo hasta las encías, experimentando un placer muscular por toda la dentadura parecía efectuarse una absorción de impulsos Se alejaron del peral y volvieron sobre los mismos sitios, siempre comiendo y conversando.

— ¿Y tú vienes todos los días por acá?.

—No.

—Y, ¿adónde vas, entonces?.

—Y.. a veces voy hasta el Casavalle... ¿Nunca fue usted?

—No. ¿Queda lejos?

Negó con la cabeza y dijo:

—Y siempre voy por aquí — Y señaló el arroyo.

—¿Vamos?

—¿Los dos?..

—Es claro. Salimos de mañana, tempranito.

—Pero . ¿los dos?

—¿Qué te extraña? ¿No podemos ir?..

Él dejó de mirarle y frunció el entrecejo. De pronto manifestó atemorizado

—¿Y si nos corren?..

Dolores soltó una carcajada.

—Y ¿por qué?..

Roberto, al verla así, tan alegre, sonrió, diciendo para justificar su temor:

—Por ahí no se puede pasar

—¿No hay caminos?

—Hay.

—Vamos por los caminos

—¿Por los caminos? — preguntó como si se tratase de una cosa nueva — ¿Nosotros dos?

—¿Por qué? ¿no quieres? .

—Sí quiero, quiero — contestó pensando en otra cosa

—Entonces, mañana, a las siete me vendrás a buscar Mira, en una cartera que tengo, llevaremos fruta, queso, pan y una botella de agua . ¿eh?

—¿Quiere que yo traiga higos? unas brevas así — y juntando las dos manos hizo un círculo con los dedos, muy admirado él mismo de que fuesen tan grandes

—¿Son negros? . ¡Ah! ¡si vieras cómo me gustan? .

Se separaron a las doce Amarraron la chalana en el lugar de costumbre y escalaron los barrancos opuestos que bordean el arroyo

Roberto fue el primero en subir Llevaba sobre sus espaldas la bolsa casi vacía, completamente olvidado del objeto que le había traído Cuando vio aparecer la cabeza de Dolores no pudo menos de gritarle

—¡Estoy aquí!

Ella soltó una carcajada semejante al canto del arroyo y agarrándose de las raíces que quedaban al descubierto y de las hierbas que crecían en la cima concluyó por escalar la pendiente Cuando estuvo en firme le dijo.

—Acuérdate bien. A las siete, ahí, donde está la chalana...

—Sí. . sí...

—Hasta mañana, Roberto

—Adiós.

Y empezaron a andar.

Ella marchaba lentamente, a paso derrengado, con sus pies desnudos, llevando los botines y las medias en una mano, las faldas recogidas y una expresión de entereza en su rostro cargado de sonrojos, cubierto por un fino sudor semejante a una pelusa líquida, orlado por la negrura del cabello rebelde

Había andado ya un buen trecho, cuando se volvió, con el brazo en alto, agitando el calzado como si fuera una bandera y gritó con toda fuerza.

—¡Adiós, Roberto! ..

Y Roberto invisible ya, le respondió de lejos Su voz infantil, aguda, llegaba como un eco expirante

—¡Dolores!

—¡Roberto! .

—¡Dolores! ..

Y así siguieron llamando sin verse. El vocablo sonoro, como una síntesis vital, eran bólidos de alegría que se cruzaban por el arbolado, arrasando el obstáculo, para perderse luego, asimilados por el murmullo general del paisaje

## XVI

Eran las dos de la tarde y todavía estaban ante la mesa del comedor, atolondrados a causa de una temperatura sofocante, acometidos por una soñera opaca, efecto de una comida excesiva, que los mantenía en el plano de las bestias.

La cocinera había hecho un cálculo exacto y a las doce tenía dispuesto el almuerzo, extraordinario, complejo, cuantioso como convenía a una fiesta dada para celebrar los veintinueve años de Alfonso Fernández y Fernández

Cuando Dolores volvía del arroyo salían en su busca.

—A prisa, muchacha — le gritó su hermano — ¿No ves que van a servir el almuerzo?..

En redor de la comida humeante Doñarramona se puso en pie y pidió al Señor que bendijera la comida. Todo se hizo con gran rapidez porque se suplicó en latín, para mejor.

Al principio hablaban mientras comían Dolores contó su aventura refiriendo el encuentro con Roberto, la escena del peral, la tenaz vigilancia del quintero y aquella despedida a grito Oían los demás, sonriendo al son de las palabras; pero cuando manifestó que, al día siguiente, se iría a campo atraviesa con su amiguito, sucio y haraposo, que le robaba los tomates a don Cecilio, se produjo un claro asombro

—¡Pero!.. ¿está usted en sus cabales? — le preguntó Doñarramona dejando de chupar un hueso de cerdo.

—¡Hombre! . te has enloquecido — dijo Amparo.

—¡Que papel! —agregó Concepción juntando las manos.

—¡Bah! ¡bah! — repuso Dolores — yo, no he venido a la quinta, para vivir en los cuartos No sé por qué encuentran feo que salga con un chico que apenas tiene doce años

Alfonso intervino, diciendo calmosamente, pero con gran aparato.

—Ahí está .. eso no es lo importante eso no es lo esencial —y recorrió con la vista el grupo que aprobaba con ademanes — lo esencial es lo siguiente· supuesto que salgas con ese gorrín .

Aquí Dolores le interrumpió violentamente

—¡No es ningún gorrín, che!.

Alfonso abrió la mano pidiendo espera y continuó·

—Oyeme y déjame hablar. Lo esencial, como decía — volvió a mirar en torno — lo esencial es lo siguiente· supuesto que salgas, ¿tú no ves que te pueden ver?..

—Pero ¿qué tiene que me vean?

—¡Ps! si no es que te vean... o tú, ¿no entiendes?

Dolores lo miró un instante y respondió.

—Mira, la verdad es que no entiendo.

La conversación hubiera terminado mal, con un enojo, a no mediar una buena ocurrencia de Doñarramona:

—¡Que haya paz! En un día como hoy no se debe pensar en cosas serias.

A poco se restableció el buen humor, y comentaron de nuevo el accidente de la mañana

—¡Ah! yo.. cuando veía que te ibas al agua — decía Amparo en un transporte de cariño repentino — se me hizo un nudo en la garganta

—Y yo . — continuaba Concepción — que no sabía qué hacer! . Pensaba ¡mire si se hubiese ahogado! .

—¡Ah! . no hay nada más fácil . — agregó el ama

—Ya lo creo — dijo Alfonso, repartiendo vino.

Dolores rio

—¿Pero cómo se hubiese ahogado si no hay ni un metro de agua?

A lo cual respondió Doñarramona

—No me diga usted, Dolores, cuando uno tiene que ahogarse, se ahoga.

—Es verdad — afirmó Alfonso Y en seguida contó que, en un arroyito de una cuarta de agua a lo sumo, encontraron un hombre muerto

Todo esto se dijo mientras comían los fiambres Ya a la sopa la conversación había languidecido El sonido de las palabras, fue sustraído por el ruido que producían las bocas llenas Se oía masticar y se oía ese ¡uff! de los que chupan los fideos Y así pasó todo el tiempo. Cuando más comían, menos hablaban Alguna que otra pregunta, alguien exclamaba· "esto es de chuparse los dedos". "Qué rico" "Casi me quemo". Expresiones así, giros del paladar que se manifestaban a escapadas, sofocados por una deglución continua

Al finalizar de la comida, atracados ya, Doñarra-

mona hizo presente un plato que ella misma había preparado

Con gran cuidado descubrió "As filloas"y todos aplaudieron.

—Tía Marina las hacía — dijo Dolores parándose para verlas más de cerca

—Sin mentirle a usted — manifestó Alfonso, con gran circunspección y encarándose con el ama — hace ocho años que no las pruebo

"As filloas" animaron la reunión como un vino generoso. Ahora mascaban y hablaban

Todos acudían al mismo plato, sirviéndose de a una por vez En seguida las arrollaban y cuando tenían la forma cilíndrica, sumergíanlas en los vasos llenos de vino tinto

Doñarramona sufrió una verdadera carga de elogios

—Nunca las he comido mejores, — afirmaba Concepción.

El ama explicó entonces cómo se hacían, asegurando que, de la habilidad para darles vuelta, estribaba el éxito

—Usted sabe hacer de todo, Doñarramona — dijo Amparo — Mire usted que esa camisa es muy difícil, encontrar una que se le iguale — Todas las miradas se dirigieron a la pechera bordada de Alfonso y la conversación pareció entonces adquirir un doble sentido

Duró poco el tema, pero, mientras hablaban de la camisa, nadie miró de frente Un mismo pensamiento los tomaba involuntariamente y el regalo del ama era sólo un pretexto

Cansados, entristecidos por una digestión difícil, fueron separándose Amparo, la primera en dejar la

mesa, bostezó, y entrando en el dormitorio, se acostó sobre una de las camas Y así fueron saliendo uno tras el otro Sólo quedó Alfonso

Tenía desabrochado el chaleco y la pretina del pantalón. Los párpados le caían pesadamente y después de un breve cabeceo se durmió, con la nuca apoyada sobre el respaldo de la silla.

Al abrir los ojos, a eso de las cuatro, buscó por las paredes un cuadro de Alfonso XIII, a caballo, que se exhibía bajo el gran reloj de su comedor en la calle 25 de Agosto Comprendiendo al fin, estiró los brazos y piernas, poniéndose rígido, mientras soltaba un gran bostezo En seguida se acarició la barba formando con ella, una comba hacia arriba, pasó repetidas veces la lengua por los bigotes, chupándose las guías inferiores con el propósito de definir los contornos De pie, se estiró todavía, parándose sobre los dedos y abriendo de nuevo la boca

Al entrar en el dormitorio de sus hermanas, encontró a Amparo, peinándose ante un espejo Ella fué la primera en hablar

—¿Dormiste?

—Sí, he pescado un poco ¿Y tú?.

—¡Quiá!.. ¡Quién duerme con este calor!. Vueltas para un lado, vueltas para el otro hasta que me aburrí de la cama. Después . ¿no oíste a un pájaro?

—No.

—¡Qué modo de chillar!.

Callaron un momento y cuando Alfonso iba a salir, Amparo lo detuvo.

—Oye, si quieres lavarte, lávate aquí porque aún no saqué tu palangana

Volvió entonces y sin esperar a que su hermana

terminase el tocado, tomó un peine y hundiéndolo en el agua, movióIo luego, bruscamente, sobre su cabello. Cuando le tocó mojarse la barba sacó el gemelo que cerraba el cuello. En seguida, tomando una toalla, empapó uno de sus extremos para frotarse con él el pescuezo, costumbre inveterada de los Fernández y Fernández, excepción hecha de Dolores, pues ésta era la única que se desnudaba para asearse el cuerpo Pero, como el cuello, aun sin gemelo, no le dejaba libertad para este lavado por parte, trató de desabrocharse el primer botón de la camisa, botón bastante grande, forrado, que hacía juego con el bordado de la pechera

Primero forcejeó en todo sentido, sin lograr sacarlo del ojal Se hizo de paciencia y siguió trabajando, pero se enardecía, poniéndose nervioso

Amparo quiso ayudarle, mas él no consintió

—Ya saldrá verás como sale — repetía con el rostro congestionado. Ella se acercó

—Así no; déjame a mí . .

—Te digo que me dejes a mí — replicó enfurecido. — ¿Crees que podrás más que yo? . — Y dale que dale, se le escaparon los músculos Un golpe seco y saltó el botón cayendo en la cama.

—Ahí tienes mira lo que has ganado — dijo Amparo

—Oye no me embromes, ¿eh? no me embromes... ¡hombre! . ¡Cómo hablas!

—Muy bonito . La otra trabaja como una burra para que tú lo deshagas en un minuto.

Aquí Alfonso pareció reflexionar y como se había desahogado, fastidióle haber desprendido el botón Lo buscó en la colcha de la cama y cuando lo tuvo, permaneció unos instantes, mirándolo en silencio.

Luego, encarándose con su hermana le dijo de golpe
—Oye, pegámelo . .
—Ahora, borriquín. . si me hubieses hecho caso, no habría pasado nada. Hay que hacerme caso, ¿entiendes? hay que hacerme caso . — y se alejó en busca de aguja e hilo.
La operación era un tanto difícil, sobre todo para Amparo. El botón había sido desprendido con un poco de tela y esto complicaba el asunto
Concepción recostada en una silla miraba hacer y dijo
—Lo mejor es dársela a ella misma para que lo arregle
—De ningún modo, — repuso Amparo — Una camisa nueva que éste ha roto por puro gusto . . ¡Qué diría! No no, ni decirle nada siquiera — Y buscaba afanosamente el medio que le permitiese disimular la rotura
Pero la suerte fue adversa· Doñarramona, entró sin que fuese posible ocultar la verdad
—¡Ay! ¿cómo ha sido eso? ¿Se rompió el botón?
—Con el fleco de la toalla, Doñarramona, con el fleco de la toalla — decía Amparo, sin mirarla, atendiendo a la costura
—Y ¿cómo?
—Yo me secaba la cara cuando éste entró Entonces, por jugar le pegué con la toalla El siguió caminando y yo tiré de ella sin ver que el fleco se había prendido de uno de sus botones
—¡Ave María!. . — exclamó el ama, acercándose — ¡qué tirón! . . pero se puede arreglar . ya lo creo, se puede arreglar . .
Alfonso, con la cabeza en alto, miraba hacia el

cielo raso. Era la primera vez que tenía al ama tan cerca suyo, y, por más que ésta no le tocaba, sentía que sus ojos le pesaban sobre el pecho.

Concepción salió del cuarto preguntando por Dolores.

—Debe de estar en la hamaca — contestó Amparo, dando las primeras puntadas, bajo la vigilante mirada de Doñarramona

Después de esto, siguió una escena muda, de gran fuerza, uno de esos silencios formidables que explotan con la acción

Era como para creer que en la dichosa camisa hubiese algo de diabólico

Amparo cavilaba Sentía lo que podríamos llamar la presencia del punto final En sus pensamientos se producía una armonía espontánea ni una idea discorde todo su interior parecía decirle ¡Ahora ahora! ."

Mas no se animaba todavía Estaba segura del éxito, pero, aunque el espíritu se afirme sobre una base de piedra, siempre persiste en su centro un vacío lleno de duda, que puede comprimirse pero nunca llega a desaparecer

Alfonso sofocado, miraba obstinadamente el mismo lugar. A su modo luchaba contra una avalancha cuya potencia no había experimentado jamás Hasta entonces, sólo había experimentado simples sofocaciones, arrebatos de verguenza, aprensiones de pudor, momentos de incomodidad, físicos, locales y, al final, una laxitud desesperante que le daba el aspecto de una flor marchita Pero estos instantes de inconsciencia duraban poco, pues trabajaba mucho y no era raro verlo a menudo, entre sus peones, ayudando a cargar y descargar las bordelesas.

Ahora, todo explotaba en él cual una pirotecnia del deseo. Chispeaban los recuerdos unidos como por una mecha de pólvora y veía lo que había visto, sin orden alguno, igual que un rompecabezas De pronto era un brazo desnudo, aislado, separado del cuerpo, semejante a ésos que se exhiben en los bazares ortopédicos; ya unas palabras, una máxima cristiana, el principio de un rezo, bien una pierna, desde el tobillo hasta el ruedo del calzón, cubierta por una media de color naranja, el roce ardiente de las rodillas bajo la mesa común, el chillido de los muelles de la cama, el olor de alcanfor que emerge de las arcas repletas de ropa blanca, los pechos ocultos por la fina tela de la camisa.

Doñarramona parecía tranquila observando con muestra de interés la marcha de la costura que, en realidad, no adelantaba gran cosa

No obstante, Amparo creyó descubrir que el ama no las tenía todas consigo Aunque aparentase seguir las evoluciones de la aguja, su mirada se detenía demasiado en la cartera de la camiseta, donde, como siempre, asomaba el negro y reluciente pelo del pecho.

Era el mismo efecto de la primera vez, aquél que le había hecho exclamar en un arranque de sinceridad "¡Cuánto pelo tiene usted en el pecho, Alfonso!"

A partir de ahí su vida sufrió la primera contradicción seria, y durante esa noche no pudo pegar los ojos "Mañana mismo, me confesaré, mañana mismo"

Fue lunes. Ella tenía señalado un viernes, pero la espera se le hacía imposible.

Era de mañana. En la iglesia no había nadie Sólo,

después de pasear un buen rato, encontró a un mucamo saliendo de la sacristía con un gran plumero al hombro. Ella se acercó de prisa

—Buenos días, si Dios quiere — dijo.

—Buenos... ¿qué deseáis?.. — Era un compatriota suyo

—Quisiera hablar con el padre Manfredi.

El Padre Manfredi, viejo ya, era un excelente hombre. Confesaba mascando tabaco y se enojaba con sus penitentes, al extremo de que sus retos, dichos en una mezcla de español e italiano, hacían temblar a las pobres muchachas Pero era sano, muy sano y se le quería sobre todo, por eso

—¿Con el Padre Manfredi? — preguntó el mucamo, alejándose — ¿y no sabéis que no viene hasta el viernes?.. — agregó, desapareciendo por entre el cortinado de una puerta

Iba a retirarse, pero se detuvo. ¡Hasta el viernes!.. No, no, era esperar demasiado. Volvió a pasear hasta encontrarse con un sacerdote alto y flaco, de piel curtida.

—¿Qué quieres, mi hijita?

—Buenos días, si Dios quiere, padre Yo soy Doñarramona Urquijo y venía a confesarme

El sacerdote mostró los dientes y le preguntó

—Dime... ¿y qué has hecho hoy para tener esos colorcitos tan pintones?

Doñarramona no entendió?

—¿Yo?

—Sí, tú . tienes una linda carita — y alargando el brazo le acarició el mentón.

Doñarramona no sabía qué pensar y siguió al cura que se dirigía al confesonario

—Vamos a ver. ¿Cuándo fué la última vez que te confesaste?

—El viernes

—¡Caracoles! De modo que ya hiciste alguna cosita, ¿eh? . ¿Cuándo fué?.. Cuenta, cuenta . ¿Quién es tu novio? .

Doñarramona contestó balbuceando

—Yo no tengo novio, padre

—¿Qué no tienes novio? . ¡Jem!, Jem! .. A otro perro con ese hueso.. ¿Y quién te hace las cosquillitas, entonces? .

El ama sintió rabia. Quizá el día antes no hubiese experimentado la humillación que ahora provocaban las palabras del cura Se levantó y le dijo impulsiva

—Es usted un libertino, señor cura, que Dios le perdone .. — Y salió de la iglesia como si huyera.

Esa fue la primera consecuencia producida por los pelos ensortijados de Alfonso. Desde entonces a acá, la influencia se había acentuado y pese a la terquedad de su defensa, Doñarramona, ante ellos, sufría desvanecimientos contundentes.

Amparo se decidió al fin. Quería jugarse la partida o ahora o nunca. La integridad de la familia y la felicidad de su hermano, dependían — según ella — del momento.

—¡Ay! . ¡qué mal me está saliendo esto! . ¡Psch! mire lo que acabo de hacer — Tironeaba del hilo que se había anudado — ¡Qué esperanza! yo no sé hacer como se debe . no no . estaré hasta la noche inútilmente — De pronto, aparentando incomodarse, se dirigió al ama. — A ver .. ¡por favor! Usted con dos puntaditas lo arregla todo . — y le daba la aguja.

—¡Yo! . — exclamó Doñarramona como si despertase de un sueño.

—Sí, líbreme usted de esto no acabaría nunca

Fue tan sugerente, que el ama no supo negar Hubiera deseado defenderse, protestar, probar que ella no había venido para eso, que no quería eso, pero una fuerza sutil convencía sus músculos.

Cuando pudo hablar, ya era tarde Se encontró en el sitio de Amparo, cosiendo Temblaban sus manos y un fuerte temor de rozar con sus dedos el pecho de Alfonso, la volvía torpe Echó las culpas al hilo

—¡Ave María! este hilo es un poco grueso — dijo serenándose, como si las palabras le sirviesen de escudo

—Tengo más fino si quiere

—Sería mejor pero no deje usted Aquí vendría bien un zurcidito

—¿En la pechera?

—Sí Después de puesto el botón, quedará tapado

Más dueña de sí, comenzó a coser, sin lograr dominar el temblor de sus manos

Entonces, Amparo, como quien no quiere la cosa, se asomó a una de las puertas y llamó

—Dolores — Esperó y volvió a llamar con más fuerza —. ¡Dolores!

—Están en la hamaca, señorita — respondió Magdalena, desde la cocina

—¿En la hamaca? — repuso Amparo, siempre en voz alta — ¿en la hamaca? . ¿Están en la hamaca? —y salió de la habitación alejándose, de prisa, como si corriera. Desde lejos se oía su voz, todavía.

—¡Dolores Concepción!

Doñarramona quiso seguirla, pero no le dió tiempo, ni siquiera para decirle "¡Ay! . . si usted se va,

yo también" Alfonso dudaba. Empezó a girar su cabeza, en alto, con la cara congestionada, los ojos muy abiertos buscando a su hermana en el cuarto Y como no la encontrara se sintió inquieto Decía para sí "Ya lo creo . se fue". Al volver a su posición, para permitir que continuasen cosiéndole la camisa, sus ojos se encontraron con los del ama Por primera vez se hicieron frente. Con las cejas enarcadas parecían exclamar· — ¡Oh!. Fue cuestión de segundos. Humilde, casi esquiva, ella interceptó con sus párpados la corriente visual y Alfonso tornó a mirar al techo

Pero perdían la línea moral como un borracho pierde su línea física. La ingenuidad vela siempre sobre estos actos con una prudencia demasiado sutil De ahí que, en emergencias semejantes, se llegue a pensar al revés sin que lo advirtamos, alcanzando convencimientos absurdos y aceptando valores falsos.

Alfonso habló

—¡Qué calor!

Dijo esto por cálculo, por disimular Temía al silencio y deseaba conversar, de cualquier cosa, a fin de que ella no supiese la verdad.

Doñarramona no contestó de inmediato. Su problema era más complejo. Hubiera querido dejar la aguja y escapar, mostrarse a la familia, estar entre todos, pero... ¿no era decirlo claramente? . ¿qué podrían creer?. En cambio ¡si se quedaba! Lo cierto es que ella estaba trabajando, cosiendo .

Nada podían recriminarle. Cuando logró hablar, tomó como pretexto la camisa

—¡Vaya .. cómo se ha roto esto!

—No lo hice adrede — contestó Alfonso —. No

podía desabrocharlo... me enfadé, y plim... saltó el botón.

—¡Oh!. pero entonces no fué con la toalla.

—¡Ya, ya! — dijo avergonzado, recordando la mentira de Amparo. Y después de una pausa breve, agregó. — Si callé, fue porque no lo hice adrede.

Hubiera deseado explicarse, dar a entender su poca suerte, la pena que le producía su propio acto, pero aun cuando no pudo decirlo, Doñarramona lo entendió Esta simple intención bastó para producir en ella, un soplo de dicha. Se sintió galanteada, como si él hubiese hecho a su oído, una formal declaración de amor.

—¡Ave María! No vaya usted a creer que esto me cuesta mucho trabajo

—¡Oh! . yo sé bien todo lo que usted vale

—En costura, es lo que hago mejor. las camisas

—Todos dicen que está muy bien hecha Yo nunca tuve una igual.

—¿Le dijeron a usted que le preparaba una camisa para su onomástico?

—No, no, ¡si la tenía delante y no sabía lo que era!..

Hablando se miraron varias veces Sólo que cuando los ojos comenzaban a decir la verdad, los párpados se cerraban cautelosos

Callaron un momento.

Durante los intervalos silenciosos la emoción común se hacía más profunda y absorbente

Doñarramona apenas movía la aguja Sus músculos se encaprichaban una cantidad de movimientos reflejos dislocaban su voluntad.

En su mente normal, tranquila, había caído un gran borrón No podía pensar. Deseaba ver, deseaba

saber, pero esto no pasaba de una simple intención, débil, indecisa, que se apagaba al pronunciarse. Vagamente comprendía que todo aquello que debía hacer, no podía hacerlo Le faltaba su índice, el regulador constante de su existencia

Alfonso cedía más visiblemente, porque sólo luchaba contra su timidez. No sufría retroceso alguno Entregado por completo a su necesidad, ella le movía como un guía experto Ahora observaba al ama sin recato Sus ojos seguían la curva del cuello, la pendiente del busto, el movimiento sugerente de los brazos. Estaba en ese estado de comparacion subconsciente que verifica el sexo, experimentaba esa sensación de contraste que oprime y entrega

Sintió un imperioso deseo de tocar al ama, de acariciarle la carne, de acercarse a ella

Sus manos se agazaparon bajo las mangas de la bata Doñarramona se encogió, tembló, mirando con fijeza el pecho de Alfonso. Luego fué cediendo lentamente Su cuerpo se hallaba dominado por una pereza invencible, pereza que le nublaba los sentidos, la hacía desfallecer como un narcótico

Pero ninguno de los dos hablaba a proposito de eso Perdidos ambos en el laberinto del deseo, no olvidaban, sin embargo, la camisa.

Cuando Doñarramona sintió que la acariciaba sufrio una última sacudida Estuvo a punto de echarse atrás, retirar las manos de Alfonso, pero no pudo levantar los brazos Sólo dijo con la voz apenas perceptible

—Este hilo es muy bueno . me costó cincuenta centésimos el metro.

—¡Ah . .sí! — repuso Alfonso

El sexo los acercaba con violencia. Ella hacía rato

que no cosía Estaba parada como una estúpida, soportando dócilmente la presión de las manos de Alfonso, que le recorrían todo el cuerpo, palpándola, buscándola, atrayéndola entre sus brazos

En un arranque, él inclinó su cara sobre el cuello descubierto del ama Pero en vez de besarla, la olfateó, hincándole su nariz, en la carne

Ella se sintió removida en las entrañas La barba de Alfonso le rozaba el pecho, el aliento la quemaba. Le acometió una ligera convulsión y quedó pálida, desencajada Exclamo quejándose

—¡Ay! ¡la bola, la bola me viene la bola!

Él se animó y dijo

—No es nada

Y completamente vencido, empujaba al ama hacia el lecho, repitiendo como un idiota

—No es nada, no es nada

Y todo ocurrió como si no ocurriera

Unas horas después, frente a frente, ante la mesa del comedor, se mostraron con la misma serenidad, igual que antes Y era que, a pesar del hecho, una simple camisa, un simple pretexto, velaba por la dignidad de los Fernández y Fernández y amparaba sobre todo, la rectitud inconfundible de Doñarramona

¡Alabado sea el Señor!

"Los últimos serán los primeros"

# SINE QUA NON

## I

Fue al final de una fiesta

Con bastante regularidad dedicábamos un día de cada mes para una excursión al aire libre

Nos reuníamos hasta cuarenta individuos, de ambos sexos, amigos, amigas, no faltando, a veces, matrimonios jóvenes, alegres aún, que nos acompañaban de buen corazón

Desde que dejamos las últimas casas de la ciudad, empezamos a experimentar ese placer casi físico que se siente a la vista del campo

Ese día, el tiempo se mostraba como un verdadero camarada.

Todo el encanto de la mañana estaba sobre el horizonte cargado de oro y la luz corría como desbordando por la comba del cielo cruzado por nubecillas que se crispaban de rojo.

Nada más admirable para un hombre de la ciudad que este espectáculo del sol

Por un momento todos marchamos silenciosos, sin orden, amontonados, y por un momento nos detuvimos frente a la luz

—¡Qué hermoso! — exclamó una voz de mujer. Nadie repuso una palabra

Seguimos andando, pero, un instante después, cuando el sol mostró su superficie vidriada e inquieta,

la alegría se apoderó de nosotros, una alegría ruidosa, muscular, que se manifestaba en gritos y carcajadas.

Llegamos a las ocho Era una quinta que, además del terreno dedicado a la labranza, poseía una extensión considerable de campo libre

Nos cambiamos de ropa y el grupo se dispersó. En poco tiempo, sólo quedamos en la casa, un viejo y yo. Se llamaba Juan, hacía el oficio de mayordomo y cantaba canciones tristes al final de las comidas

—¡Cómo, tú aquí! —dijo, fingiendo sorpresa.

Respondí sin entender

—¿Y no sabía usted que yo había venido?

El viejo me guiñó un ojo.

—¿Sí eh? ¿Y Rosita?

Le miré más extrañado aún

Rosita era una compañera nuestra, de unos veinticinco años de edad, rubia, elástica, espiritual, gran jugadora al tenis y excelente compañera de mesa

Simpatizábamos mucho los dos, pero era la nuestra esa simple simpatía del camarada, que nace en el bullicio y muere en él.

—¿Y por qué me pregunta eso? — respondí

—¡Anda, hipócrita! —repuso el anciano, burlón. — ¿De modo que no sabes nada? ¿Acaso no se nota? ¡Si ella no te saca los ojos de encima y tú te pones bobo!

—No, no, usted está equivocado, don Juan

—¡Equivocado, no!.. — y se alejó sonriendo.

Yo quedé desconcertado y salí a mi vez, buscando con la vista en distintas direcciones sin preferir ninguna.

Se jugaba al tenis, a las bochas, al *cricket;* se tiraba al blanco, se divertían en las hamacas.

Me acerqué a un grupo que merendaba debajo de un árbol.

Me ofrecieron fruta y pregunté por un compañero

—Está en el Tiro — me respondieron

Me fui hacia él. El *stand* distaba unos doscientos metros.

Tardé más de cinco minutos en llegar. Me detenía a menudo. El cielo estaba resplandeciente y un fuerte olor a heno soplaba de las chacras vecinas.

—¿Eh? ¿qué haces? ¿No tiras?

—No. ¿Qué tal?

—Mal, mal... estoy haciendo un papel feo No he colocado más que uno

Estuve un rato observando hasta que me aburrí

—¿Te vas ya?

—Sí, hasta luego.

Había andado unos pasos, cuando me hablaron de nuevo.

—¡Eh!.. mira .. te buscaban

Me volví diciendo

—¿Quién?

—Los muchachos. Rosita me preguntó si no habías venido por acá.

—¿No sabes dónde fueron?

—No. Hablaban de una quinta. . No sé ..

Seguí caminando, malhumorado, fastidiado conmigo mismo Se me antojaba que ese día yo no estaba para fiestas Empezaba por llegar tarde y quedaba aislado en medio de tanta gente que se divertía .

Anduve vagando toda la mañana, recorriendo las canchas, viendo a unos y a otros Por fin, llegué a la cocina.

El aroma penetrante de los condimentos y el olor de la carne asada, apestaban de lejos.

Me acerqué a la puerta y miré
Dentro estaba Juan, arremangado, sudoroso. Cuatro hombres le ayudaban en la tarea
Al verme sonrió:
—Espera; no entres: saldrás oliendo a ajo
Cuando estuvo junto a mí, agregó:
—¿Y... hay apetito?..
—Ya lo creo. ¡Con estos aires!..
—¿Qué tal el paseo?.
—¿Qué paseo?..
—¿Cómo? ¿No fuiste a la quinta?
Disimulé como pude.
—¿A qué quinta?
Después de una pausa, el viejo respondió:
—Por aquí te anduvieron buscando: yo creí que habías ido con ellos.
No pude evitar que una sonrisa de satisfacción recogiera mis labios y dije, tocando al anciano en el hombro:
—¿Trajeron buen vino?
En este momento, un grupo formado por hombres y mujeres apareció por un costado de la casa.
—¡Eh!.. ¡remolón!.. ¿Dónde estaba usted?
Era Rosa que volvía La miré como si por primera vez la viese. Estaba hermosa.
Llevaba puesto el traje de tenis y su gran cabellera de oro, suelta, alborotada, le cubría la espalda, brincando, al menor movimiento. Cubría su cabeza con un sombrero de paja, de alas anchas, sujeto bajo la barba por una cintilla celeste
Presentaba el rostro sonrosado, jadeante; pero sin fatiga, animado por una extraordinaria claridad.
Con su brazo izquierdo completamente combado, sostenía un brazado de rosas que oprimía contra su

pecho. Y sus ojos, azules como el mar, se tornaban inciertos, bajo la reflexión enervante de las flores. Estaba hermosa.

Le hablé con cierto embarazo·

—Yo no salí de aquí.

—Pues no sabe usted lo que se ha perdido No he visto nada tan lindo como la quinta de Alfaro. Esto es una muestra . — y me indicó con la vista el enorme ramo que le cubría el pecho.

—¡Están bien las flores' — le dije con dulzura

Ella se alejó sonriente, algo aturdida; pero se volvió para arrojarme una rosa

—Para usted, charlatán

Fue un instante de gran emoción ¡pocas veces en mi vida he recibido tanto bien de una mujer'.

Me invadió una gran vaguedad y pensaba en ella como si soñara ¿Estaba enamorado? ¿Estaba enamorado? ¿Desde cuándo?

Anduve caminando, a paso lento, disimulando todo lo que me era posible el ensueño que se tejía entre los dos.

A la hora del almuerzo, después de algunos rodeos entré al salón

Era una baraúnda, un vocerío estrepitoso, una verdadera multitud de conversaciones a gritos que se interceptaban, se confundían como en una red descompuesta.

Contra lo que esperaba, aquello me disgustó me resultaba chabacano, sin sentido: evidentemente, no estaba para fiestas.

Cuando llamaron a la mesa, no obstante el desorden y la algarabía, yo me hallé sentado frente a Rosa. El viejo Juan, que en esos momentos pasaba

con una gran fuente llena de comida, me guiñó un ojo, maliciosamente.

Nuestro amor avanzaba, pero avanzaba de un modo desconcertante, sin dar tregua, de sorpresa en sorpresa Y en los claros breves que presentaba este embeleso casi continuo, decía como cuchicheando conmigo mismo "No; esto no es posible, esto no debe ser verdad".

Pero sus ojos azules volvían, vehementes, dolorosos, despertando en mí, todo lo bueno que tengo y que no doy, todo lo hermoso que pienso y que no digo.

Y en las postrimerías de aquel banquete, cuando ya asomaban las canciones inspiradas por la satisfacción y el vino, yo mondé una naranja y se la entregué

Ella parecía esperarla. Y luego mientras la gustaba, oprimiendo la fruta en su boca, me miró un instante prolongado, como diciéndome "Muchas gracias ¡Cuánto le agradezco a usted! ¡Qué dulce, pero qué dulce es la naranja!"

## II

Eran ya pasadas las tres de la tarde, cuando salimos para una correría. Habíamos proyectado llegar a un pequeño bosque de sauces que se mostraba desde una loma, como una cabellera desgreñada. Por eso, a fin de estar ágiles, el almuerzo se había servido a las once.

Formábamos el conjunto más cómico y ridículo. Íbamos como disfrazados La mayoría de los varones llevaban los rostros desfigurados con afeites groseros, de fabricación casera y se cubrían la cabeza con bonetes de papel, no faltando quienes habían logrado conseguir el sombrero de sus compañeras, lo que les daba un carácter más grotesco aún

Adelante marchaba el tipo más chusco, de gran galera alta y culero prendido a la cintura. Iba montado sobre un asno, muy pequeño, muy bellaco, que se paraba de continuo, empacándose, aferrándose al terreno con una obstinación increíble Lo tiraban por la cabeza, le empujaban por las ancas, pero inútilmente Podían cambiarlo de lugar como a un mueble, pero no conseguían hacerlo caminar. Sólo cuando a él se le ocurría, aburrido quizá de tantos gritos y estrujones, daba unos cuantos pasos y vuelta a empezar Y todo entre bromas, carcajadas y burlas, en las que tomaban parte activa las mujeres

Yo también, poseído momentáneamente por aquel

espíritu de la risa, anduve un buen trecho confundido entre la comitiva del asno. Pero después, me fui entregando al recuerdo de la mañana dócilmente, volviendo a mí como si una música me subyugara desde adentro.

Habíamos andado cerca de un kilómetro cuando la casualidad nos reunió, ya en el bosque, en el momento de atravesar un arroyo que lo cortaba por su lado sur.

—¡Ay! . ¡nadie me ayuda!

Corrimos dos, pero yo llegué primero Ella me alargó la mano, presurosa, alegre como una chiquilla y trepamos por la pendiente.

Después dijo en un tono de broma

—Ahora que no lo necesito puede irse.

Repuse con la misma intención.

—Aun cuando me echara usted no me iría

Rosa soltó la risa y dijo al fin·

—¡Tiene gracia! . .

El tiempo cambiaba insensiblemente Hacia el mediodía, una inmensa nube, prolongada y maciza, llegó de la lejanía, navegó sobre el paisaje, se aglomeró, se abrió y concluyó por extenderse como una cadena de montañas blancas

Hasta entonces, nadie se había inquietado. Sin embargo, cuando las crestas de las nubes comenzaron a confundirse en un mismo tinte obscuro, muchos pensaron en la retirada.

Nos reunimos bajo los sauces y deliberamos. La mayoría, confiada, decidió proseguir la fiesta. El cielo mantenía aún, en casi toda su extensión, el esplendor de la mañana. Además, en el horizonte amenazante se produjo un movimiento repentino: se abrieron

grandes claros, enormes buracos que llegaron hasta el fondo azul.

Volvimos a dispersarnos en pequeños grupos.

Rosa y yo, pasamos por un instante de verdadera confusión. Era como una rozadura moral que nos obligaba a volver la vista hacia los demás, pero, al mismo tiempo, algo más poderoso y exigente nos mantenía solos. Al cabo le pregunté en voz baja·

—¿Vamos hasta la línea férrea?

—¿Hasta allá?.. ¡tan lejos!..

—¡Oh!.. habrá tres cuadras a lo sumo.

Ella pareció medir la distancia y dijo de prisa, poniéndose a andar:

—Pero volveremos en seguida.

Este episodio, tan simple y vulgar, tuvo para mí un alcance grandioso.

Empiezo por decir que me sentí cambiado, como tocado por una de esas varitas milagrosas que aparecen en los cuentos viejos

El que no haya experimentado este florecimiento, esta inspiración suprema de la vida, ante la cual los enigmas caen, y se corre el infinito, no podrá jamás explicarse el sentido íntimo de la belleza

Andábamos a paso perdido y tardamos bastante tiempo en alcanzar la línea del ferrocarril, que pasaba rozando la copa de los árboles. Y allí, sentados sobre los extremos de un durmiente y mirando hacia las colinas lejanas, Rosa dijo con una voz que parecía un susurro·

—Es un sueño es un sueño — y después de una pausa, volviéndose hacia mí con la cara llena de sonrojos, añadió. — No comprendo nada de todo esto .. siento una gran alegría y nada más...

Yo continué hablando, exaltado, dominado por

una nerviosidad aprensiva. Cada vez que la miraba, un nuevo pensamiento caldeaba mi mente, una nueva fuerza templaba mi ánimo. El amor me colocaba en el plano donde no existen los imposibles

Ella escuchaba inmóvil. Mis palabras parecían hacerle el efecto de una descripción maravillosa Sólo de cuando en cuando, levantaba su cabeza para mirarme, con los ojos ávidos. Tenía en su rostro una expresión de inquietud y hacía visibles esfuerzos de atención, como si pretendiera reconocer en mí alguna imagen perdida en su cerebro

De pronto, un hecho inesperado nos dejó aturdidos por breves instantes

Un viento huracanado sopló en la campiña, una obscuridad densa corrió por el cielo como si la noche nos tragara de golpe Fue cuestión de segundos Llegué a oír algunos gritos, voces de los compañeros que llamaban . después todo fue una confusión espantosa.

Confieso que el pánico me paralizo Aquello era un báratro, una manifestación sublime de la fuerza, arrancando de las praderas quejidos bárbaros, rabiosos, que cimbraban como corrientes de odio Y sobre este estrépito colosal se movía un cielo mudo, deshecho, con vetas siniestras y grandes manchones negros que corrían en tumulto.

No obstante oí pronunciar mi nombre Rosa se había movido hacia mí agarrándome por uno de los brazos Una gran palidez hacía resaltar sus órbitas y los ojos me interrogaban inútilmente

—No es nada — dije — esto pasa pronto — Me bastó sentirla a mi lado para que la atonía del primer momento desapareciese de golpe

Entonces traté de buscar un refugio La violencia

del ciclón era tan intensa, que amenazaba arrojarnos de la vía férrea. Miré en torno Todo era hostil. El bosque de sauces silbaba

Sin embargo creí conveniente bajar hasta él, siguiendo el cauce del arroyo. Allí estaríamos más seguros que en el terraplén, donde era imposible mantenerse en pie.

—Vamos... bajemos por aquí ..

Descendimos la pendiente unidos de la mano. Rosa había perdido el sombrero y su gran cabellera de oro, suelta, flotaba como una llamarada en la semiobscuridad del ambiente.

El arroyo estaba sediento. Era un zanjón hosco, lleno de cortaduras, abierto entre peñascos, con un lecho ancho y arenoso Sobre nuestras cabezas, los sauces se sacudían como trapos.

—¡Ahí!, sentémonos allí

Habíamos encontrado un refugio, una entrada del terreno sobre una de las paredes, donde nos acurrucamos, al mismo tiempo que se oía el ruido de la lluvia que castigaba con rudeza, impulsada en el torbellino.

—Aquí se está mejor — dijo Rosa con una expresión más tranquila —. ¡Qué manera de llover! . ¿No oye? .

Iba a responder, pero mis ojos se encontraron con los suyos y una misma emoción nos detuvo, indecisos, vehementes, como dos alas trémulas. Yo oprimí una de sus manos, la mano que el miedo había puesto entre las mías y la llevé a mis labios Ella tembló, trató de separarse de mí, pero no pudo. Entonces dijo en tono de súplica "¡Vamonos .. vámonos!.."

¡Ah! . siempre recordaré esa hora de mi vida. Nunca jamás fui tan grande, jamás ascendí tan alto

No había un punto en mi cuerpo que no fuese puro. Me invadió una energía desconocida, un calor heroico que me adueñó del mundo. Todos los obstáculos de la existencia me parecieron despreciables y ridículos. Me convencí de que no había distancia que no recorriese, obra que no cumpliera, esfuerzo que no intentase. Toda la bondad y toda la belleza estaban conmigo

Rosa repitió débilmente:

—¡Vámonos! . — y añadió dominada por la inquietud: — ¡No debemos quedarnos!

Pero ardía en los dos el mismo fuego, formábamos una sola llama

Lentamente abandonó su cabeza sobre uno de mis hombros, cayeron sus párpados y quedó, cual si durmiera, con el rostro iluminado por la dicha. Yo sostenía su cabecita, envolviéndola con mis brazos, con mis manos, padeciendo la ilusión de que, a la menor violencia, se me quebraría sobre el pecho. Y le hablaba junto al oído, refiriéndole mi amor, mi fe en el mañana, mi creencia en la vida, todo en voz baja, apenas perceptible, como si le contara un secreto. Y ella exclamaba, sin abrir los ojos

—¡Qué alegría!.. ¡qué alegría!.

Nuestras bocas se plegaron en un beso interminable, silencioso. Largo rato estuvimos así. Los corazones empezaron a llamar desde cada pecho, latido a latido Y bajo el vendabal rudo, nuestros cuerpos se poseyeron en una entrega suprema. Después, sólo un instante después, ocurrió algo insospechado y desgarrante. Nos miramos desconcertados y yo, sin saber por qué, me alejé unos pasos.

El temporal había amainado, pero llovía aún, una lluvia fina que caía con violencia. Por el lecho del

arroyo corría ahora el agua y a través de algunas nubes deshilachadas, se mostraba el cielo.

Yo miraba con indiferencia, sumido en un estado de idiotez, cuando sufrí una sacudida nerviosa. Oculto entre el ramaje de los sauces, un avechucho soltó un grito estridente, que me hizo el efecto de una burla despiadada.

—¡U. . ásjajá'.. ¡u . ásjajá!

Era un canto sarcástico, cínico. Una rabia súbita enardeció mi cuerpo extenuado Lo busqué con la vista a tenerlo a mi alcance, lo hubiera aplastado como a un sapo.

Luego volví hacia Rosa Estaba en el mismo sitio, inmóvil, con la cara cubierta por las manos. Al acercarme oí que lloraba.

Me detuve sin saber qué decirle y esperé un momento. Comprendí: pensé que pasaba por un trance amargo, semejante al mío, quizá. Al cabo, con gran trabajo, logré decir

—No llores. . — Pero el dolor la ahogaba y continuó llorando Entonces insistí —No llores, Rosa... todo se arregla . Vámonos Ya no llueve ..

Se levantó como movida por un impulso y preguntóme.

—¿Por dónde?

—Por aquí.

Tratamos de salir del arroyo por una cortada; pero patinamos sobre el barro. Fue necesario retroceder, buscar otras salidas A cada fracaso aumentaba mi mal humor y renegaba como un energúmeno En cambio, ella me seguía, callada, obedeciendo mis indicaciones, ajena por completo a las incidencias de

nuestra marcha. Por fin, agarrándonos por unas raíces conseguimos escalar el barranco.

Cuando caminábamos sobre el césped, le vi un gran manchón de barro en su pollera de tenis y se lo hice notar.

Ella, después de mirarse, hizo un gesto doloroso de indiferencia. En seguida me preguntó con la voz silbada y mostrándome la cara.

—¿Se me conoce que he llorado? .

—Algo. No te restregues los ojos

Y seguimos andando, alejados, silenciosos, cada uno con su muerto al hombro, perseguidos de cerca por el canto del avechucho·

—¡U . ásjajá! ¡u... ásjajá! .

# EN EL PRADO

Una tarde de agosto, fría y seca, paseaba por el Prado Acababa de dejar el puente y me dirigía por la avenida, a paso lento, perdido, sintiendo una tranquilidad confortable que me hacía feliz

Ya frente a los pabellones, me llamó la atención un transeúnte que venía por la misma acera. Era un hombre alto, fuerte, vestido con corrección. Un automóvil le seguía a corta distancia.

"¡Calla!.. si es Fortuny, mi amigo, es decir, mi ex amigo, mi antiguo compañero de estudios!", me dije.

Pareció reconocerme, pero dudaba. Nos contemplamos un instante y luego, Fortuny, levantando sus manoplas al cielo, exclamó:

—Pero... ¿y eres tú?

Nos dimos un abrazo formidable

—Nunca lo hubiera soñado, —decía movido por una reaparición espontánea de nuestra vida pasada

Me soltó para mirarme — ¡Pero si estás lo mismo!.. Mira que no haberte reconocido en seguida... No has cambiado, no has cambiado..

—En cambio tú estás hecho un Hércules

—¿Un Hércules?.. ¡Ja. . Ja!.. Un Hércules que tiene afectado un pulmón

—¡Tú! No creo...

—¡Eh!.. ¿no crees? . Pero no hablemos de esto ahora... Vaya... acompáñame. Es un trayecto que hago cuatro veces en la semana... por prescripción

de la ciencia Me bajo del coche a la entrada del Prado y sigo a pie hasta el casino Allí siempre bebo algo.

Nos tomamos del brazo y empezamos a andar hacia el hotel. Pero él caminaba de prisa me llevaba a remolque.

—¿Por qué te apuras tanto? — pregunté —. ¿Tienes algún asunto?

—No, no . es que lo hago sin darme cuenta Es una costumbre en mí, una costumbre que se traduce en el menor acto. Como de prisa, bebo de prisa, vivo de prisa. El tiempo me asedia de tal modo que, aun cuando no tenga nada que hacer, no puedo desprenderme de esta rara sensación de vencimiento o plazo fijo

—Pero .. ¿y qué haces, a qué te dedicas?

—Gano dinero.

—¿Tú?.. ¿Y todo aquello?..

—¿No sabes que me casé?

—Sí, lo supe.

—Tengo ocho hijos

—¡Qué bárbaro!..

—Convenido. Es el caso vulgar de todos los que tienen muchos hijos. Pero ¡canastos! No te imaginas el cambio que ha sufrido mi vida Yo mismo dudo, yo mismo .

—Parece que te quejas.

—¡Mi temperamento!.. ¿Recuerdas aquella timidez de la que tanto se burlaban mis compañeros?

—Es lo primero que veo al acordarme de ti tu timidez.

—Era, en realidad, un exceso de precaución, ahora lo entiendo claramente

—¿Y la escultura?

—La escultura se fue con mi timidez. ¡Ja, ja, ja! Siempre que me pasaba muchas horas en el taller mi padre decía: "éste con sus romanticismos fracasará cada vez que intente algo" ¡Ja, ja! ¡Si me viera ahora!..

—¿Sabes que empiezo a desconocerte?

—No lo dudo.

—¡Vaya!. Estás agriado Algún contraste rudo, quizá...

—Te digo que no En el desenvolvimiento simple y sencillo de una familia no existen contrariedades capaces de volcar un temperamento Yo cambié con naturalidad, la misma naturalidad con la que se gesta un hogar

—¡Bah! no hay mucha diferencia

—Te equivocas Cuando el hecho surge de golpe, presentándose ante la conciencia como una cosa externa, entonces, ella, resiste o se entrega, pero cuando la naturalidad comienza a filtrar en nuestras vidas una cantidad de detalles insospechables, que pasan ocultos, inadvertidos, las transformaciones se efectúan sin lucha Recuerdo que una vez fui artista.

—Es verdad Siempre creí en tu gran porvenir Aquella mano fue una revelación.

—¿La recuerdas? Era una mano crispada. ¡Cuántas promesas! Hoy no siento nada Haría vulgaridades

—Pero vamos, explícate ¿Cómo es posible todo esto?

—Los hijos Yo me casé con las manos vacías Todo iba bien; pero la llegada de nuestro primer hijo, trajo consigo la primera turbación seria Fue como si la vida se me presentase de golpe y me dijera "soy un conjunto de necesidades hay que llenarme, hay que darme. De lo contrario no confíes en mí".

Esto era crudo, además de inexorable. Cada vez que veía a mi criatura, sobre todo si la hallaba dormida, oía con una intensidad demasiado viva.

"Juan: este ser depende de ti". "Juan, tú no tienes nada, eres un desposeído". "Juan; si tú te enfermaras, tu gente tendría que recurrir a las amistades, a la benevolencia, a la caridad" Desde entonces empecé a sufrir una tiranía inclemente. Es cierto que yo calculaba, quería teorizar con la suerte de mi hijo Me decía: "Yo, sólo estoy obligado a prepararlo, a desarrollar sus aptitudes y luego que se arregle" Pero eran mentiras, bien lo veía, mentiras. Estos pensamientos estaban huecos, no me libraban de esa impresión acre, intransigente, no me quitaban la visión borrosa del día que llega, de la comida que hay que preparar. Y empecé a buscar dinero. ¡Ah!.. esa primera búsqueda, esos instantes corrosivos, semejantes para mí, a las primeras copas de alcohol, a las primeras humadas de cigarro. Delante de la víctima me sentía avergonzado y perdí muchos negocios precisamente por eso, por vacilar. Por supuesto que me dediqué al negocio por excelencia, al negocio puro. Alguien más reposado que yo, hubiera elegido una empresa más firme. Pero para constituirse con firmeza, era necesario mucho tiempo y esto me desconcertaba. Sentía premura, ansiedad por el oro. Y cuando volvía a casa, después de haber logrado una ganancia regular, decía para mi coleto, junto a mis seres queridos.

Hoy hice un buen día. Durante un mes, por lo menos, ni el hambre ni el ridículo, llamarán a la puerta. Pero un mes, nada más . después... ¡quién sabe!..

El nacimiento de mi segundo hijo, decidióme, por completo. Fue entonces cuando aproveché todas las

ventajas de la ley. ¡Ah!.. no hay nada comparable a la ley!..

Presté quinientos pesos — todo lo que tenía — sobre una finca. Las amortizaciones eran severas, como convenía a un asunto tan serio. Cumple el individuo con los dos primeros vencimientos, pero al tercero no aparece. Y ahí está, en este trance cimenté mi fortuna Pero, no podía dormir, créelo, ¡no podía dormir!.

Por una parte veía mi porvenir asegurado el porvenir de los míos ¿entiendes? La casa valía dos mil setecientos pesos y yo encontré con ellos el caudal que poseo hoy Era una alegría Sólo que, no podía olvidarme de la víctima.

Ésta se entrevistó varias veces conmigo Una noche al llegar a mi casa, lo hallé en mi escritorio esperándome. Hablamos más de dos horas, más bien dicho, habló él. Yo no hacía más que negar. A cada argumento suyo, contestaba, "no" Estaba convencido de que en cuanto hablase le entregaba la casa, porque era suya Quiero que notes esto: yo no me creía con derecho a ella. Sé perfectamente que el oro no es elástico y que por lo tanto, todo individuo enriquecido presupone varios en la miseria. Por momentos, cuando mi víctima estaba a punto de convencerme, yo soltaba este estribillo: "la ley es terminante, la ley es terminante . "

Ja, ja, ja,... la ley es terminante... ¡jamás supe lo que quise decir con eso. Por último mi hombre, bajando la voz, concluyó.

—"Señor, soy casado. Si usted me deja sin la casa le quita a mis tres hijos todo lo que tienen"

¡Ah!.. entonces sentí un extraño acceso de rabia. Le observé de firme y exclamé: "¡Qué me viene usted

con esas! ¡Yo también tengo hijos! " Transcurrió un instante verdaderamente terrible Los dos nos miramos con fiereza y por poco nos saltamos al cuello Después sin decir palabra se marchó No lo he vuelto a ver más

—¡Fuiste un canalla, Fortuny!

Él no contestó Nos habíamos soltado el brazo y anduvimos mucho rato sin hablarnos Algo incómodo pesaba sobre nuestra amistad. Por fin en el hotel, Fortuny volvió a hablar, sentados ambos ante la mesa servida

—Después todo marchó sobre carriles A más hijos, más dinero A fuerza de dedicarme a esto, todo lo demás ha desaparecido para mí Ahora dicen que tengo enfermo un pulmón casi me divierte

Volvió a callar y después de comer un *sandwich* me preguntó

—Y tú, ¿qué haces?, ¿de qué vives? .

—¿Yo? trabajo dos horas por día y gano unos cuarenta pesos por mes

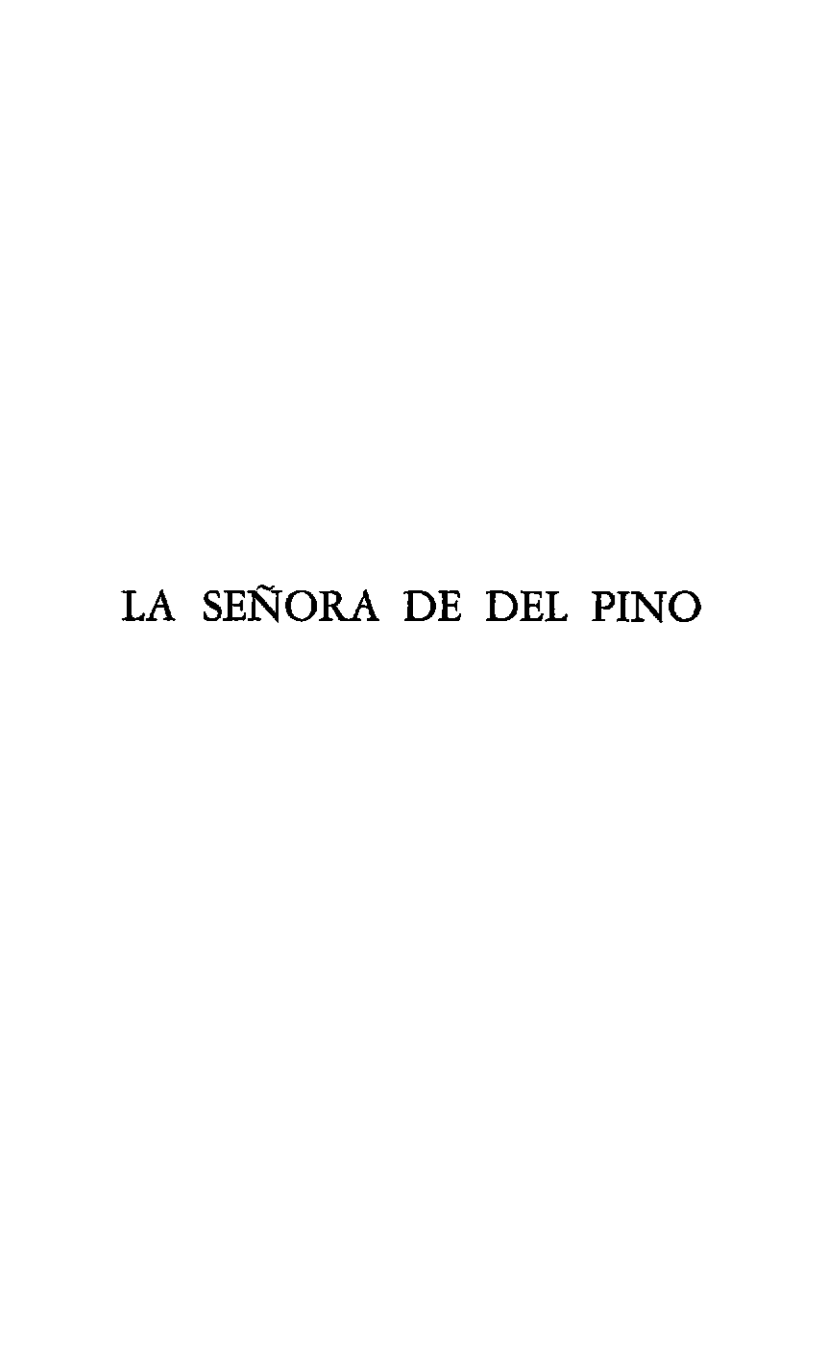
—¡Cuarenta pesos! .

—Y el resto del día lo dedico a pasear, a caminar Me gustan mucho las carreteras, los árboles

—¿Y vives?

—Vaya si vivo ¡Vivo! . .

Fortuny se iba a llevar otro *sandwich* a la boca; pero se detuvo Clavó su mirada en mí, y largo rato me estuvo observando sin pestañear Su expresión de insensible, aquella cara donde la crudeza había estirado los músculos, se dulcificó Y un pensamiento oscuro pasó en el iris claro de sus ojos



# LA SEÑORA DE DEL PINO

Llegué a la ciudad de X, un domingo a las siete de la noche En ese momento, mi amigo, confundido entre una multitud de personas, recorría el andén mientras observaba el interior de los vagones.

Se llamaba Julio Serrano. Frisaba en los treinta y dos años. Era alto, fornido, de juicio recto y muy animoso.

Habíase graduado en Medicina a los veintisiete años. Médico al fin, resolvió establecer su consultorio en uno de los pueblos cercanos a la capital, donde casó un año más tarde, con la hija de un rico negociante, hermosa mujer, que lo mostraba con orgullo en los salones, cual si hubiese hecho una adquisición rara y costosa.

Poseía, Julio, en extremo, ese don que tienen algunos hombres, de agradar al primer golpe de vista Su gran cultura le permitía colocarse en un plano de inferioridad intencionada, cosa que le había valido la sonrisa de las mujeres y la confianza de los hombres

Se hizo médico de moda, se hizo ese ser necesario, enigmático, que penetra en las alcobas suntuosas, lento y desdeñoso. Y aun cuando él me asegurara en sus cartas que en el transcurso de tres años, sólo había hecho tres curas, sus triunfos comenzaban a celebrarse en la capital

Me dirigí a él, llamándole, y como sucede generalmente en esos casos, sólo me vió cuando le tuve abrazado.

—¡Al diablo! ¡Cómo no te vi! — exclamó con alegría

—Ahí está el peligro de ver las cosas muy de cerca, — contesté riendo

Nos abrazamos de nuevo, y el cariño que nos unía desde tanto tiempo, acreció en aquel instante.

Entramos en una de las salas de espera y nos sentamos Preguntaba él, preguntaba yo En un breve plazo revivimos los hechos principales en los cuales habíamos actuado separadamente. Y así, después de haber formado esa red de comunicación que tejen las ideas y los sentimientos, nos pareció que no había mediado entre nosotros ausencia alguna

—Vamos — me dijo — Es la hora de cenar Conocerás a mi mujer y al chico Es muy travieso Me entretiene mucho

Subimos a un coche, un coche casi heráldico, de estructura particular, tirado por un solo caballo especialmente negro, sobre cuyo pecho y ancas se quebraban líneas difusas de luz

El cochero tomó una de las calles laterales de la población y tendió al caballo en un trote sostenido

La noche era cálida y húmeda Se sentía penetrante el olor de las granjas vecinas, ese olor enervante que afloja los músculos y da a los sentidos la vaguedad deliciosa, sensual, que produce el ensueño.

Al mismo tiempo que hablaba observaba hacia afuera

Hacía ya algún tiempo que habíamos penetrado por un camino bastante ancho, guarnecido por una doble fila de chopos antiguos, soberbios, que daban a la distancia impresión de murallas Debíamos haber salvado la ciudad sin pasar por ella, porque a derecha e izquierda, la campiña lo abarcaba todo

—Este camino es muy hermoso — dijo Julio — sin contar con que es el trayecto más directo para llegar a casa —. Y añadió, después de una pausa: — Si estuvieras acostumbrado al lugar, alcanzarías a divisar mi quinta. Allá. ¿No notas una mancha gris? ¿A un costado de aquella arboleda, sobre el camino?

Miré en la dirección indicada, pero no lograba distinguir nada. El fondo del paisaje se me presentaba monótono, de una obscuridad igual. Sólo, de vez en cuando, veía pequeños fulgores rojizos, de color lacre, que despedía a través de las ventanas, el hogar iluminado de los campesinos.

Llegamos a las ocho. La señora, amable, con una sonrisa tenaz en los labios, el chico realmente travieso. Hubo una escena. Le acariciaba la cabeza, mientras él, montado sobre mi valija, pretendía abrirla. Hasta entonces todo iba bien, pero llega una muchacha de unos quince años, rubia, pecosa, que agarra al chico por un brazo y le dice resueltamente:

—¡A dormir!

El chico contestó enfadado:

—No quiero. — Y echándose sobre la valija como un jockey sobre su cabalgadura, se aferró a ella desesperadamente, chillando de un modo enloquecedor.

Se entabla una lucha entre él y la sirvienta. La madre dice:

—¡Pero Rodolfo! . ¿Tú no ves que es hora de ir a la cama?

Pero ninguno de los dos combatientes la oye. La sirvienta parece que siente placer en llevárselo a la fuerza, pero él, asido fuertemente a los repliegues del cuero, patea fuertemente en las piernas a la muchacha y le muerde las manos. La voz del padre, benévola, tampoco surte efecto. Entonces intervengo.

—Deje usted — digo a la sirvienta.

Abro la valija, y el chico, ávidamente, revuelve en el interior. En un momento disemina por el suelo ropa y adminículos.

Julio quiere impedir que su hijo prosiga haciendo una inspección tan despiadada, pero yo lo detengo

—Déjalo. Verás que pronto se cansa

Y fue así. Arrojó aún un libro y un cepillo, tocó, palpó, y luego, sonriente, satisfecho, se abrazó a una de mis piernas. Yo lo alcé y lo besé en la boca. Cuando la sirvienta se lo llevaba, y al transponer la puerta, me saludó con la mano, al mismo tiempo que me decía con una voz insinuante y juguetona·

—*Ayós... Ayós!..*

En la cena éramos tres solamente: Julio, su mujer y yo.

Por espacio de media hora, fui víctima de los sentimientos paternos.

Rosalía hablaba con esa pujanza y convicción propias de la madre orgullosa de su cría Relataba los hechos de Rodolfo, acalorándose, entusiasmándose con los detalles que ponía de relieve con mucha expresión. Y como si alguien dudase de lo que decía, exclamaba, refiriéndose a su marido

—¡Oh! . ¡éste sabe! . ¡éste sabe!.

Julio me guiñaba un ojo, socarronamente. Pero, a pesar del asomo de un poco de verguenza que creía ver en sus mejillas, se ponía serio a su vez, y decía con mucho énfasis.

—¡Hombre!.. es verdad, es verdad Tal como lo cuenta.

Me hacía mucha gracia ver aquellos dos padres a quienes la parsimonia social obligaba a ser graves, dominados por una corriente de ingenuidad, que les

tornaba pueriles y algo cargosos. No pude menos que faltar al respeto que le debía a la señora. Solté una carcajada estruendosa. Pero ellos, comprendiendo, rieron también. Julio dijo a Rosalía.

—Delante de estos señores solteros, querida, no es posible hablar de estas cosas No entienden

—No se pueden entender las cosas que no se sienten.

—¡Oh! no se puede, — y después de una ligera pausa, y como conduciendo trabajosamente un recuerdo, dijo:

—A propósito. Has de conocer aquí un caso extraordinario...

—¡Ah!.. — interrumpió Rosalía, — el caso de la señora de del Pino.

—¿De qué se trata?

—Es un caso espantoso de monoideísmo. Una señora que sufre desde hace cinco años hipertrofia de la atención. Tú verás

Eran ya cerca de las once Habíamos estado en la sala escuchando un *scherzo* de Grieg, que Rosalía ejecutó con suma elegancia. Luego, como mi cansancio era bien visible, Julio me condujo hasta mi cuarto.

Me habían dedicado una pieza en la planta alta Se trataba de un verdadero aposento de soltero, limpio hasta la exageración, con dos grandes ventanas que tomaban casi toda la pared.

—Aquí tienes tu dormitorio. Mañana a las ocho te vendré a buscar e iremos hasta La Fuente. Un paraje admirable.

—¿Queda lejos de aquí?

—Cinco kilómetros. Verás a mi enferma. Que duermas bien.

Salió cerrando la puerta. Mientras me desnudaba pensaba en los sucesos del día· un viaje de cinco horas en un expreso cargado de gente que alborotaba por cualquier insignificancia, la llegada, el encuentro con Julio, el paseo por el camino de los Chopos, Rosalía, Rodolfo, la escena de la valija; la comida exclusivamente familiar, y la futura visita a la mujer enferma, todo esto lo sentía en mi cerebro, sin orden alguno

Quizá había comido o bebido demasiado Aun estando acostado mi malestar aumentaba No podía dormir. Contra lo que deseaba, las ideas me asaltaban como un enjambre enfurecido. Era a la vez, doloroso y cómico Me ocurría, por momentos, oír dentro de mí, las voces de una cantidad de personas desconocidas que hablaban a gritos, sin escucharse, empecinadas en articular palabras. Algo semejante a una reunión de locos adiestrados.

Entonces me levanté Tomé una colcha, me envolví en ella como con una manta, abrí una ventana y me eché de brazos sobre el marco.

Y estando así empeñado en librarme de mi estado mental, incómodo y peligroso, tuve una sorpresa conmovedora.

A poca altura sobre el horizonte y detrás aun de un ramaje, la luna, enorme, magullada, sangrienta, aislada en la obscuridad, dábame la impresión de que cayera en la tierra. Quizá lo que tanto me emocionaba, era verla sin proyecciones, cortada de un modo tan brusco, sobre aquel fondo negro Pero a medida que ascendía palideciendo, cual si se entregara a la noche, su luz fué mostrando lugares, abriendo sendas, descubriendo la comarca

Los que, refiriéndose al paisaje hablan de formas

y colores inadmisibles, no han observado bien a la naturaleza Dentro de la reflexión y refracción, caben todos los matices, todas las figuras.

Durante unos minutos, un cuerpo de nubes, alcanzado por los rayos lunares, se iluminó vigorosamente Dominaban los colores fuertes, con tendencias al rojo. Fue aquello un verdadero crepúsculo en plena noche

Y así pasé un breve rato aún. Me sentía aliviado Insensiblemente fui llegando a la tranquilidad interior. Logré ese punto de descanso, de olvido, que parece desengranarnos de la vida, y dejarnos un instante inmóviles

Me acosté de nuevo y con el sueño ya sobre mis párpados, noté que la luz blanca de la luna llenaba casi toda la habitación.

. . . . . . . . .

Al otro día, a las nueve, subimos en un tílbury que nos condujo hasta la quinta de la señora de del Pino.

La alegría de la mañana, luminosa y serena, retozaba en mi sangre.

Marchábamos por una carretera abierta entre campos labrados Se podía apreciar de inmediato el esmero con que era trabajada la tierra, en la regularidad de las figuras geométricas que formaban los distintos plantíos Brillaban las herramientas con un fulgor fulminante, y se oía el canto de los campesinos semiocultos en los sembrados.

Haría media hora que andábamos, cuando Julio me señaló una arboleda próxima hacia el lado derecho del camino.

—Ahí principia la quinta — me dijo —. Tiene un aspecto salvaje. Todo está dejado a la buena de Dios.

—Yo haría otro tanto. Alabo el gusto.

—No se trata de gustos — replicó Julio —. La dueña de todo este parque es enferma. Para ella no existe nada fuera de su dormitorio — Fustigó al caballo que había dejado el trote y prosiguió:

Cuando yo la conocí, hacía ya dos años que estaba loca. El hecho que le hizo perder la salud y la modalidad rara de su desequilibrio, constituyeron un drama, uno de esos dramas que ensombrecen el alma popular y fijan en ella un recuerdo inextinguible, que resurge, de tarde en tarde, y que se cuenta en las horas de invierno, al finalizar de las comidas.

La señora de del Pino enviudó muy joven. Dicen que sufrió mucho por esta causa. Tenía entonces una chica de cuatro años, criatura delicada, de rara belleza, y la madre, nacida indudablemente para amar, dedicó toda su vida a la hija.

Fue una entrega continua, amplia, sin reservas No era posible ver una sin ver a la otra. El transcurso de los años, en vez de aminorar este afecto, lo hizo más potente.

Desde entonces, la ciudad entera tomó a la señora de del Pino, como un modelo de madre. Se le admiraba. Dondequiera que fuere, era el centro de la simpatía general y siempre dejaba en pos de ella una murmuración sana, amable, cual si proyectara sobre los demás la sombra de su dicha.

Cuando Adela tuvo dieciocho años, se presentó un muchachote, algo mayor que ella, empleado en una casa bancaria, y de unos simples flirteos efectua-

dos en los salones, pasaron pronto a una pasión intransigente.

Pero no creas que esto enturbió la alegría de la señora de del Pino.

Fue al revés. Como era poderosa, obtuvo para el novio de su hija un empleo de importancia; agrandó y hermoseó el parque y tomó a su cargo la tarea de amueblar las habitaciones destinadas a la futura pareja.

Las bodas debían verificarse un 30 de mayo La sociedad invitada esperaba ansiosa

La personalidad de la señora de del Pino, tomaba el vuelo de una heroína del amor materno. La dicha de su hija exaltaba su dicha Todo lo que pudiera decirte de sus manifestaciones resultaría pálido. Su estado moral dependía de las facciones de Adela.

El 29 de mayo, víspera del día fijado para el enlace, los novios con sus familias, regresaban de un paseo. Subían la escalinata del edificio cuando se produjo algo inesperado. Adela cayó y quedó inmóvil Fue aquello tan brusco que nadie tuvo tiempo para impedir que su cuerpo chocase contra el mármol.

Lleváronla a la cama. Todos creyeron al principio que reaccionaría, todos menos la madre. Cuando llegaron los médicos, Adela moría.

No fue posible ocultar nada a la madre. Un fuerte ataque ansioso la mantuvo fija junto a la cabecera de la moribunda. Su dolor era imponente. Aún hoy, cuando los testigos recuerdan el suceso se emocionan Una veintena de personas enmudecidas rodearon el cuerpo exánime de Adela y sólo se oía la respiración estentórea de la señora de del Pino.

Pasó un mes, y cuando todo parecía vuelto a lo normal, la pobre madre sufrió de nuevo otro ataque

idéntico al primero. Pero esta vez, su presencia se caracterizó como un verdadero síndrome morboso.

Los médicos pudieron constatar que la enferma había retrocedido un mes en su existencia. Hablaba de su hija como si viviese y razonaba del mismo modo que razonan los sanos. Un médico amigo, psiquiatra de fama que le asistió durante cinco meses, me relataba el fenómeno, entusiasmado por su carácter excepcional

En apariencia no padecía ninguna enfermedad Su vida era lo mismo que antes se desarrollaba con la sensatez que había tenido; hacía lo que había hecho; pensaba lo que había pensado Deliberadamente se le hablaba de la muerte de su hija y de los sucesos ocurridos desde entonces En esas circunstancias era bien visible su perturbación psíquica. Aunque al principio demostrase oír, bien pronto se le notaba una indiferencia absoluta. No recibía nada del exterior Su mente se había cerrado con la desaparición de Adela.

A la ausencia de su hija le daba un carácter accidental. La esperaba asiduamente, pero sin llegar a constituir una preocupación seria Y de tarde en tarde, sufría un fuerte ataque de angustia que la postraba por unos días, cual si padeciera de asma

Así pasó un tiempo. Se pudo notar entonces que su vida la dedicaba por entero a la espera. Descuidó la casa, desatendió las relaciones y se negó a salir. Llegó así a un estado obsesionante, próximo a la locura.

Alarmado por el avance del mal, el médico tuvo una idea feliz, que si bien no salvó a la paciente de un modo total, en cambio logró que la enfermedad se localizara.

Un hermano de la señora de del Pino, llevando consigo una de las ultimas fotografías de Adela, lle-

gó hasta Londres Y allí, pacientemente, construyendo y destruyendo, obsedido por una producción exacta, exigido por el detalle, apreciable tan sólo para los ojos que la habían visto muy de cerca, el artista creó un cuerpo de cera, el cuerpo de la muerta

Vestida con su último traje, fue puesto sobre el lecho vacío desde más de un año Y cuando la señora de del Pino, vió el cuerpo de su hija, porque aquello era su hija, solo sufrio una emoción de alegría suave, tierna, la misma emoción que sentía tiempo atrás, cuando por las mañanas llegaba a la cama de Adela

Y ya van tres años que vive así No podría calificar su existencia, no podria decir es esto o aquello A veces dudo Se me antoja algo profundo para ser analizado desde afuera

Duerme con ella, come con ella A cada etapa del día le muda la ropa Tiene un cochecito mandado hacer a propósito, y por las tardes, es muy común verlas a través de los árboles, recorrer las alamedas del parque

Rara vez le habla a la muñeca delante de la gente, pero cuando la señora de del Pino cree estar sola, se abraza al cuello de cera, y le interroga, constantemente le interroga ¿Comprendes tú? No es posible determinar nada Además cuando están en el comedor, delante de la mesa servida, la pobre madre llora Llora también cuando la viste, y llora asimismo, cuando los criados la cargan para sentarla sobre el cochecito, donde pasan juntas las horas

Acabábamos de cruzar un arroyo que se perdía a ambos lados del camino por recodos violentos, ocultos en el matorral Habíamos dejado atrás los campos labrados y el árbol fuera de línea, asimétrico, lo ocupaba todo

—Es allí — dijo Julio.

La entrada estaba cerrada por un ancho portón de hierro. Dos bancos de material, construídos sobre los flancos, impresionaban por su aspecto de abandono. Se hallaban descostrados, mucilaginosos. Sus pies desaparecían en un césped hirsuto y la hierba crecía entre las hendiduras. En uno de ellos, junto a la articulación del respaldar y el brazo, una planta de cicuta, floreciente, llenaba con su tallo el hueco de una grieta.

Julio hizo avanzar el caballo, hasta llegar a los barrotes. En seguida, levantándose, observó hacia adentro. Luego de un momento, llamó a gritos:

—¡Eh!..., Leoncio... Leoncio...

Un hombre grande, tosco, viejo, que calzaba botas y se cubría la cabeza con un sombrero de paja de alas anchas, combadas hacia abajo, apareció de pronto en el camino central. Se dirigió a nosotros, de prisa, refregándose las manos sobre el pantalón.

Saludó parsimoniosamente y comenzó a desarrollar un fajo de cadenas. Mientras tanto nos explicaba que, a tardar un poco más, no lo hubiéramos encontrado.

Seguimos por la avenida donde sólo se oían los pasos de Leoncio y del caballo.

Bajamos junto a la escalinata.

Allí fuimos recibidos por una señora vieja ya, muy vivaracha, que andaba sobre las puntas de los pies. Nos llevó a un salón silencioso, cargado de muebles, cornisas y colgaduras. Quedamos solos.

—Ahí tienes — me dijo Julio, señalando un cuadro de gran tamaño — esa es Adela.

Miré. De inmediato tuve la sensación de encontrarme frente a un ser mustio, triste, de esos que pa-

san por la vida como sombras. Tenía la desesperanza en los ojos.

—Pero esta muchacha debió haber sido enferma — dije

En ese momento tornó la señora como si anduviera en el aire.

—El señor doctor ¿quiere llegar hasta la glorieta?

—Ven — me dijo Julio.

Descendimos la escalinata y seguimos tras la señora que, sobre la arena y el césped, aún hacía esfuerzos por que no se oyeran sus pasos.

Anduvimos un buen trecho, de prisa. Pasamos sobre un puente de material, y a poco Julio me detuvo.

—Espera aquí.

Le seguí con la vista Estábamos al lado de la glorieta. Distinguía perfectamente la coloración del vestido femenino a través de la malla verdosa.

En ese momento recordé estas palabras de mi amigo. "No es posible determinar nada", y me sentí algo cohibido ¡Si la señora de del Pino llegara a comprender el verdadero interés de mi visita!

La misma mujer, arrugada y vivaracha, se acercó.

—El señor ¿quiere venir?

Cuando llegué, la señora de del Pino estaba colocando sobre la mesita un trabajo de hilados.

Julio me presentó. Ella inclinó ligeramente la cabeza y en seguida, clavando con firmeza los ojos en mí, dijo lentamente

—Mi hija Adela.

Miré y no obstante de tener conocimiento de aquel ser de cera, sufrí una sorpresa fuerte, inhibitoria. Era una verdadera mujer, débil, con la clorosis en el rostro, que miraba distraídamente hacia el suelo. Y la impresión de aquella muñeca y lo ridículo de la es-

cena, me entorpecieron de tal modo, que no pude decir nada Sólo atiné a sonreir y le hice un movimiento de cabeza, brusco, semejante a una afirmación rotunda Me senté sobre un taburete

La señora dijo a Julio:

—Ayer lo esperamos toda la mañana — Y éste, que acababa de saludar a la muñeca con una seriedad increíble, contestó sentándose frente a mí

—¡Ah! ayer pasé hasta la una de la tarde en el hospital. Operé a un hijo del comandante Ventura.

—¿Del comandante Ventura? ¿Cuál de ellos?

—Luis

—¿Cáncer, acaso?

—Es verdad.

—¡Pobre gente! Toda esa familia padece de lo mismo — Tomó una de las manos de su muñeca y comenzó a acariciarla Después de una pausa, dirigióse a mí

—Entonces ¿son ustedes muy amigos?

—Mucho, señora ¡Hace tanto tiempo! ¿Verdad? — dije dirigiéndome a Julio

—Toda nuestra vida, — contestó

La señora de del Pino, bajó las cejas, y preguntó con verdadero interés

—¡Ah! . ¿Son ustedes amigos desde niños?

—Sí, señora. Y aun cuando median entre nosotros separaciones prolongadas, nuestro afecto no disminuye jamás

Se hizo una ligera pausa y ella dijo

—Es cierto Existen afectos indestructibles — Un ligero rubor le iluminó un instante la cara y se apagó Fue semejante a una guiñada, algo así como si una luz interior hubiese enfocado el rostro.

Julio me miró de un modo significativo Yo en-

tendí. Sin quererlo había tocado la herida de su infortunio.

Ella se acercó más a su hija, y comenzó a estirar suavemente uno de los brazos que pendían sobre su pecho. Y cariñosa, haciendo visibles esfuerzos por sostener el atropello de su mente, dijo a Julio

—¿Le agrada a usted este kimono?

—Es muy elegante — contestó éste

Ella prosiguió

—¡Ah! . he trabajado mucho en él No crean ustedes que me lo mandaron así El corte me satisfizo, pero en cambio, el cuello y los puños eran horribles El color kakí la ensombrecía Daba pena verla Entonces hice este encaje veneciano, yo misma, sin ayuda de máquina ¡Qué bien le está! ¿No es cierto?

En efecto, el color champagne del tejido, junto a la cabellera rubia y al aspecto seco de la cera, difundía por la cara y sobre el pecho escotado, una suave claridad

La señora de del Pino se había levantado y pasaba sus manos sobre el trabajo A través del encaje se veían sus dedos, nerviosos, apresurados, revisando los rosetones, las hojas, las presillas, combas y erectas como estambres

Yo, repuesto ya, la observaba con mayor entereza Tendría cuarenta años, y era alta, amplia, morena. Vestía con sencillez refinada y su pelo caía por las espaldas hasta las caderas En cuanto a la expresión de su rostro tenía un tinte especial Parecía el rostro de una actriz en el momento culminante del drama. Una potencia sensorial le contraía los músculos continuamente.

Julio dijo:

—Para hacer ese trabajo, es necesario una gran dedicación.

—¡Oh!.. Sí. — prorrumpió ella con vivacidad — sobre todo cuando uno se impacienta. Creía no terminarlo nunca.

Se sentó nuevamente, apretando entre las suyas una de las manos de cera. Aspiró con fuerza el aire y prosiguió

—Pero es una gran dicha hacerlo para ella Todos los días al levantarnos, me parece que le falta algo, algo que depende de mí —. Su rostro volvió a colorearse progresivamente y quedó así, encarnada. En su epidermis ondulaba la luz, como ondula sobre el paisaje cuando las nubes vagabundas interceptan el sol

Hablaba con dificultad, arrastrando la idea sobre la palabra. Era bien visible el esfuerzo suyo por no decir lo que sentía Profirió algunos pensamientos quebrados que no pudo detener, y pasando el brazo por la cintura de su hija estuvo durante un breve tiempo, muda, temblorosa, jadeante, mirando hacia adentro.

Julio parecía no sentir nada: debía estar acostumbrado. En cambio, yo, frente a aquella mujer, experimentaba una piedad desgarrante Hubiera preferido no ver Dirigí una mirada a mi amigo como diciéndole

—¿Por qué no intentas algo? ¡tú! que eres médico. ¿No puedes?

Él enarcó las cejas y levantó los hombros

Fue un gesto de resignación

Entonces dejé mi asiento y me acerqué a ella No sabía a punto fijo para qué Me obsedíaba aquel sufrimiento y quería concluir con él Imaginaba medios

distintos que desdeñaba de inmediato por considerarlos impotentes. Por poco digo

—Señora .. no sufra usted así Su dolor es negativo, absolutamente Acepte usted la muerte de su hija. Eso que tiene al lado, es una simple muñeca contra la que estrella usted su existencia. No hay que mirar a la muerte como un mal, al contrario es un bien. ¿No es usted católica? ¿No cree usted en la teoría del retorno? Los seres no se pierden. Convénzase usted de todo esto y se salvará . — pero, cuando fui a hablar, la expresión de su mirada me detuvo Comprendí hasta dónde había sido estúpido mi discurso, vacío como su hija Retrocedí avergonzado.

Entonces ella, inmóvil todavía, dijo con la voz cascada como un sollozo

—¡Hablará! . — y luego dirigiéndose a Julio, humilde, suplicante, vencida, continuó

—Doctor . yo lo espero todo de usted . daré el oro que sea necesario . ¿por qué no habla ya? . ¿hablará? .. — Y Julio, contestó con aplomo

—Hablará

Pasó un momento en silencio Aquella simple palabra dicha por Julio, había caído sobre la vida de la señora de del Pino, como esas piedras pesadas que, arrojadas sobre el estanque, remueven todas las cosas

Empezó a hablar, exaltándose, arrebatada por el flujo y reflujo de su pasion, pasando con facilidad del llanto a la risa Nos contaba su espera, sus momentos de dolor, sus ratos de placer; escenas nimias, extravagantes, sin ningún sentido para nosotros. Y decía, decía... No nos miraba ya. Era un turbión de amor que surgia omnipotente Sus pensamientos parecían dirigidos hacia lo exterior, hacia lo general. Se preveía con facilidad que del mismo modo que

hablaba en la glorieta, hubiera hablado ante los árboles y ante las piedras del arroyo

—¡No, no! — exclamaba — mi hija me llamara ¡Mi hija, mi Adela! ..

Frenética, se hincó ante la muñeca y abrazándose de su cintura, le gritaba

—¡Adela. . Adela! .. — Se levantó y le besó la boca, la frente, los ojos y siguió besando, sobre el cuello desnudo. sobre la ropa, dándose con los labios sobre toda la extensión del cuerpo de cera. Quedó exhausta, sentada en el suelo, con el mentón apoyado en un muslo de Adela, pero con la mirada fija en el vacío

Yo sufría la misma emoción, más acentuada, casi física Acaso por cobardía, bien por solidaridad, sentía pesar sobre mí, aquel optimismo brumoso, inicuo y falso

Julio se dirigió hacia la señora de del Pino, quizá para poner en acción sus medios técnicos, pero no tuvo tiempo La mujer de los pasos breves, leves, entró en la glorieta

Echó una ojeada y decisiva, se acercó a su señora, diciéndole con dulzura

—Las once. La comida

Creí que no se movería Fue al revés Se levantó con presteza y dijo

—¿Esta José?

—Sí, señora

Entonces ella, con alguna cortedad, se dirigió a nosotros.

—Ustedes perdonarán . El almuerzo está servido

—¡Oh! . , sí, señora — dije deseando concluir cuanto antes.

El encuentro terminaba de un modo brusco, sin despedida. Julio tomó su sombrero, yo lo imité. Ambos salimos de la glorieta, al mismo tiempo que llegaba un carricoche. Un mocetón rubio bajó de él.

Nosotros nos dirigimos hacia el puentecito y allí, a insinuación de Julio, nos detuvimos.

—Ahora verás qué cuadro más inverosímil — me dijo

Al momento apareció el grupo La muñeca venía entre la mujer vivaracha y el mocetón La llevaban cogida por las axilas, como a un convaleciente muy débil. Detrás marchaba la señora de del Pino, atenta, vivaz. Se oía su voz que decía

—¡Despacito! tengan ustedes cuidado, ¡despacito!. — Sus manos habían tomado la cintura de su hija y caminaba sobre un costado

Aquello era ridículo, terriblemente ridículo No podía conciliar a aquel grupo tan heterogéneo. Viendo aquellos dos sirvientes, graves, decorosos, mudos, empleando la inteligencia en defender la dignidad absurda de un fantoche que avanzaba con el cuello, independiente del movimiento de las piernas, igual que un avestruz, me venían ganas de reír a carcajadas Sólo que la preocupación ansiosa de la señora de del Pino, sobrecogía Ya con sus muslos, ya con sus manos, era la encargada de poner en juego las extremidades inferiores del muñeco. Y éste se sostenía sobre sí mismo, afianzado en el mecanismo de sus articulaciones

Llegaron junto al cochecito. La mujer subió y se puso en actitud de esperar Era evidente, que ya estaban acostumbrados a esa rara tarea y que cada uno desempeñaba un puesto especial.

Se dió comienzo a una porción de tentativas, lo

que concluyó por impacientarme Nada me hubiera sido más fácil que bolear aquel cuerpo como a un ladrillo. Pero comprendía con justeza, que la vida depositada en él, le hacía pesar bestialmente

Le pusieron al fin, un pie sobre el estribo. El mocetón tomóla por la cintura sosteniéndola, mientras la señora de del Pino, hacía articular la otra pierna, en tierra aún. La mujer vivaracha, esperaba parada sobre el coche.

Entonces ocurrió algo inesperado En el instante durante el cual le colocaban uno de los pies sobre el pescante, la muñeca — no sé a causa de quién — trazó en el vacío un arco de círculo y cayó de bruces sobre las ancas del caballo.

La señora de del Pino lanzó un alarido desconcertante

—¡José!

Y éste, apremiado por aquel grito irresistible, olvidándose de la parsimonia que debía al acto, tomó vigorosamente a la muñeca y la plantó en la delantera del coche Quedó rígida, inmóvil, como un palo. Mantenía el brazo derecho levantado, en ángulo, tocándose con la yema de los dedos, la cabellera rubia y ondulada.

Transcurrió un tiempo breve. Nadie hablaba. Por último, la mujer breve logró colocar la muñeca sobre el asiento. En seguida bajó.

La señora de del Pino, se pasó repetidas veces las manos sobre la frente Luego, lentamente, ocupó el asiento al lado de Adela, y acicateando el caballo con las riendas, se dirigió por uno de los caminos

—Vamos — dijo Julio —. Todavía es probable que la encontremos de nuevo. Por fuerza, tiene que andar por la avenida.

Llegamos hasta nuestro tílbury

Leoncio estaba allí, cuidando el caballo. Éste, impaciente, golpeaba con fuerza sobre el pavimento.

Empezamos el viaje de regreso, y fue necesario mantener frenado al animal que, a todo trance, quería correr por entre aquella doble fila de árboles gigantes, cuyas raíces solevantaban el terreno e inclinaban con violencia el ligero vehículo Cerca del portón, y como Julio había previsto, encontramos al carricoche. La señora de del Pino llamó·

—¡Doctor . Doctor! .

Y como viera que éste hacía ademán de bajar, lo detuvo diciéndole

—No; no baje usted No es necesario

Cuando llegó junto a nosotros noté que en su rostro se había efectuado un cambio muy sensible. Se hallaba pálida, demacrada, y su expresión era fija. Dijo con la voz muy apagada

—He pensado una cosa, doctor, una cosa.. no se ofenda usted no se moleste en venir

Éste preguntó sorprendido

—¡Que no venga! .

—Sí . creo que no es necesario .. ¿para qué? . — Levantó los hombros y los dejó caer de golpe. Al hablar sonreía esa sonrisa que el desaliento graba en los labios, como un signo maldito.

Julio respondió que no había una razón fuerte para que sus visitas cesasen. Trató de impresionarla favorablemente y manifestó, por último, que su decisión traía aparejado un grave conflicto moral que pesaría sobre él

Pero ella no oía ya. Movía la cabeza de izquierda a derecha, en un compás escéptico Dijo al fin

—No, doctor, no... Nadie me verá . nadie... ¡jamás ..

Sus ojos se empañaron y el llanto que quería detener hipaba en su garganta. Tuvo un gesto enérgico. Tiró con violencia de las bridas y entró en la alameda Con la voz completamente cascada exclamó

—¡Adiós! . Mande usted por sus honorarios — e hizo correr.

Julio, emocionado por primera vez, preguntó con fuerza

—¿Es su última resolución?

Y la señora de del Pino, distante ya, sin volver la cabeza, gritaba llorando:

—No no venga usted. . no venga más..

Quedamos un momento inmóviles, sufriendo de frente, aquella huella de desolación que arrojaba en pos de sí, el carricoche. Cuando éste desapareció, Julio dijo

—Vamos

Salimos El camino se presentaba ardiente, y desierto

Ninguno de los dos hablaba. El caballo, lo mismo que en la avenida del parque, piafaba, pidiendo rienda, amenazando encabritarse Cediendo a la presión de mis nervios, dije casi colérico

—¡Suéltale! .

Cedidas las riendas la bestia manoteó en el vacío y emprendió una carrera fogosa. Retumbaba en la carretera su trote sin ritmo, se estiraba, buscaba el galope, golpeaba con las ancas la delantera del tílbury.

Y corría, corría, como si en ese momento, llevara algo nuestro en su sangre.

Este décimocuarto volumen de la Colección de Clásicos Uruguayos fué impreso para la BIBLIOTECA ARTIGAS del Ministerio de I Publica por Colombino Hnos S A Se terminó de imprimir en Montevideo a los 10 días del mes de diciembre de 1954